No quiero un Madelman por Navidad

Comedia romántica



M. FORT

No quiero un Madelman por Navidad

M.FORT



ISBN: 9798264078880
Sello: Independently published

Título: NO QUIERO UN MADELMAN POR NAVIDAD
M. Fort © 2025

Corrección y maquetación: Sandra García.
@correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

A todos los que mantienen viva la magia de la Navidad, que decoran con ilusión cada rincón, que creen en los milagros pequeños y en los abrazos sinceros, que comparten sin medida y sonríen con el corazón…

Esta dedicatoria es para ti. Porque en cada gesto amable, en cada luz encendida, en cada villancico cantado con emoción, haces que el mundo sea un lugar más cálido.

Gracias por creer en la Navidad, por contagiar esperanza, por sembrar alegría, y por recordarnos que lo más valioso no se envuelve, se comparte.

Que nunca falte en tu vida el espíritu navideño, ese que transforma lo cotidiano en extraordinario.

Kit imprescindible para leer esta novela:



Jersey navideño para entrar en ambiente



Chocolate y chuches para los momentos dulces... y picantes



Pañuelos para limpiar tus lágrimas de la risa y alguna que otra emotiva



Lápiz y papel para apuntar tus deseos

¡Ho ho ho!

CAPÍTULO 1

Iván

Soy Iván Santiago Regio, ¿te parece un nombre atípico? ¡Pues existe! Mi madre lo copió de una telenovela que tuvo mucho éxito durante mi embarazo, la muy jodida.

Trabajo de seguridad en un centro comercial de Salamanca… y poco más. Sí, ya sé que no es el currículum que esperabas.

Puede que te gustara más que fuese un gran ejecutivo encorbatado de las altas esferas, un abogado implacable con cara de malote, o incluso un magnate italiano con conexiones turbias con la mafia. Pero esta es mi historia, y no pienso disfrazarla. Así que, como se dice: ajo y agua.

Yo tampoco esperaba ejercer de segurata al llegar a los treinta, sin embargo, no me quedó otra que aceptar el empleo mientras termino el máster en Ingeniería Aeronáutica. Soy un loco de la programación y sueño con patentar mi propio sistema de simulación de vuelos. No uno cualquiera, uno capaz de implantarse en todos los aeropuertos del mundo. Sé que apunto muy alto, pero mi imaginación no tiene límites y vuela tan alto como los aviones que cruzan ese cielo inmenso, ahora salpicado de estrellas, mientras los contemplo desde la ventana del bajo de mi apartamento y con el brillo del ordenador iluminando mis sueños.

Así llevo casi dos años. Pronto terminaré y al fin buscaré trabajo en ello. Es absurdo seguir con un empleo precario de turnos sin sentido, mal pagado... Queda poco para disfrutar de la recompensa tras tanto esfuerzo.

Cuando la Navidad se acerca, mi ilusión despierta y no puedo dejar de sonreír a todas horas. A principios de noviembre, los anuncios en la tele me incitan a convertir mi tableta de chocolate en un flotador veraniego a costa de turrón de Suchard. Además, ya me imagino adornando el árbol, acariciado por la luz cálida de las llamas en una chimenea que no tengo. En esa escena ideal, le doy ligeros sorbos a una copa de vino dulce con sobrada satisfacción, como en las películas. Umm, qué ricura.

En cambio, no es hasta el uno de diciembre que me obligo a ponerme al lío de montepío. Como todos los años, la música de Mariah Carey de fondo mueve mi esqueleto por inercia y exploto de alegría.

Soy hogareño y no estoy acostumbrado a estos momentos de soledad, así que los disfruto más que un niño con un juguete nuevo… Porque en mi casa del pueblo no existen, somos bastantes. Lo confieso, soy un mal hijo que lleva dos meses sin aparecer por el cortijo y me está resultando bastante agradable. No obstante, como buen friki de la infancia, también los añoro. Conclusión: echo de menos a mi loca familia en Navidad.

Estoy leyendo tu mente… ¿Crees que es fácil saber que me estás juzgando? Pues no, y menos descubrirte que no soy lo que esperabas. Parezco normal, pero ¿sabes algo?

—Solo lo parezco —verbalizo con voz profunda al estilo Arnold Schwarzenegger en *Terminator*, tensando mis bíceps de gimnasio todo lo que puedo y con una ceja levantada como… (no se me ocurre nadie ahora mismo, aunque en algún lado lo he visto).

¿Cómo te quedas? ¿Nada? ¿Ni una palabra? Solo el «cri, cri, cri» de unos grillos en la distancia.

Suspiro con toda la serenidad que me llena, me acerco a la ventana y contemplo los copos caer sobre el sillín de una moto aparcada a pocos metros. Esa lluvia blanca ya huele a diciembre en la ciudad, avisándome de que puedo sacar al fin la artillería de bolas y figuritas navideñas. Una sonrisa asoma a mis labios al ver que un pequeño pajarito se posa en el alfeizar de la ventana y parece

querer entrar. ¡Qué gracioso! Insiste picoteando el cristal… Comienzo a ponerme nervioso.

Lo observo extrañado, mi corazón late ahora más rápido. Este intruso con plumas quiere acabar con mi paréntesis de paz personal.

«No me gustas, maldito».

—Fuera, pajarraco, esta no es tu casa —digo con firmeza.

Pero no se va. ¿Por qué? ¿Le gustan los villancicos?

—Vete a picar el tronco de un árbol.

De pronto, Alexa reproduce dulces voces angelicales y vuelvo la cabeza como la niña del exorcista hacia el altavoz que puse encima de la barra americana de mi cocina. Perdón, minicocina.

Había elegido una *playlist* navideña que ponía los pelos de punta de gusto, pero esta, en especial, nunca la había oído. Me concentro en su letra mientras oigo el molesto golpeteo del cristal y comienzo a compararlo con uno de los protagonistas de *Los pájaros de Hitchcot*. Mi cara refleja el desconcierto mientras le susurro con una media sonrisa:

—Para, Pichí.

Lo bautizo como el pajarito blanco de los dibujos de *Heidi* que me obligaba a ver mi padre de pequeño. Siempre decía que los programas infantiles de hoy no tienen ni punto de comparación con los de su época. Y claro, acabó aficionándome a esas series animadas a las que ahora soy adicto.

Alzo las cejas al asimilar la letra de la canción…

«Déjame entrar a tu hogar, soy el elfo del amor, déjame abrazar tu corazón navideño».

Todo acompañado con el sonido de dulces campanitas.

El pajarillo ha dejado de picotear. Abre y cierra el pico al compás de la letra musical, incluso parece moverse al mismo ritmo de la canción. Es terrorífico y jadeo por la fuerte impresión que me ha vapuleado el corazón hasta hacerlo casi despegar del pecho.

Retrocedo unos pasos y dejo la copa de vino sin ver siquiera donde la coloco. No estoy borracho, es la primera copa que me he servido en todo el día.

—¡Alexa, para! —grito. He visto al pájaro hacer una pirueta. Estoy alucinando—. ¡Alexa, he dicho que te calles! ¡Joder!

El altavoz no me obedece y, para más mofa, sube el volumen entonando esa estúpida letra sin sentido y en bucle.

El timbre en la puerta resuena a la par que la canción termina, haciéndome dar un brinco. Con la mano en el pecho cojo aire y, como en un partido de tenis, llevo la vista varias veces del alfeizar a la puerta de la entrada. El pájaro ya no está en la ventana, ¿estará golpeando al otro lado?

—¡No! ¡No te voy a dejar entrar, pajarraco de mierda!

El timbre vuelve a sonar con estridencia en mis oídos, haciendo que un escalofrío me recorra.

Entonces, percibo de reojo una sombra en la ventana. No me atrevo a girar el cuello en esa dirección. Me encuentro aterrorizado. La estúpida canción ya no suena en el altavoz, ahora martillea mi cerebro sin cesar y, entre eso y los latidos de mi corazón desbordado, creo que voy a cagarme encima. Al cerrar los ojos dejo de oír, ¿me he desmayado?

Ay, ¡no! Sí que escucho algo, otra vez unos golpecitos en la ventana. Abro los ojos después de respirar hondo un par de veces, voy a desmayarme, no sería la primera vez que me ocurre, pues sufro de vahídos en situaciones estresantes. Al fin, reúno el valor para ladear la cabeza hacia donde tanto me espeluzna.

Para mi sorpresa, descubro que la sombra no es otra cosa que una preciosa chica. Tiene los ojos más oscuros que nunca haya visto. Esos pozos sin fin me miran extrañados y contrastan con una cálida sonrisa de color cereza. Suelto un largo suspiro, aliviado por no encontrarme al pajarillo maldito. Mis pasos suenan dificultosos al acercarme al cristal ante la insistencia de la chica en hacerme gestos con las manos. Tiene el cabello recogido en una cola de caballo y

una nariz pequeña y muy colorada por el frío. Luce una gorra azul y amarilla a juego con su polito. Entonces, caigo en que es la cartera… Una cartera muy bonita, sí señor. Y no la conozco… ¿Estará Víctor, el cartero de siempre, de vacaciones?

Me mira con inquietud y me enseña algo que agita con urgencia. Parece un sobre marrón de esos de mensajería.

«Qué extraño, no espero ningún paquete», pienso, frunciendo el ceño e indicando a la chica que entre al edificio. No pienso abrir la ventana, todavía no me fío de que ese bichejo esté esperando colarse adentro.

La espero en la entrada y me saluda otra vez con esa dulce sonrisa, haciéndome olvidar todo resquicio de terror. Suelo ser muy sociable con la gente, pero me he vuelto desconfiado con los años, abrazado a la soledad de vivir lejos de los que conozco. Eso ha hecho que los demás me parezcan unos seres de otro planeta, sin embargo, esta chica tiene algo especial en el modo de mirarme. Sus ojos parecen sinceros y llenos de verdadera simpatía.

—Buenos días, ¿es usted Iván? —Espera a que asienta y prosigue —. Le traigo una entrega especial. Es un paquete certificado, así que tengo que confirmar que es usted el que lo recibe. Dígame su DNI, por favor.

Uy, uy… ¿Suenan campanillas de fondo?

Le digo mi DNI, sin entender nada.

—Comprendo que está haciendo su trabajo, pero no estoy esperando…, ¿por qué no comprueba otra vez la dirección?

La chica parpadea varias veces y luego saca la PDA para comprobar si los datos son los correctos.

—Este paquete reza a nombre del elfo Iván y la dirección es Casa del Bastón de Caramelo con número Arcoíris y código postal Estrellita del Polo Norte.

Me quedo con la boca abierta después de escucharle esa parrafada de tonterías, y ella me mira mostrando tanta seguridad que pienso que lo he imaginado.

«Tiraré el vino por el fregadero en cuanto cierre la puerta», me digo antes de coger el paquete para comprobar su remitente: Papá Noel.

Río bajo la asombrada mirada de la chica que parece no esperar tal reacción. Por último, se da la vuelta y se aleja tras despedirse apresuradamente.

Dentro, coloco el sobre encima de la mesa y me quedo contemplándolo, indeciso. Quiero saber qué contiene, aunque estoy seguro de que es una broma y me da un poco de miedo abrirlo. ¿Acaso es hoy el día de los inocentes? Miro mi reloj desconfiando de la fecha, pero suspiro al comprender que solo estamos a primeros de diciembre. Con prisa, compruebo que tras la ventana no hay nadie grabándome con su móvil y resoplo esquizofrénico perdido.

Niego con la cabeza. Derramo el vino por el fregadero y me lavo la cara allí mismo para asegurarme de que el agua helada borre cualquier resto de embriaguez.

Mi nariz se vuelve una estalactita, no le hago mucho caso, pues la impaciencia por abrir el extraño paquete comienza a dominarme.

Tiene una caligrafía muy ornamental. Los rabillos rizados sobresalen de cada letra y me sorprendo sonriendo, ilusionado. Parece que, sea quien sea el que lo ha enviado, se ha tomado mucho esmero en escribir el nombre mágico que significó tanto durante mi niñez: Papá Noel.

Aunque me guste la época, ya no creo en él, ni en elfos, ni en estrellas navideñas, sin embargo, todavía recuerdo con mucho cariño mi infancia. Soy contradictorio, ¿verdad? A pesar de no creer ya en ese personaje nórdico y todo su séquito, todavía recreo ese ambiente en mi minipiso. No sé, me gusta demasiado el *brilli brilli* y Mariah Carey.

¿Cuándo dejé de creer en todo? Quizá fue cuando mi mejor amiga, por no decir la única, me confesó por estas fechas que me abandonaba, ya que sus padres se largaban a buscarse la vida en la ciudad. Desde aquello, mi ferviente deseo navideño se convirtió en

una obsesión: «deseo que vuelva a mi lado». Pero nunca se cumplió. Nada fue igual al no estar con ella. Abría los regalos bajo el árbol, sin embargo, no podía compartir con mis familiares esa misma ilusión que vivíamos juntos. Mi enfado fue tal que dejé de abrir sus cartas el segundo año de no verla, provocando con ello que las olvidara.

Desde los diez años no me he preocupado más del tema y ahora recibo este paquete con esos rabillos tan curiosos y que me recuerdan a su peculiar caligrafía. Estoy seguro de que no es de ella… ¿verdad?

—Sí, lo estoy, no puede tener esta dirección —digo, soltando el pequeño paquete debajo de mi gigante árbol de Navidad.

Debería abrirlo y acabar con esa ansiedad que me corroe, pero tiene un mensaje claro junto al nombre del remitente: «No abrir hasta Navidad». Al lado tiene dibujado unas campanitas y un pajarito. Irónico, ¿cierto?

—Alexa, pon otra vez el villancico de Mariah Carey.

Necesito música alegre en vena y ahuyentar los recuerdos que me arañan la espalda.

Esta me responde y, siguiendo con mi estupidez mental, le noto entusiasmo al hacerlo, incluso suelta al final un «yeah» bastante enérgico. Arrugo el ceño. ¡Me cago en todo!

«¿Qué estaba haciendo?», me pregunto, rascándome la nuca y aproximándome a la ventana.

Entonces, veo a la preciosa cartera aproximarse a la casa de enfrente. Me quedo mirándola idiotizado y, por un segundo, vuelve su rostro hacia mí. Exhalo fuerte, contengo el aliento y… suelto todo de golpe al verla girar la cabeza como si nada. Se aleja, perdiéndose tras esa cortina perlada.

—Eres ilógicamente romántico, Iván, y la culpa la tienen esas películas que echan en la tele por estas fechas —manifiesto, entristecido por el aburrido desenlace. Sacudo la cabeza para volver a preguntarme—: ¿Por dónde iba?

Ah, tenía que seguir decorando mi minipiso. Es pequeño, pero acogedor como un agujero hobbit. A pesar de ello, me gusta así.

Sí, soy rarito, también simpático y tengo buen cuerpo. Todavía no pierdo la esperanza de encontrar a alguien que quiera compartir mis días, no solo las noches.

A veces pienso con frustración: ¿y si esa persona no está tan lejos de lo que imagino? ¿Y si me he cruzado con ella alguna vez? ¿Debería haber sentido en ese instante cómo se agita algo dentro de mí?

¿Creéis que tu alma gemela se reconoce a primera vista?

Sigo decorando, de la misma forma que hago con esta historia. Tal vez entre estas palabras se esconda el principio de algo que aún no sé nombrar.

CAPÍTULO 2

Iván

Hoy llevo un día de mierda. Son fechas horribles en el centro comercial. En menos de dos horas he detenido a unos pocos robando en el supermercado, en una de las tiendas de ropa más exclusivas del centro, incluso me avisaron de una pelea por estar el primero en una fila para pagar. Ahora mismo intento bajarle los humos a un niñato. Al parecer, según la dependienta de la juguetería, uno le ha arrebatado al otro el último juguete de moda que quedaba.

—Chico, no levantes más la voz o tendré que llamar a la policía, ¿quieres eso?

—Debería hacerlo, es un caradura —grita el abuelete, escondiendo un muñeco detrás de su espalda.

—¿Yo? El Madelman es mío. Fue al contrario, él me lo quitó —replica el muchacho, controlando con tiento su mal genio, algo que no hace el señor mayor.

Lo último que me faltaba era atender de un infarto a ese hombre, que cada vez está más colorado.

—Agente, es la primera vez que me pasa esto y no doy crédito. Vaya juventud estamos criando —refunfuña.

El chico joven me mira con los ojos muy abiertos, está conteniéndose. Decido llevármelo aparte para apagar la mecha, pues noto que va a explotar. Encima, cada vez hay más gente alrededor y han comenzado a sacar los móviles para enfocarnos.

—¿Cómo te llamas? —pregunto, intentando vincularme emocionalmente a él.

No quiero echarme flores, pero me tomo muy en serio lo de practicar la intervención empática en mi trabajo.

Este me mira con los puños apretados al principio, luego, durante unos segundos, hace una respiración profunda y se relaja.

—Álvaro Cifuentes.

—Bien, Álvaro. Yo me llamo Iván. Y, ante todo, quiero explicarte algo que sé que entenderás. —Espero a que asienta y ponga toda su atención en mí—. Me he dado cuenta de que eres un chico comprensivo y por ello, sé que cederás el juguete al señor mayor. Estoy seguro de que volverán a traer el Power Ranger muy pronto y podrás comprarlo.

—No, yo no apostaría por eso, agente. ¡Es un Madelman, no un Power Ranger! ¿Entiende? ¡De moda! ¡Exclusivo! ¡Y vuela! A estas alturas del mes es raro que vuelvan a reponerlo. —Coge aliento, intentando tranquilizarse y continúa—. Me he recorrido todas las jugueterías de Salamanca, todas están sin existencias. Solo queda uno en este maldito centro comercial —termina con un aspaviento, desesperado.

Trago saliva lentamente.

«Me cago en la hostia... Un Madelman es un juguete muy exclusivo. ¿Cómo es que no me enteré de que sacaron una edición nueva?», me fustigo mentalmente.

—Ya, entiendo, pero el abuelo lo cogió primero y…

—No es verdad. *Yo* lo cogí primero. No miento.

Me habla de forma tan franca que me hace dudar, y no parece mal chico, a pesar de las pintas de chulo metalero que tiene. ¿Cuántos años tendrá? ¿Dieciséis? ¿Diecisiete? Por experiencia, sé que muchos ancianos son unos tunantes, utilizan el «soy una persona desvalida y frágil» vilmente para su beneficio. Conocen demasiadas estrategias, son ninjas expertos en colarse en filas. Todo

lo arreglan con esas miradas de Gato con Botas… y eso es algo que me exaspera, la verdad.

Mientras pienso en todo eso, levanto la vista hacia el mostrador donde hemos dejado al anciano, y para mi sorpresa, lo veo salir del local con una bolsa en la mano. La dependienta clava su mirada resignada en mí mientras se encoge de hombros y yo me santiguo mentalmente cerrando los putos ojos. El muchacho también se percata y en ese momento explota el puñetero caos.

—¡Eh! ¡Dónde cree que va!

Álvaro se lanza en picado a perseguir al abuelo y yo salgo detrás todo lo rápido que dan mis pies. Lo agarro del cuello de su camiseta con tal fuerza que cae para atrás, sujetándose la garganta ante la falta de aire. ¡Oh, no! ¡Me he pasado tres pueblos!

El chico cae al suelo de espaldas y se queja, jadeante. Mierda. Mierda. ¡Mierda!

—¿Estás bien, Álvaro? —pregunto agachado junto a él, agarrando su hombro—. ¿Puedes respirar?

—¡Ah! ¡No me toque ahí! —Aparto la mano como si me quemara su contacto y lo miro, interrogante—. Mi hombro, me lo ha roto.

Ahora soy yo quien jadea. Maldigo entre dientes y, acto seguido, llamo a un compañero por la radio que tengo colgada en mi cinturón.

—Toni, necesito que me cubras un rato. Estoy en la juguetería.

—¿Qué ha ocurrido, Iván? —pregunta mientras observo cómo, mínimo, cincuenta móviles apuntan hacia nosotros.

—Creo que no tardarás en enterarte, compañero. Estoy en un puñetero lío.

No sé cómo me las arreglo para sacar al chico entre tanto *paparazzi* de pacotilla, pero logro plantarme con él en el hospital en menos de veinte minutos. No es mi deber llevarlo y tal vez debería haber llamado a mi jefe, a una ambulancia y seguir el protocolo, sin embargo, me siento tan culpable que no pienso con claridad. Solo yo

tengo la culpa de lo sucedido. No he controlado mi fuerza y le he hecho daño a un menor.

Después de media hora en la sala de espera, Álvaro está más calmado, al menos no aúlla de dolor. Le han dado un analgésico que parece haberlo aliviado y yo estoy por pedir otro para mí. Me estalla la cabeza, me palpita tan fuerte que me cuesta abrir los párpados cuando la voz de la enfermera retumba delante de mí.

—¿Álvaro Cifuentes?

Levanto la cabeza que mantengo entre las manos, apoyado en las rodillas. Me cuesta fijar la vista y, por un momento, me parece ver el rostro de mi amiga del alma, ese que perdí de vista hace muchos años. Parpadeo.

«No, no es ella», me digo soltando un largo suspiro.

Veo que la enfermera entrada en años practica un gran ejercicio de paciencia por la expresión de hartazgo que me dedica.

—Él es Álvaro. Yo soy su acompañante.

—¡Y el bruto que me ha hecho esto! —suelta el chico con rabia.

La enfermera me mira con desconfianza.

—Fue sin querer —contesto irguiéndome frente a ella y echando un vistazo rápido al chaval.

—Bueno, eso tendrá que explicárselo al doctor —dice con reproche, regalándole una mirada severa.

Nos conduce por un largo pasillo de paredes blancas y asientos a cada lado. Pasamos unas cuantas consultas hasta que, al fin, se para en una de ellas. La abre y nos hace pasar.

«Sí, sé que se me ha ido la olla», me admito al ver que no me quita esa mirada amenazante.

Pasamos adentro. Expongo los hechos al doctor y este parece conformarse con la explicación. En cambio, Álvaro sigue echándome en cara todo cada vez que tiene oportunidad.

—Y encima mi sobrino no tendrá lo único que desea esta Navidad.

—Tal vez, Papá Noel se lo lleve esa noche.

—¿Me toma el pelo, doctor? —pregunta el chico.

Frunzo el ceño mientras esos dos intercambian sus juicios sobre la Navidad. De esta conversación lo único que me queda claro es que este doctor parece un elfo del Polo Norte infiltrado. Y que Álvaro está muy desencantado. Oírlo quejarse de la Navidad me molesta, algo que no tiene ningún sentido, pues ¿no es verdad todo lo que dice?

—Es una pena que no creas en Papá Noel, chico. Mira yo, a mis años todavía mantengo la ilusión y siempre me llega un regalo —le dice mientras lo empuja con ligereza para que acompañe a la enfermera a hacerle una radiografía. Este resopla echándome una nueva mirada asesina.

Salgo y espero en uno de los asientos. Mi dolor de cabeza se agrava, y me aprieto las sienes en un intento vano de aliviarlo. De repente, el sonido de unas campanillas atrae mi atención hasta el final del corredor. Han adornado algunos cuadros con espumillones brillantes y guirnaldas. Una decoración muy cutre… No entiendo por qué se toman la molestia.

«Seguro que los ha colocado el doctor-elfo», me digo, obligando a mi cuerpo a levantarse de esta silla que ya tiene marcada la forma de mi culo para la eternidad. Me acerco a uno de los cuadros, es de un pajarito posado encima de una rama…

«Me recuerda al pesado bichejo de esta mañana...», pienso y me estremezco.

Lo miro con intensidad, pues la curiosidad me empuja y, entonces, oigo de nuevo las campanitas y el mismo golpeteo que hacía en mi ventana. Frunzo el ceño.

«¿Proviene del cuadro?», me pregunto, comenzando a sudar.

Lo miro con más atención. Un brillo extraño en su ojo negro y redondo me hace contener el aliento y, de repente, guiña y mueve

su pico de la misma forma que esta mañana. El susto que me llevo es tan grande que acabo estrellándome contra la pared que tengo detrás. Al volver a mirarlo, el pajarraco no se mueve, pero lo he visto tan claro como el agua. Estoy seguro de ello, estoy… ¿loco?

—Oh, Dios. Voy a vomitar. Necesito «drogaina» para aliviar este dolor de cabeza. ¡Tengo alucinaciones! ¿Todavía sufro los efectos de ese maldito vino? —digo en voz alta, muy alterado.

La melodía en mi teléfono retumba en el pasillo solitario y me sobresalta. Mi corazón va tan rápido que estoy jadeando como un animal.

Media hora después, regresa Álvaro acompañado de la enfermera. Parece calmado, como mi fuerte dolor de cabeza. Al final tuve que pedir esa pastilla y me hizo efecto no hace mucho.

Se sienta a mi lado y lo miro de soslayo. Tenemos que esperar a que lo llame de nuevo el doctor.

—Lamento haberte hecho daño, chico. No era mi intención, en serio.

—No me duele eso tanto como lo que tendré que soportar el día de Navidad. ¿Sabes qué cara tendrá mi sobrino cuando no encuentre su regalo? Es lo único que desea.

Algo en mis entrañas se retuerce al oírlo ¿Culpabilidad? Síííí, la conozco bien.

—También siento mucho eso. Ese viejo…

—No me creyó, si lo hubiera hecho no tendría estos problemas ahora —dice señalándose y haciendo un gesto rápido de desdén con la mano del brazo sano.

—Sí que te creí, pero todo sucedió tan rápido… —Silencio, no es excusa. Miento y él lo sabe—. ¿Qué edad tiene tu sobrino?

—Diez años.

—¿Y todavía no sabe...?

—No. —Bufa y prosigue—. Es muy inocente.

No puedo con eso. Diez años, justo la edad en que Isabel se marchó de mi lado. ¡No! Mi corazón me duele más que la cabeza. Mi estómago se contrae.

«¿Y si no lo consigo? No seas bocazas, Iván. Noooo…», me estoy diciendo a mí mismo cuando, como un autómata, suelto *esas* palabras prohibidas.

—Yo se lo conseguiré.

—Será broma, ¿no?

—Lo prometo.

«¡Mierda! Encima lo he prometido. Vino de mierda…», me repito.

Unas campanitas resuenan al fondo del pasillo y mi vista vuela al cuadro del pajarito. Me levanto y, bajo la asombrada mirada del chaval, lo señalo con un dedo:

—¡Tú te callas!

CAPÍTULO 3

Candi

—Sí, ya sé cómo ha pasado todo. Casi me da algo cuando he visto el placaje que te hizo ese guarda de seguridad. ¡Voy a matarlo! ¡No! Eso sería muy fácil, voy a torturarlo, como él te hizo, y atarlo del cuello al parachoques del bus, luego…

—Candi, creo que estás desvariando.

—¿Desvariando? Nooo, solo me regodeo con lo que le espera… —digo tamborileando mis dedos en la isla de la cocina mientras observo su vendaje.

—No me lo ha roto. Es un esguince, curará en pocos días.

—¿Por qué me parece que lo defiendes? Casi te ahoga con ese tirón, ¡y te ha tirado al suelo! Lo he visto en ese video de TikTok. Mira que no avisarme en cuanto sucedió… No te lo perdono, Álvaro Cifuentes —digo levantando mi dedo acusador hacia él.

El terror casi acaba conmigo al oír los gritos de Sergio esta mañana mientras desayunaba. Del susto, di tal bote que acabé tirando el bol de cereales al suelo. Me gusta desayunar tranquila, sin voces ni ruidos estridentes, ir despertándome, poco a poco, como si todavía estuviera saliendo de mi cama.

Pero no, la mañana se presentaba torcida y lo único que la salvaba, si podía decirse, era que era domingo y libraba en el trabajo.

—¡Mamá, mira! ¡Es el tito! ¡Es famoso!

Sergio no paraba de gritar y yo olvidé el desastre que había provocado en la cocina. Absorta, me quedé mirando el vídeo que mostraba la pantalla de mi móvil.

Los ojos casi se salieron de mis órbitas al ver la imagen de un hombre reduciendo a mi hermano como si fuera un delincuente. ¡Lo hizo aterrizar contra el suelo! Casi colapso. Si eché humo por las orejas, no lo sé, pero noté que mi sangre se calentaba y tenía ganas de quemar la ciudad, empezando por ese puto guarda de seguridad.

Lo siguiente que hice fue llamar a Álvaro.

No ha sido suficiente con la explicación que me ha dado por teléfono para tranquilizarme, así que ha vuelto de su paseo con Bicho por el vecindario hace quince minutos para contarme todo de forma racional. ¿Y me veis cara de quedarme conforme? Ni de coña. Quiero sangre. Bicho, su bóxer desde hace un año, me ladra impaciente. Percibe mi ansiedad, siempre es el primero en notar mis tensiones como también el que normalmente me consuela cuando estoy de bajón con sus húmedos lametones.

—Voy a quejarme al centro comercial. No pueden tener de servicio a un maltratador de menores, es inadmisible.

—Sí, Candi, fue un poco bruto, pero luego se disculpó conmigo. Además, ya casi cumplo los dieciocho… —Me señala con el dedo acusador y añade—. No seas otra más de esos vengadores de las redes. Me da pena, la verdad.

—¿Pena ese…? —*¡Fuuu!*—. A mí me la das *tú*. Él no es quien tiene el hombro lastimado ni… —bajo la voz por si Sergio está oyendo la conversación a escondidas— ni quien no reciba su juguete preferido en Navidad.

—Lo llamaron del trabajo de camino a casa y por lo poco que escuché no creo que estuvieran contentos con lo ocurrido. Espero que no lo echen por esto —dice tocándose el hombro y reflejando una compasión en su rostro que me exaspera.

—Todos los tontos tienen suerte. No creo que caiga esa breva.

—Lo importante es que no fue grave, Candi.

Tiene razón, debería calmarme, comportarme como una adulta y no perder los papeles como lo estoy haciendo, pero es que me mata sentir tanta impotencia. Es mi hermano pequeño, lo adoro, es un niño. ¡Joder! Y debo protegerlo de todo.

—Desde ahora no darás un paso fuera de casa sin mi permiso.

—Tengo diecisiete años, casi diecio… —Pongo los ojos en blanco —. No tengo que pedirte permiso para nada. Estás neurótica. Será mejor que me despida de Sergio y me vaya a dar mi paseo o…

De pronto la música de AC/DC a toda pastilla interrumpe su patente amenaza. Saber que me está vacilando con su edad me da rabia, sigo siendo la mayor de los dos y será lo próximo que le recuerde tras colgar esa llamada, aunque cumpla cincuenta y ocho.

—Oh, vaya. —Me está mirando con disimulo, me oculta algo y lo corroboro cuando me da la espalda con el aparato en el oído—. Estoy bien. Solo me duele un poco, pero con los analgésicos que me compraste en la farmacia lo llevo bien, Iván.

Aguzo mi oído al extremo de parecer crecerme la oreja tamaño Dumbo. Ni las viejas tras los visillos logran mi rigidez de estatua, ni respiro. Frunzo el ceño. ¿Quién es ese Iván? Sigo atenta a cada palabra.

—No te preocupes, seguiré buscándolo yo mismo. No hace falta, de verdad…

Está discutiendo algo, pesaroso, y accede a lo que sea que le propone su interlocutor.

—Sí, podré hacerlo. Está bien, quedamos sobre las cinco. Toca el claxon y salgo. Adiós.

Lo oigo resoplar antes de volverse y encontrarse con mis dos líneas semicerradas que lo escudriñan como un sabueso. Me falta olfatearlo… No, perdona, que ya huelo a gato encerrado. Me oculta algo y tengo una ligera sospecha que quema en la punta de mi lengua.

—Mi pregunta es fácil, Álvaro Cifuentes. ¿Quién es ese Iván?

Me mira con expresión pétrea unos segundos antes de contestar. Veo cómo le tiembla el párpado y coge aire antes de hablar.

—Es él.

Ladeo mi cabeza sin apartarle la mirada.

—Él ¿quién…?

Mi voz muere al comprender la evidente e inesperada respuesta. Álvaro cierra los ojos esperando mi ira. Me he transformado en un dragón de dos cabezas y quiero arrasar con todo a mi paso y sobre todo con ese tal Iván, del que solo conozco una enorme espalda, pero que en mi mente ya está reducido a un pequeño carboncito renegrido.

—No vas a ir a ningún lugar con ese loco con complejo de Rambo.

—Fue un error y me ha pedido perdón.

—¿Y eso lo exime de lo que ha hecho? ¿Y si te hubiera roto el cuello o dejado inválido?

—¡Qué exagerada eres, por favor!

Respiro hondo y ahogo la protesta que me achicharra la garganta.

«Calma, dragón».

—¿Qué demonios quiere ese imbécil?

—Buscar… ya sabes…

—No, no sé nada. Explícate. ¡Ya!

—Bueno, prometió conseguirme el… —Su voz se convierte en un susurro audible solo para mí—. Juguete de Sergio.

Uy, eso no lo esperaba y me confunde un poco, pero sigo muuuuy cabreada.

—Dile que no es necesario.

—Ya lo hice y creo que es de esos que cumplen su palabra. No dará su brazo a torcer.

—¿Eso es ironía? Porque no tiene ni puta gracia. No vas…

—Mamá, ¿qué ocurre? Nunca dices palabrotas… Si tú las dices, ¡puedo decirlas yo también!

La voz de Sergio me deja a medias y se me cae la cara de vergüenza.

—No puedes, cariño. Es que no me di cuenta y se me escapó. No volverá a pasar —le digo a mi reflejo en versión miniatura que me mira con picardía.

Álvaro se carcajea.

«¡Se ríe! ¡Es un capullo!», y sí, sé que he soltado otra palabrota, aunque solo la he pensado, y eso me salva.

—Joooo, eso no es justo. En el cole la mayoría no dicen una frase sin terminarla con una palabrota. Es de machotes. Yo soy un machote y quiero parecerlo también.

Bicho parece secundarle con sus estridentes ladridos.

«Se está vengando de mí por hacerle volver de su paseo», pienso, echándole una mirada amenazante.

—Tú eres mi hijo, educado y muy machote sí, pero con clase.

—Bueno, cuando tenga mi Madelman podré practicar con él. ¡De machote a machote! —grita saliendo de la cocina en una carrera hasta su habitación en la planta superior. El bóxer lo sigue, feliz.

—Me cago en mi vida —digo más para mí que para Álvaro que me observa con pesar—. No irás tú, iré yo con él.

—Oh, no, Candi. Tampoco voy a dejarte ir sola con ningún desconocido. Estaría loco si lo hiciera. Y no soy ningún crío.

Desvío el rostro al suelo unos segundos.

Es verdad que no es un niño, aunque lo trate como tal. No puedo evitarlo, mi instinto protector es fuerte y aunque sea su hermana, casi diría que soy su madre, pues la nuestra apenas es una sombra

de lo que fue desde que murió papá aquel fatídico día. Lo he criado durante estos años como si fuera mi hijo, en vez de un hermano.

A pesar de mi tristeza fugaz, le dirijo una mirada cargada de picardía.

—Vale, lo admito, no eres mi hermanito chiquitín con mofletitos de algodón de azúcar. Eres la versión adulta de Winnie the Pooh, pero solo en proyecto, todavía puedo decidir por ti, ¿te enteras? Reconozco que mereces que te trate como… un humano y no como un dibujito animado. Por lo tanto, iremos juntos.

Álvaro se resigna. Lo noto en su derrotado resoplido a la vez que asiente.

—Pero no sentenciarás a Iván al infierno antes de hablar lo sucedido. Hablar, Candi, no gritar.

—Palabra de Scout.

Después de decir eso, me inspecciona de arriba abajo, sin contemplaciones. Me conoce bien. ¡Joder!

—Tienes los dedos de los pies cruzados, estoy seguro. O en tu mente acabas de transformarte en una X del tamaño de esta casa.

—¿Yo? Nunca haría eso.

Tengo el dedo corazón del pie derecho encima del gordo… ¡Sí, forma una cruz perfecta y me estoy riendo por dentro a carcajadas limpias! Gracias a Dios que tengo los deditos de los pies largos y me lo tomo como un don, no como un complejo, pues me ha servido de mucho en la vida. ¡Ja! Y no, no puedo tocar el piano con ellos, al menos no lo he intentado. Tengo imaginación, pero sé que vosotros no os quedáis atrás.

¡Sí, listillo, a ti te lo estoy diciendo! Deja de reírte imaginándome con dedos ultra largos como salchichas, tocando las cuatro estaciones de Vivaldi.

Sergio y yo comemos juntos en el salón. Está viendo unos dibujos animados en la tele y no se da cuenta de cómo lo miro. Menos mal. Estas fechas son difíciles para mi familia, pero él no ha

crecido con la figura de un padre, lo más parecido fue la de su abuelo durante sus primeros años. Luego, Álvaro ocupó su lugar, se convirtió en un niño grande de un día para otro, asumiendo su papel de hombrecito de la casa. Mi madre… Ella vive en un mundo paralelo, lleno de recuerdos, y la mitad del tiempo apenas sabe que existimos.

Últimamente está peor, se queda ensimismada mirando el fuego de la chimenea. Sí, estas fechas son odiosas desde que faltan tantos ángeles en nuestras vidas, pero Álvaro y yo mantenemos las tradiciones por Sergio. Nos esforzamos bastante para que no sean aburridas. Él se merece una infancia feliz y llena de ilusión, no es justo que influyamos de forma negativa en su crecimiento.

Aparto un mechón de cabello negro y despejo su frente. Creo que no se da cuenta, pues está muy concentrado en los dibujitos, si bien dirige sus brillantes y felices ojos hacia mí y yo me derrito por dentro como un helado al sol. Es tan bonito mi niño…

—¿Por qué no puedo ir con vosotros?

—Ya te dije que iremos a hacer cosas de mayores, amorcito.

—No quiero quedarme en casa con la abuela, me aburriré mucho.

Ya empezamos. Él sabe cuáles son mis puntos débiles. Sabe jugar bien a ese juego de «te doy penita y lo consigo». Mas esta vez no podrá salirse con la suya.

—No vas a venir. ¿Sabes? Te voy a encomendar una misión secreta.

—¿Cuál? —grita entusiasmado.

—Hoy me dijo abuela que le apetecía bizcocho de limón. He pensado en avisar a Miriam para que os ayude a hacer uno. ¿Qué te parece? —Él agacha la mirada, muy decepcionado. Y no puedo soportarlo, soy muy débil—. Pero con ayuda de tu amigo Juande. Le pediré que lo traiga con ella.

—¡Sí!

Salta y hace un baile delante de mí, haciéndome reír. Yo lo imito y juntos vitoreamos con energía como si hubiera ganado la copa nuestro equipo favorito de fútbol y no que esté de acuerdo en quedarse con la niñera una tarde más.

De seguido, cojo el móvil y salgo a la calle sin acordarme de que está nevando. Desde hace unos días no ha parado y el paisaje, normalmente salpicado de colores, se halla pintado de un blanco nuclear que me sorprende, aunque esté acostumbrada. Sentada en el último escalón de la escalinata del porche, me dispongo a marcar con prisa, me estoy congelando el culo.

Mientras las llamadas suenan al otro lado del altavoz, un pajarito se detiene justo a mi lado. Es tan gracioso. Entonces, se posa en mi rodilla, sobresaltándome. ¡Será atrevido, el picarón!

—Oye, ¿y tú de dónde sales? —digo con voz dulce como si fuera un bebé.

Oh, por favor, ¿me acaba de hacer un guiño? El sonido de unas campanillas resuena en el jardín y busco a mi alrededor. Es extraño, pero juraría que esas mismas campanillas las oí ayer cuando recogía los paquetes que debía entregar en mi trabajo. Cuando vuelvo la mirada, ya no está. Es raro, ni siquiera me he percatado de que remontaba el vuelo. Debo estar alucinando.

—Hola, Mirian. ¿Podrías venir hoy con Juande? Tengo que salir de compras y le comenté a Sergio que podríais hacer un bizcocho para merendar. —Tengo los dedos cruzados otra vez. ¡Sí, los de los pies! Mis zapatos son anchos y puedo hacer trenzas allá dentro ¿Vale?—. ¡Bien! Te esperamos esta tarde, entonces. Gracias, preciosa.

Me levanto meneando el culo al son de *All I Want For Christmas Is You* de Mariah Carey. Resuena en mi cabeza, me encanta cuando las cosas salen como quiero.

Al entrar, pido a Alexa que ponga la canción. ¿Por qué no? No hay dolor, ni tristeza, solo tiempo de Navidad, bonito, entrañable y divertido.

Bailo y canto creyéndome uno de los participantes de Operación Triunfo y Sergio me acompaña, encantado. Ríe como el niño que es todavía y yo siento que tengo su misma edad. Sonrío al retrato de mi padre y me comunico con él con un pensamiento intenso.

«Sí, lo estamos haciendo bien».

CAPÍTULO 4

Iván

Voy de camino a la casa de Álvaro. No tardaré mucho, pues está a solo diez minutos de la mía en auto y veinte andando. He cogido el coche en lugar de la moto, no vaya a ser que nos caigamos debido a cualquier resbalón por la nieve. No cae muy fuerte, pero es continua y, por ello, más engañosa. Me divierte contemplar cómo flota y juega con las corrientes de aire mientras el coche avanza. Sí, soy muy soñador, y eso es lo que me lleva a no perder la esperanza de que algún día cumpliré mis deseos profesionales y… románticos. No sé yo a qué es debido, pero últimamente, pierdo demasiado tiempo pensando en eso. Será esta época que me pone más sensible. Aun así, tengo claro que lo que más me importa en este momento es lograr trabajar de lo mío para una buena empresa.

Por eso no me importa mucho haberme despedido, la verdad. ¿Cómo lo digo más claro? He renunciado, soy mi puto héroe. No es el trabajo que deseaba y en estas fechas, menos. Sonrío al recordar el rostro adusto de mi encargado mientras negaba con la cabeza.

—Iván, Iván, no sé en qué pensabas cuando te lanzaste a reducir a ese muchacho…

—No lo reduje, intentaba retenerlo, iba a lanzarse sobre el abuelete.

—Ni eso, chico, ni eso debiste hacer. No os pago para que os creáis un Rambo vengador. Os contrato para separar y poner orden. Le rompiste el hombro a ese niño, y eso es… inaceptable.

—No se lo rompí, señor Augusto, solo lo lastimé. Pero reconozco que fui demasiado impulsivo y puede que me pasara de listo. Tal vez no sea lo mío trabajar con usted.

—Bueno, bueno, no vayas tan rápido. No soy un ogro, ¿sabes? Tengo una buena solución: vigilarás los aparcamientos subterráneos y así no tendrás contacto con la gente durante un tiempo. Tu vídeo se hizo muy viral y debemos limpiar nuestra imagen. Si apareces por el centro, tal vez haya más grabaciones… Ya sabes, juzgándonos. Está decidido. Tu lugar lo ocupará Sara Reyes, estoy seguro de que lo hará muy bien y a ti te servirá también para relajarte.

—No, señor.

—No, ¿qué? ¿No podrás relajarte?

—No trabajaré más aquí.

—No pensarás dejarme tirado en estas fechas, ¿verdad, Iván?

Ladeo la cabeza sin apartar mi vista de él. Está cambiando de color a uno más rosado. Creo que le está dando un subidón de tensión, pues sus orejas son dos amapolas, igual que sus mejillas. Me estoy temiendo lo peor y me veo… llamando a urgencias. Sí, porque me niego a hacerle el boca a boca.

—Solo me quedaré hasta que busque a otro que ocupe mi puesto. Y ruego que comience ya.

Le di bien fuerte a Augusto, ya que no se lo esperaba. Tiene en muy alta estima su trabajo de encargado y a mí me da pena, aunque me mande a las catacumbas.

Me encojo de hombros, quizá no sea tan malo. No tendré que atender más robos, peleas ni engaños de ancianos, y eso es genial.

Aparco mi Peugeot negro y miro la hora. Faltan diez minutos para las cinco. Salí demasiado temprano, por lo que me corrijo mentalmente: solo son cinco minutos de mi casa hasta aquí.

Subo el volumen de la radio. La emisora tiene un buen repertorio de música de los ochenta o más. Sigo esperando lo que me parece

una eternidad, en cambio, mi móvil marca dos minutos menos. ¡Oh! Comienza una canción de Madonna. Sonrío, muuucho, mucho.

De repente, noto movimiento en el porche de la casa. El pobre de Álvaro lleva puesto el cabestrillo sobre una camiseta metalera, parecida a la de ayer. Su estilo es diferente, no es el típico que suele verse en esta zona. Los vecinos de aquí suelen ser gente de un poder adquisitivo medio y visten con ropa clásica durante la semana y de gala los domingos… Yo opino que siempre es bueno un poco de diversidad entre tanto Minions. Me gusta que sea distinto y si hace falta ponerse una camiseta de AC/DC para apoyar… Bueno, lo admito, la llevo puesta, lo hice para caerle bien, todavía estoy sensible por su mirada aniquiladora.

Tal vez, me dé tiempo a cambiar la emisora a una más cañera. Busco y busco sin dejar de observarlo. Pero me sorprendo al notar que lo sigue alguien y no distingo quién es. Espero que no sea su madre, no soportaría otra bronca, ya tengo suficiente con la de esta mañana. El cupo de enfados está lleno por hoy, lo siento.

Álvaro saluda con la mano, su cara no es amigable. Qué serio es este chico, aunque no creo que se resista a mi sonrisa. Repito que no soy muy sociable últimamente, hasta que decido serlo. ¡Sí, tengo remordimientos de conciencia!

Sigo con mi búsqueda de la emisora ideal, sin encontrar nada, y entonces la veo.

Detrás de él se asoma al fin una figura femenina. Oooh, sí que es femenina, *muy* femenina. ¿He mencionado que es tremenda? Pues lo es, muuuucho. Digo figura porque es lo único que veo. Esa mujer no es que tenga buen cuerpo, es el cuerpo. Esos vaqueros tan ajustados y desgastados dejan entrever unas piernas kilométricas. La camiseta blanca se ajusta bien a unos pechos muy sugerentes, tapados en parte por una chaqueta negra de cuero corta. Con gusto se la quitaría solo para comprobar que son justo como me gustan. Apuntan hacia mí…

«Por favor, Iván Santiago, ¡relax! Ni siquiera le ves la cara, tapada por esa capucha y el fular hasta la nariz… Seguro que está mellada o

se parece a la novia de Shrek», me digo con convicción, pero la verdad es la verdad: llevo mucho tiempo sin echar un polvo.

¿Quién fue la última chica que me quitó las telarañas? Hago memoria… Umm… Andrea, la secretaria del gimnasio y de eso hace… casi un año. ¿Que si tengo telarañas ahí abajo? Noooo. Más bien se me ha formado un capullo de crisálida que serviría de condón natural. ¿Qué me ha pasado? Pues, simplemente, que comencé a trabajar en esta mierda de empleo roba vidas y solo tengo tiempo de estudiar, comer, trabajar y dormir. Como ves soy ejemplar… para tu padre.

—Hola —saluda el siempre escueto Álvaro mientras abre la puerta y se acomoda a mi lado.

Mi saludo se queda a medias cuando veo que la mujer se acopla en el asiento trasero, justo detrás del chico. Igual que en una película romántica, se quita la capucha y revela una mirada indómita que me deja sin aliento. ¿Oigo campanillas? Me observa a través de unos enormes ojos negros, preciosos, enigmáticos y yo… trago saliva, impactado por esos iris que parecen dos meteoritos directos a… matarme.

—Soy la hermana de Álvaro y si no quitas esa música, no iremos a ningún lado.

Parpadeo. Umm, qué voz más... agresiva. Estoy empalmadísimo como un orangután. Incluso interiormente oigo mi grito de guerra: Oinc, Oinc, Oinc. ¿No es eso lo que hablan esos bichos? Ah, no, qué ironía que lo confunda con el de los cerdos.

—Encantado… —Espero que me revele su nombre, sin embargo, ante la falta de cordialidad, continúo con lo que sé—. Hermana de Álvaro. Soy Iván, pero supongo que eso ya lo sabrás, como toda España o… el universo.

Nada, no dice nada. Solo entrecierra sus ojos. Insisto:

—Lo digo por lo del vídeo, ¡somos famosos! —Río estúpidamente y acabo exhausto de mí mismo. «Otra que me adora», ironizo, intentando animarme—. ¿Vienes con nosotros?

Mi pregunta es rápidamente contestada por un encogimiento de hombros por parte de Álvaro y un:

—No se fía de ti.

¡Qué situación más violenta! Me encuentro con la erección más enorme de mi vida causada por una mujer (Puntualizo: un dóberman) a quien no conozco. Para rematar, de fondo suena la música de los Cantajuegos y llena el ambiente de más tensión… ¿Sexual? No, por cómo me mira, más bien creo que está a punto de acusarme de pedófilo.

—¿Por qué escuchas esto? —pregunta Álvaro cambiando de emisora y dejando la canción de Madonna que oía en un principio.

Yo me recuerdo que debo inspirar y espirar para seguir vivo.

—Oh, en realidad buscaba algo como… esto. —Miro al frente, sin embargo, no puedo evitar desviar mis ojos un instante hacia el espejo retrovisor.

¡Dios! He sido neutralizado por la vista laser de *Supergirl*. Fulminado, in situ. Esa mujer podría intimidar a un búfalo. ¿Será familia de Cocodrilo Dundee?

Dejo de pensar en frikadas para arrancar el motor. Conduzco en silencio. Solo se oye la voz melodiosa de Madonna entonando la canción de *La Isla bonita*. Mi dedo tamborilea al son en el volante, un poco más relajado —¡JA!— y decido atreverme a ser el primero que rompe el hielo.

—Espero que estés mejor, Álvaro. —Me parece oír un gruñido atrás, pero prefiero ignorarlo—. He pensado que podríamos ir a una tienda muy especial.

—Me recorrí todas las jugueterías de Salamanca, ya te digo que los Madelman están agotados.

—Estoy seguro de eso, pero «no contabas con mi astucia» —pronuncio imitando al Chapulín Colorado que tanto me hizo reír de niño.

Álvaro me mira desconcertado, sin opinar, y mi vista se dirige por inercia al retrovisor interior. Ella pone los ojos en blanco un segundo para volver a mirar por la ventana.

«Cri, cri, cri».

Resoplo sonoramente, mi idea de ejercer de buen samaritano es muy divertida, como veis.

—¿Qué clase de tienda es esa? ¿Y por qué no la conozco?

¡Por fin una ayudita que destense los mínimos veinte minutos que quedan hasta llegar al centro!

—Verás, no es una tienda cualquiera. No es la típica juguetería. Es una de esas que ahora se conocen como vintage.

—¿Quieres que le regale un juguete de segunda mano a mi hijo? —pregunta la hermana de Álvaro.

Su arranque me ha hecho dar un salto en el asiento y casi pego un volantazo. Su cabeza asoma entre los dos asientos delanteros y me mira con incredulidad. Me ha sorprendido, aunque eso no es nada para la sensación que me recorre por la espalda cuando logro ver al fin su rostro destapado. Me es familiar por un momento, en cambio, no recuerdo por qué. No solo sus ojos son bonitos, también lo es su redondeada naricita pecosa y su boca de piñón de color cereza. Tiene un rostro aniñado y juvenil. ¿Qué edad tendrá? No parece mayor, juraría que es más joven que yo. Obligo a mi cerebro a reaccionar, ya que ha sufrido un cortocircuito.

—No… ¡No! Claro que no. —Carraspeo y sigo sin mucho convencimiento—. Haberlos los habrá de segunda mano, pero también los hay nuevos, dentro de su envoltorio original. ¡Son una pasada!

Esto último lo expreso con entusiasmo, porque creo en ello, y me encanta la idea. Álvaro no opina, como es costumbre en él. Con el codo en la ventanilla apoya su barbilla en su puño y mira a través del cristal como si se le fuera la vida en ello.

—Por favor, da la vuelta. No nos hagas perder más el tiempo. Mi hijo quiere un Madelman moderno, no uno de los años de la polka —

protesta.

Mi entusiasmo se desvanece tan rápido como había llegado y me invade la pesadumbre. Le echo un vistazo rápido por encima de mi hombro y encuentro una decepción que me afecta dolorosamente, me sienta como un tiro. Estoy harto de enfados, de sentirme culpable cuando, en cierto modo, también yo fui víctima de la misma treta del viejo caradura. Ya me he disculpado y he obrado en consecuencia. No lo aguanto.

Miro al frente y detengo el coche en el semáforo al ver la luz ámbar que se convierte al segundo en roja, igual que mi cerebro burbujeante. Respiro hondo. De reojo noto que Álvaro me clava la vista, pues mi fuerte respiración se parece a la de un toro. Maldigo entre dientes a la radio que no emite ningún sonido que no sean esas endemoniadas campanillas navideñas.

—Lo siento, hermana de Álvaro. No quería meteros en un lío mayor por culpa de ese viejo sin vergüenza. Reconozco que actué mal, de forma impulsiva, incoherente. Si te sientes mejor, te cuento que por ello voy a pasarme el resto de mis turnos en los bajos del centro comercial hablando conmigo mismo. No he mandado a la mierda este trabajo por no dejar tirado a mi estúpido jefe, aunque no se lo merezca. No deseo que tu hijo se quede sin regalo como… —¡Stop! Mis labios están sellados. No voy a revelar el verdadero origen de mi culpa a una mujer con complejo de justiciera—. Necesito enmendar lo sucedido.

A través del espejo la noto rígida. Su rictus, antes de muñeca diabólica, se ha transformado en una expresión titubeante. Creo que va a salir del coche y me va a acusar de loco violento, sin embargo, el semáforo se pone en verde.

—Conduce, ya puedes conseguirle uno nuevo, que si no te lo meteré tan fuerte por el culo que no le verás ni los pies.

—En realidad llevan zapatos, botas…

—¡Conduce! —ordena a la vez que oigo el claxon del coche de atrás instarme a seguir mi camino.

Pero eso no me molesta y acelero con una mal disimulada sonrisa.

CAPÍTULO 5

Iván

—Dime, ¿cómo celebráis la Navidad en casa? —le pregunto a Álvaro.

Vamos caminando por la acera, esquivando gente como en un videojuego. He tenido que aparcar lejos, el centro está intransitable, completo, rebosante de personas que van de tienda en tienda como si todo se fuera agotar pronto. Echo un vistazo a su hermana que anda sola delante de nosotros. Me fijo en su culo, lo tiene de aúpa, bien definido…

—¿Me has oído?

—Ah, sí, claro.

—¿Qué te he dicho? —Cri, cri, cri—. Oye, fuiste tú quien preguntaste, y deja de mirarle el culo a mi hermana. Todavía con un brazo puedo ponerte un ojo morado.

¡Ups! Su tono es amenazante y, aunque es improbable que logre su amenaza, modero mi nueva obsesión preferida.

—Perdona, es que creo que me he enamorado de ella. —No puede aguantarse la risa. Lo dicho, soy encantador y muy gracioso cuando quiero—. ¿Puedes repetir?

—Dije que esa noche solo estamos mi madre, Sergio, mi hermana y yo.

—¿No os reunís con más familiares? —pregunto incrédulo.

La noche de Navidad es un día de reencuentros. Vemos a nuestros tíos y primos más cercanos, incluso a las ovejas

descarriadas que no aparecen en todo el año. En casa de mis padres cenamos más de veinte y liamos una muuuy gorda. ¿Serán una de esas familias en discordia que no hacen el intento de verse ni en estas fechas?

Él niega con la cabeza, pero no agrega nada más. Su mirada es triste y me muerdo la lengua. Me da pena que un chaval tan joven no viva los momentos especiales que solo suceden en esta época. Y encima, voy yo y le lastimo el hombro. Si es que debería dejarme azotar. Estoy seguro de que la que va delante de mí se ofrecería voluntaria o, más bien, pagaría para hacerlo.

—Oh, vaya. Es una pena.

—¿Y tú? ¿Trabajarás ese día en el *parking*?

—Aaah, no. Se lo dejé bien claro a mi jefe. Ni de coña me pierdo las fiestas… A estas alturas del mes no acepto cambios. Quiero irme a mi pueblo el treinta por la tarde y rezaré para que no caiga una nevada. Te aseguro que, si no aparezco en casa, mi madre es capaz de convertirse en Mazinger Z para cruzar Salamanca y venir a zurrarme. —Me mira como si fuera un extraterrestre—. ¡Tengo fe en Papá Noel! ¡Nada podrá detenerme!

En ese instante, la hermana de Álvaro se gira con los ojos entrecerrados y yo le sonrío como si fuera una dulce ninfa del bosque. En realidad, ni lo he pensado y la sonrisa se me dibuja sola, va por libre la muy traviesilla. La bruja ladea la cabeza con rapidez, como si la hubiese desconcertado, y vuelve a darnos la espalda.

—Pues lo tienes bastante apurado, pero seguro que lo consigues. Es indudable que tú tienes más fe que yo en todo.

Álvaro bufa, y yo me sorprendo bastante por su falta de entusiasmo. ¿Tan aburrida es esa mujer que tengo delante?

—¿Siempre es así de…?

—Ten cuidado con lo que dices, Iván. Ella es la mejor hermana del mundo.

—Ah, ¿sí? Parece un poquitín borde —susurro en su oído.

Miro al frente de nuevo y me doy de bruces con sus pupilas. Otra vez me las clava como puñales y ahogo un grito de sorpresa.

«¡Qué miedo me da esta mujer! ¿Tendrá un oído supersónico? Aunque su mal genio me da un morbo…», pienso, aguantando como un campeón.

Álvaro ahoga la risa al verme en apuros.

—Nada de secretitos con mi hermano. No eres su amigo, le has lastimado el brazo, pedazo de neandertal.

Resoplo al suelo, este tiene más calidez que su rostro. Noto que me sigue perforando con la mirada, fija en mí… Estoy a poco de hacerme un ovillo y meterme el pulgar en la boca como un bebito.

De pronto, un fuerte sonido metálico, seguido de un ridículo gritito, llama mi atención al frente. Es ella… que cae hacia atrás… encima de mí. En menos de un segundo, acaba despatarrada sobre mi cuerpo. Su bonito trasero ha aterrizado en mi estómago como si fuera una almohada de… plomo, no plumas. No me resulta grato, pues estoy bastante ocupado en no morir asfixiado.

Aferro su cadera como si de eso dependiese mi vida y la empujo hacia abajo. Consigo que se siente en la acera, entre mis piernas, y yo respiro con desesperación, boqueando como un pez fuera del agua.

—Me… cago… en mi vida. ¿Qué cojones…? Realmente voy a acabar pensando que eres Nikita, ¡joder!

—¡Au! ¡Mierda! ¡Mi frente! ¡Qué dolor! —Se queja pareciendo más una niña que una mujer de armas tomar como hasta el momento.

Aferro su mentón, lo giro hacia mí y me quedo cegado por un terrible chichón en su frente. Aprovecho y escaneo su bonito rostro, deteniéndome demasiado en sus labios entreabiertos y jadeantes.

—Si me necesitas, allí estaré —le digo, recitando la mítica frase del Capitán América como si estuviera en una de sus pelis. Tengo un problema, lo sé. Síií, grande, también lo sé.

Ella abre un segundo sus ojos, desconcertada por mi voz grave. Con la rapidez de un superhéroe, saco de mi bolsillo una moneda de un euro y se la estampo sobre el bulto haciendo presión. Estoy muy seguro de lo que hago, pues tengo experiencia en chichones y sé que este es el mejor método que existe para bajarlo, según mi abuela.

—¡Ah, déjame! —grita intentando apartar mi mano con el euro —. ¡Que duele, imbécil!

—Aguanta un poco, mujer —le pido, resistiendo su efusivo manotazo.

De repente, se queda muy quieta y la miro con inquietud. Me está lanzando esos puñales que tiene por pupilas y se está montando un *show* de circo con mi corazón de diana. Dejo de presionar un poco y vuelvo a bajar la vista a sus labios entreabiertos. Son tan bonitos que me duele resistirme a besarlos. Entonces, se mueven y dejan escapar el aliento, lentamente. ¡Hechizo de luna!

—Como no me sueltes ahora mismo, te meteré la moneda por el culo para que salude al Madelman, *tontolaba*.

Es una fiera, pero cómo me pone. Tanto, que en ese momento mi pene decide saludarla. Cierro los ojos, pues sé que lo está notando contra su trasero redondito y muy pegado a mí. ¿Cómo salgo de esta?

«Vengadores, reuníos», recito mentalmente como si leer cómics durante toda mi vida y decir esas palabras hicieran que se materializaran delante de mí todos esos personajes para salvarme.

Y, como por arte de magia, ya no está.

«Dios, ha funcionado», me digo con la confianza de un niño.

Entonces, compruebo con incredulidad, vamos, con la madre de las incredulidades, que está de pie y en brazos de un rubiales con pinta de surfero. Está cachas… Es más guapo que yo. Y no es un vengador.

—¿Estás bien? Te has dado un buen golpe, querida.

Mis alarmas se disparan al oír: querida. ¿Quién demonios se cree ese guapito para tomarse esas familiaridades? Lo que no espera es el guantazo que le va a llegar en cero-coma. Sin embargo, en vez de eso, esta le sonríe como si él fuera su puto héroe. ¡Es muy injusto! ¡He sido yo el que casi muere por salvarla!

—Oh, gracias. Sí, fue un buen golpe, me despisté un poco y ¡zas! —responde ella ahora muy sonrosada y risueña.

Sus manos reposan sobre los enormes antebrazos de ricitos de oro y yo estoy cada vez más cabreado. ¿No parece que lo está sobando?

—Si quieres puedo invitarte a un café, así podrás recuperarte.

El rubiales le está haciendo ojitos. No me lo puedo creer. Ella abre la boca para responderle, pero la interrumpo mientras me incorporo de un salto.

—No va a poder, querido. —Me cruzo de brazos sacando pectorales como un palomo. La guerra de músculos está servida—. Ya está en buenas manos.

—Tiene razón, mi hermana está bien acompañada, señor.

Él nos mira incrédulo, reparando por primera vez en nosotros y la suelta con brusquedad. Mientras, ella intenta guardar el equilibrio.

—Eso —digo, sujetándola con rapidez de la cintura.

Me hubiera gustado agregar que ella está conmigo, pero me reprimo. Estoy seguro de que al final me mete el Madelman y una hucha entera por el ojete como siga con esa actitud de macho alfa, que no entiendo ni yo. Mejor se lo dejo al hermano…

—Vale —suelta sin más el surfero—. Espero que te mejores, guapa.

Ella se queda plantada viendo cómo se aleja, fascinada, como si ese hombre fuera el *crush* de sus sueños… De seguido, está observándome y adivino que está imaginando mi muerte en bucle. Prefiero no saber cómo es y retrocedo buscando la ayuda de Álvaro.

—No lo mires así, Candi. Solo quería ayudar…

—Claro, como cuando te lastimó a ti el hombro. Suma y sigue, que al final no lo cuentas.

—Perdón —carraspeo, avergonzado.

Tiene las mejillas como amapolas y los ojos tan brillantes como Atenea. Candi, se llama Candi… Como *Candy Candy*. No se parece al dibujito animado ni en el blanco de los ojos, aun así, ese nombre termina por cautivarme. Y ella me...

—Te odio —gruñe como poseída.

Y algo en mi cerebro activa el modo autodefensa. No es la primera vez que oigo esas palabras en una mujer.

—Yo no te obligué a rematar ese cartel como si fueras a meter el gol de tu vida.

—Pero fuiste el causante de que no lo viera venir, para mí eso significa lo mismo.

—Claro, tengo la culpa de que te pierda tu vena cotilla y que quisieras enterarte de qué hablábamos.

—Por lo que a mí respecta, sí. SO-LO TÚ eres el culpable de que parezca un unicornio los próximos días —agrega, aún más colorada que antes, hasta las orejas le arden.

—Un unicornio encantador.

Su desconcierto es tan evidente como el mío al soltar la frase. Lo he dicho en serio, y, aunque es de todo menos encantadora, tiene algo que no llego a ponerle nombre y que me resulta muy entrañable.

Sin más, se cuelga del brazo sano de su hermano y lo obliga a caminar mientras se toca el bulto de la frente. Yo me quedo en el mismo lugar unos segundos, asimilando lo que me está pasando. Creo que nunca me han hecho sentir tanto, ya sea para mal o para bien, por lo que me trastorna como nadie. Me odia, yo no la soporto, y a la vez, me parece irresistible. Su trasero se contonea delante de mí y aunque sea un movimiento natural, me parece más provocador que el baile de los siete velos.

¡Qué peligro tiene! Y qué salido estoy. No me reconozco. Detrás de ellos, ensimismado en ese culito prieto que tengo delante, me saca una sonrisa sin querer.

CAPÍTULO 6

Candi

Lo odio. Me exaspera. No sé por qué no arrastro a mi hermano y me alejo de él todo lo que puedo. Iván es de esos hombres que parecen no haber roto un plato y luego han roto la vajilla entera, estoy segura. Es un atrevido y va fardando de musculitos con los más débiles. Lo lleva claro conmigo, no soy débil y tengo concentrada mucha mala hostia en mi metro sesenta. Para su desgracia, acaba de toparse con una piedra incómoda en su zapato, esa que lo hará aullar como un cachorro.

Parece inocente, aunque es más listo de lo que aparenta. Se lo he notado en cómo me mira las tetas cada vez que tiene la ocasión. Aun así, hay algo en él que me descoloca. Su cara me es familiar, pero no caigo en dónde lo he visto antes, y estoy tan segura de ello, como que me llamo Cándida. Es guapo, no puedo negarlo, y tiene buen cuerpo, de esos que miras dos veces y no te cansas. Por eso me extraña haberme olvidado de si me lo he cruzado alguna vez en otro lugar.

Lo que más me enerva de él en este instante, además de haberle hecho daño a Álvaro, es que me ha estropeado la cita con ese pedazo de rubio de película. Quería tomarse un café conmigo, ¡*conmigo*! Hubiera estado bien quitarme las telarañas con ese melenas buenorro… Y lo ha echado, bueno, él solo ha tenido la culpa. Según veo, mi hermanito se ha convertido en su aliado… Son unos malditos *waterpartys*.

—Me estás apretando mucho, Candi. A este paso me quedaré sin brazos.

—Te aguantas. Debería dejarte con ese niño grande con complejo de Rambo.

—Claro e irte con Ken Carson y ser su Barbie. —Álvaro se ríe y me entran ganas de retorcerle el pescuezo.

—Exacto, hermanito. Hace mucho que no salgo con nadie y…

—Porque no has querido. ¿Y Tomás?

—¿El frutero? —Casi me atraganto al decirlo.

—Vino a buscarte la semana pasada y simulaste estar enferma con varicela.

—Tenía que probar la veracidad de tu maquillaje y aprobaste con un diez —digo con una inocencia mal disimulada.

Álvaro estudia para maquillador cinematográfico y a veces le hago de modelo… o conejillo de indias, según se mire. Ese día sabía que Tomás vendría a visitarme. Lo he rechazado muchas veces y es muy cansino. Y reconozco que me porté muy mal al pedirle a Álvaro que me maquillara con una varicela terminal. Pobre muchacho, casi se cae para atrás del susto cuando le abrí la puerta.

—Claro, claro. Por cierto, se me ha acabado el maquillaje, precisamente del color varicela…

—Te compraré más, pesado.

—¿Maquillaje?

El salto que pego al ver la cabeza de Iván entre ambos es tan grande que casi tiro a mi hermano. Este se ríe ante mi reacción e incluso Iván me mira con una peligrosa sonrisa ladeada que por un segundo me deja sin aliento. Maldito.

—Juro que hoy te mato.

—Espero que no sea un juramento de sangre, quiero abrir mi regalo de Navidad.

Mis ojos lo escanean con furia: desde sus Converse negras, asciendo por sus vaqueros desgastados hasta llegar a su… paquete. Me quedo hipnotizada, fija, hechizada. Ese bulto es muy grande, parece que se ha metido una botella de agua de medio litro en sus pantalones. Se convierte en un reclamo para mi vista. ¡El muy miserable está empalmado!

Transpiro a pesar de frío que hace en plena calle. ¿Fantaseo con su paquetón? ¡Estoy enferma! ¡Seguro! ¡No! ¡Estúpida perdida!

Cierro los ojos con fuerza en un intento de apartar la imagen que he recreado en mi mente. Cuando los abro, estoy sola. ¿Acaso estoy soñando? Busco a mi alrededor y el sonido de unas campanillas llama mi atención detrás de mí. Giro sobre mis talones y los veo entrando por la puerta de un local. Esta se cierra y me quedo allí, todavía un poco idiotizada, asimilando qué está ocurriendo.

En el rótulo de la fachada se lee: Pide un deseo. Es una tienda de esas antiguas, no llama la atención con luminosos ni carteles fluorescentes. Me parece muy extraño encontrar un lugar así en pleno centro de Salamanca. Y lo más raro es que nunca haya reparado en ella. Me encojo de hombros, pues tal vez sea por su aparente deterioro que pase desapercibida entre tantos locales muchos más vistosos y modernos.

Me adelanto, toco el pomo para girarlo y cuál es mi sorpresa que oigo de nuevo ese peculiar sonido de campanillas antes de abrir la puerta.

«Estará activado desde dentro el sensor que lo reproduce», me convenzo.

Al cruzar el umbral, el aire cambia y me recibe un olor intenso, dulce y ligeramente terroso. Tiene un toque anisado que me recuerda a raíces secas, madera húmeda y especias. Al inhalarlo, percibo una dulzura penetrante que me transporta con nostalgia a otros tiempos, donde los caramelos eran más simples y sabrosos. Esos que venían envueltos en papel crujiente, los de mi infancia.

Por un momento lo recuerdo todo como si fuera ayer, escondidos en mis bolsillos durante los paseos en ferias navideñas, o saboreándolos en esas tardes junto a la chimenea mientras hojeaba catálogos de juguetes con mi hermano pequeño.

He vuelto a cerrar los párpados. Me resisto a abrirlos cuando me cogen de la mano. No quiero desprenderme de ese bonito recuerdo, quiero seguir ahí siempre, donde era feliz junto a papá.

—¿Te encuentras bien? —Sé quién es y curiosamente no me provoca rechazo. Abro los ojos y me encuentro con sus pupilas marrón-verdosas. Me miran envueltas en una dulzura cálida y me estremezco—. Tu sonrisa es… preciosa.

Parpadeo, esto no es un sueño, es la vida real donde los hombres no dicen esas cosas si no es porque buscan algo a cambio. Y creo saber qué se le está pasando por su cabeza cuando lo veo casi babeando.

Rompo el contacto visual, es un encantador de serpientes. De un tirón me suelto, nerviosa, y lo dejo atrás sin contestarle. Esa frase todavía reverbera en mi mente como una estúpida promesa, pero al ver los estantes repletos de tesoros, lo olvido todo. Sí, son auténticos tesoros. Trenes de hojalata, muñecas con vestidos bordados, osos de peluche con costuras remendadas. Al pasar por su lado, parecen compartirme entre murmullos una historia. Esta no es la tienda de juguetes a la que estoy acostumbrada, es un portal al pasado, a un añoro de la infancia… perdida.

—Deseo volver a creer —susurro, cargada de nostalgia y avanzando por un pasillo que parece interminable.

Al final, el corredor se bifurca. A un lado veo al dependiente tras un mostrador pequeño repleto de juguetitos y extraños objetos. Al mirar al otro lado encuentro a Álvaro con una máscara de Spiderman en sus manos. Allí nada es nuevo y sé qué está pensando mientras la observa en silencio. ¿Cuántas veces lo había visto jugar con papá disfrazado de Spiderman? Lo echa mucho de menos… como yo.

Me acerco a él en silencio y repara en mi presencia después de unos segundos interminables donde mi corazón ha llorado y casi sufrido un colapso debido a la emoción. Sus ojos brillan y le sonrío con entendimiento. Enseguida, la deja en la estantería.

—No la sueltes, cariño.

—Pero será cara, Candi. Son juguetes exclusivos, no podemos… —responde con voz quebrada.

—Nos la llevamos cueste lo que cueste —digo con firmeza y la cojo para afianzar mi decisión.

No nos sobra el dinero, he tenido que invertir todos mis ahorros en esta nueva casa en ese barrio tan distintivo de Salamanca. Vivimos con mi sueldo de cartera y la pensión de mi madre, lo que nos permite vivir ajustadillos, pero sin que nos falte lo esencial. Todo mi esfuerzo es por ellos, por mantenernos unidos y recuperar ese aire de antaño, aunque carezcamos de una parte importante de nosotros.

Mi mayor deseo es que mi hijo forje una vida llena de recuerdos entrañables, que tenga la oportunidad de ser una persona real y no un personaje de videojuego encerrado en una habitación. Quiero que palpe la nieve con sus manos, en vez de verla desde un cristal frío e insulso. Quiero que sus tardes huelan a chimenea en invierno y a galletas de canela… Quiero que viva, que respire y recuerde.

—Vamos, no debemos tardar mucho. A Miriam y a su hermano seguro que les gustará compartir ese bizcocho de limón contigo —le digo a mi hermanito.

«Se parece tanto a él».

Sonrío ante su impulsivo sonrojo, pues le gusta esa chica. Me percaté de cómo la observaba la última vez que se quedó al cuidado de Sergio. Es nuestra vecina y, nada más mudarnos allí, se presentó con un bizcocho, ofreciéndose de cuidadora. Es bonita, dulce, unos años menor que Álvaro, y su alegría ilumina toda estancia que ocupa. Ese espíritu arcoíris es brillante y desbordante, perfecto para sacar de su mundo paralelo a mi tierno hermano.

Asiente y camina hacia el mostrador. Yo lo sigo y me siento sabia, aunque solo tenga veintiocho años. He vivido muchas cosas y algo he aprendido de todo, es bonito usar la experiencia para lograr un futuro mejor.

Escucho la voz grave de Iván y un escalofrío recorre mi espalda. Lo achaco a que su cercanía se me hace insoportable. Con la espalda de Álvaro delante no puedo verlo, pero cuando este se para de nuevo a mirar algo en la estantería lo sobrepaso, dejándome disfrutar de un primer plano de su culo perfecto.

—Uuff. —Trago saliva sin apartar la mirada de ese *espectáculo* tentador.

«Debo estar muy desesperada para que este gilipollas me parezca deseable», me digo dándome unos golpecitos en mi sien con los nudillos.

Está inclinado sobre el mostrador con los codos sobre este, mientras observa algo a través del cristal. ¿Qué habrá llamado su atención ahora? O, más bien, ¿qué no lo habrá hecho? Con este niño grande estoy segura de que es más fácil preguntárselo al revés.

Ha notado mis pasos y se vuelve hacia mí con una expresión soñadora que, sin entenderlo, encoge mi corazón.

—Ven, preciosa. Creo que esto te va a gustar —dice con una sonrisa segura, ofreciéndome su mano.

Yo, por supuesto, ignoro el gesto y avanzo hasta llegar al mostrador, donde me encuentro con un señor entrado en años y carnes, de barba espesa, blanca y con una nariz tan colorada como sus mejillas. Su mirada es traviesa a través de unas lentes redondas con más años que un saco de gnomos, como si supiera algo que yo desconozco. Miro lo que está señalando Iván y veo unas estampitas del álbum de *Candy Candy*.

«Dios, ¿serán las que me faltan para completar…? No, me niego a mirarlas», pienso, aunque oigo las campanitas otra vez de fondo y mi deseo crece.

—Buenas tardes, venía a…

—Pedir un deseo —termina mi frase con voz profunda y risueña.

Yo carraspeo, sin esperar su interrupción y menos esa respuesta tan cómica. Estoy muy cerca de Iván y oigo su risa contenida. Se está riendo de mí y me molesta, pero sigo ignorándolo.

—Bueno, exactamente venía buscando un juguete.

—Pídelo, vamos.

«Uy, qué estrés me está generando este hombre tan raro», me digo, manteniendo la misma expresión indiferente.

—Madelman, busco un Madelman.

—Pero ese no es tu deseo.

Ladeo mi cabeza mientras lo observo con desconcierto. ¿Le ha brillado un ojo?

—Sí, es mi deseo.

—Primero pediste otro.

No lo comprendo, ¿acaso está como un sonajero? El colgado de Iván me ha traído a visitar a uno peor que él. ¿Son una especie mutante que comienzan a reproducirse como los Gremlins?

«Ay, comienzo a pensar en películas de los ochenta. Se me está pegando la estupidez».

Inspiro con fuerza e intento ser más convincente.

—Yo no he pedido nada más, señor.

—No lo ha pronunciado tu boca, pero sí tu corazón.

CAPÍTULO 7

Candi

—Quiero hablar contigo, ¡a solas!

Mi dedo clavado en su pecho es una advertencia para que me tome en serio. Estoy harta de gilipolleces hoy. Además de lastimar a mi hermano y luego satirearme como un perro en celo, me ha espantado una cita con Ken Carson y traído a conocer a un tío con complejo de Papá Noel que desvaría con cada frase que suelta. Voy a matarlo, ¡lentamente!

Iván avanza delante de mí y yo le insisto en seguir hasta llegar al primer pasillo, donde sé que el tendero no nos oirá.

—¿Qué ocurre? —pregunta levantando una ceja.

«Esa ceja, es graciosa… ¡y no le pega nada!».

—¿Qué ocurre me preguntas? ¿No lo has oído? —Bufo al ver su desconcierto y me señalo la sien con el dedo haciendo círculos—. Está como una cabra, como un cencerro, colgado perdido.

—Pero si te ha dicho que te conseguirá el Madelman. ¿Qué problema tienes ahora? En serio, cada vez entiendo menos a las mujeres…

—Silencio —ordeno y chasqueo la lengua varias veces a la vez que niego con la cabeza—. No es eso lo que me ha dicho.

Él me mira como si me hubieran nacido tres cabezas.

—Dijo algo de un deseo de corazón. —Como sigue con la misma actitud recelosa, comienzo a echar humo por las orejas. Decido

conocer su versión, ya que creo que insistirle en lo mismo no va a llegar a nada—. ¿Qué ha dicho?

—Pues que el regalo de Sergio estará bajo el árbol el día de Navidad. Luego agregó que sí son las estampas número 221 y 35 que te faltan en tu álbum de *Candy Candy*. —Me mira con cara risueña y yo estoy en *shock*—. Sabía yo que no te llamaban Candi porque sí.

—Me llaman Candi, de Cándida, estúpido.

—Claro, claro.

—Ay Dios, dame fuerzas porque la paciencia se me agotó ya —digo mirando al cielo con una plegaria muy efusiva—. ¿Cómo es posible todo esto?

«No le nombré las estampitas…».

Iván me observa con esa sonrisa sabihonda y comprensiva. No parece un mal tío, y es paciente, mucho más que yo. Hasta ahora ha intentado enmendar su error con Álvaro, tal vez debía darle…

—Simplemente, es posible, Candi. Como que entre nosotros también existe algo.

—Voy a darte una hostia que verás.

—Cómo me pone eso —dice con voz ronca, humedeciendo sus labios con la lengua y yo no puedo dejar de mirarlos.

Se acerca un paso y su envolvente perfume me nubla la razón. Su cuerpo casi roza el mío, aun así, noto el calor que desprende y que parece agradarme más de la cuenta. Es mucho más alto que yo, pero se ha agachado y sus labios están muy cerca. Si levantara la cabeza podría besarlos. Contengo el aliento y mis bragas parecen haberse calcinado, tostado, desintegrado… y todos los «ados» ardientes del mundo.

«¿Por qué? Es un estúpido musculitos, nada más. Aun así, me pone taquicárdica y esa voz suena tan sensual…».

—¡Candi, mira esto!

El grito de Álvaro me salva de hacer una locura de la que arrepentirme para el resto de mis días y huyo como una cobardica. No quiero mirar atrás, pero estoy segura de que me mira el culo con esa cara de salido que… ¿odio?

—¿Qué has encontrado? —pregunto algo jadeante todavía por el inesperado calentón.

—Mira, es un maletín de maquillaje profesional —anuncia acariciando una maleta de cuero marrón oscuro con filos plateados.

—Si lo venden aquí estará caducado, cariño.

Él me mira circunspecto y me doy cuenta de que no había reparado en eso.

—¿Qué es eso del maquillaje? —pregunta Iván detrás de mí. Percibo su calor de nuevo y me tenso más que la cuerda de un violín —. Es la segunda vez que os oigo hablar de ello.

—Estoy estudiando para ser maquillador profesional cinematográfico.

—Oh, vaya. ¡Eso es muy guapo!

El bufido me sale solo. Cómo no iba a usar una expresión tan… fuera de lugar. Podría haber dicho, es muy interesante o curioso, pero no, prefiere usar la jerga adolescente de mi hermano. Porque es un niño grande, aunque tenga músculos hasta en las pestañas, mida casi dos metros de alto y los huevos negros… Ups, eso mejor no lo pienso.

Por suerte, me ignoran y siguen hablando del tema. No deseo agregar nada más, así que me acerco al tendero que me sonríe abiertamente. ¿Tendré monos en la cara?

—Entonces… ¿me conseguirá el Madelman? —tanteo, insegura.

Dudo de mí misma, puede que esté más cansada de la cuenta y haya imaginado cosas. Las últimas Navidades han sido estresantes, siempre robándome el sueño a base de preocupaciones. Quiero que ellos sean felices y sientan que no falta nada, como si todo siguiera igual y la pérdida de nuestros seres queridos solo fuera efímera.

—Claro, nunca dudes de mi palabra.

Es absurdo, lo acabo de conocer y me habla como si lo hiciera de toda la vida.

—Entonces, ¿cuánto me saldrá la broma?

—No te preocupes por eso, ya haremos negocios cuando Sergio lo tenga en sus manos.

Ladeo la cabeza. Me quiere sacar un ojo de la cara y yo me estoy dejando embaucar como una imbécil.

—Será nuevo, ¿verdad? No quiero que tenga más roña que…

—A estrenar —contesta con esos mofletes brillantes que parecen las bolas de un árbol de Navidad.

—Bien, gracias.

—Para ti tengo esto.

El hombre me ofrece dos estampitas de *Candy Candy*. La emoción me embarga durante unos segundos, pero no puedo aceptarlas. Serán muy caras y ya tengo que gastarme bastante en el muñeco de Sergio. Él insiste al ver que no las cojo.

—No puedo llevármelas.

—Es un regalo, y un deseo que tus ojos gritaban.

—Dirá mi corazón. —Vuelvo a tantear el terreno, intentando recuperar la conversación que me pareció tener con él, realmente.

—Tu corazón ha pedido otra cosa y no tardará en manifestarse.

¿Por qué me parece oír las campanillas de fondo?

—¿Qué pasa aquí? —pregunta Iván a voz en grito justo por encima de mi hombro.

Percibo su olor, su cercanía… ¡Ay, no! En cuanto tenga un rato a solas en casa me enchufo el pingüino, ¡y a viajar al Polo Norte! Y no precisamente a visitar a Papá Noel.

—Estamos ultimando detalles con…

—El Barbudo del Norte. ¡Ho, ho, ho!

Otra vez creo que estoy teniendo alucinaciones, pues Iván ni se inmuta. Tras salir de mi pasmo, le pago la careta de Spiderman. Luego, apunta mi teléfono y el de Iván en una libreta. Quedamos en que me avisará cuando llegue el muñeco y me asegura de que estará a tiempo, dejándome mucho más tranquila. ¡Misión cumplida!

¡Ay, Señor! Necesitaba respirar este aire fresco. Se me pasa por la cabeza hundirla durante unos minutos en una de esas montañas de nieve que se agolpan en las esquinas de la calle. Estoy segura de que las derretiría, porque estoy más caliente que «el palo de un churrero», como diría una buena andaluza sin pelos en la lengua. Y es que Iván se me ha pegado como una lapa, no se aparta de mi lado y me tortura con esa voz ronca… Ni siquiera entiendo qué demonios dice.

—¿Estás bien? Pareces agobiada.

Me aparto un poco, lo justo para que el aire frío me despeje las ideas, pero él me sigue y vuelve a pegarse a mí.

—Tengo calor.

Iván muestra una sonrisa que debería estar prohibida.

—Yo también.

Me río, nerviosa. ¿Está flirteando conmigo? Él aprovecha el momento para pellizcarme y salto como si me hubiera electrocutado.

—¡Auh! ¡Eso me ha dolido! —protesto, frotándome el brazo—. Yo también sé dar pellizcos, y no insignificantes, ¿conoces los de monja? Son mi especialidad.

Él se ríe y me amenaza abriendo y cerrando los dedos, figurando más pellizcos.

—Ni se te ocurra tocarme o te arrepentirás.

Le importa un bledo mi amenaza y se acerca a mi oído. Me pongo más tensa aún.

—Uff, no me tientes. En mi cabeza, tú y yo ya hemos hecho muchas cosas juntos y no estamos nada arrepentidos.

Jadeo. ¿Lo deseo?

«Jodeeerrr».

No puedo hablar, pues me hace dudar. Tengo que poner en orden mis pensamientos, ya que están centrifugándose a muchas revoluciones. Miro su rostro y tiene una expresión chulesca que me hace agüita.

«Mierda, mierda, mierda».

Atrás, mi hermano está ensimismado con su careta de Spiderman y no se entera de nada.

«¿Y si…? Sí, ¿por qué no?».

—Bien, vamos a hacer esto. Tú y yo nos vamos a ver dentro de una hora. Recógeme en la calle paralela, a la misma altura.

Me mira con sorpresa por un instante. ¿Lo he cogido desprevenido? Entonces, con la rapidez del que sabe jugar a esto, vuelve a adoptar la misma actitud canalla de antes.

—¿Recuerdas mi nuevo turno…? Empieza en media hora —dice haciendo un puchero pesaroso.

Lo mato. No, mejor invento un plan de tortura china. O quizás …

Mi lavadora mental ha terminado de centrifugar y empieza a descargar su mala leche en forma de venganza rotunda: «Le deseo que su serie favorita tenga un final decepcionante. O mejor, que no tenga final por cierre». Eso duele mucho.

—Pues tú te lo pierdes.

—Podemos vernos luego, a la salida. Podría llevarte a contemplar las estrellas…

—Mira, que te quede claro que entre tú y yo no habrá nada más que un mero revolcón, algo necesario, fisiológico entre adultos —respondo levantando el dedo con coherencia disfrazada.

Como si echar un polvo fuera lo común en mi vida y la verdad es que no me he atrevido a hacer una locura como esta en muuuchos

años. Pero mi orgullo me ciega y muestra a una Mata Hari muy chula a la que no le importa lo más mínimo su rechazo.

Y la realidad es otra bien diferente. Si él supiera que no mojo desde hace años… No sé qué me impulsa. Nunca pensé proponerle… ¡un revolcón! y menos ser capaz. Pero me gusta… o no. No lo sé. ¿Por qué parezco odiarlo y desearlo al mismo nivel? Puede que el miedo a equivocarme haga de escudo ante un posible enchochamiento, sin embargo, no puedo negar que me hace arder. Por eso me ha cabreado tanto su excusa de no poder vernos en una hora, aunque sea cierta. Luego de desquitarme, estoy segura de que todo lo veré diferente, ese fuego interno se extinguirá y volverá a su estado de letargo. Y me jode mucho eso… Vivir como una momia está consumiendo mi juventud.

De vuelta a casa, me mantengo callada. Álvaro está muy emocionado con su adquisición e Iván le sigue la conversación como buen friki entendedor. A veces, mira a través del retrovisor y nuestros ojos se cruzan. Cuando ocurre, mi corazón late muy rápido y unas cosquillitas acarician mi estómago. Es absurdo, y me acojona.

Iván aparca, nos despedimos de forma escueta y salimos del coche. Sé que tiene prisa pues ya debería estar camino de su trabajo. Álvaro va delante, avanzando hasta la casa y me giro un poco, intrigada por no escuchar el motor en marcha. De pronto, el tono de unas campanillas navideñas hace vibrar mi móvil en el bolsillo de mi chaqueta. Leo la pantalla, pasmada.

Desconocido:

Te recojo a las doce.
Soy tu deseo favorito.

¿Cómo ha conseguido mi número? Y lo peor, ¿por qué no me desagrada? Una sonrisa se dibuja en mis labios, pero prefiero ocultársela. En cambio, contoneo mis caderas a conciencia, sintiéndome más Betty Boo que nunca. Un nuevo mensaje me llega:

Desconocido:

Grrrhhhh.

Ahora no puedo contener la risa, sé que me ha oído. Arranca el coche y yo entro en casa… contrariada, y muy sonrojada.

—¡Ya estamos aquí! ¡Qué calor hace hoy en la calle! —grito, colgando la chaqueta en el perchero de la entrada.

—Anda, ayúdame a quitarme el abrigo, Candi. —Tiro de la manga de Álvaro y agrega—. Me alegra verte así.

—¿Así cómo? —pregunto extrañada.

—Con un brillo travieso en tu mirada.

CAPÍTULO 8

Iván

—Joder. Cómo me pone esta mujer —canturreo mientras pierdo de vista su culo de infarto y arranco el coche—. Ay, Iván, ay, ay. ¡Esta noche promete!

Es imposible dejar de sonreír durante el camino a mi casa. Tengo que recoger el uniforme del trabajo y eso que ya voy más que tarde, sin embargo, me da igual. Hoy me la pela todo, porque he conseguido que la mujer más sexy del planeta tenga las mismas ganas que yo de… contemplar las estrellas.

Todavía no me lo creo. Me pellizco. No es un sueño y todo fluye. No soportaré si falta a la cita… Tendré que mandarle algún mensaje más para asegurarme.

Debería haber comenzado mi turno de guardia hace diez minutos. Pero que me reproche algo mi jefe si tiene cojones, porque todavía termina él mis días en el *parking*.

Tras dos horas, la sonrisa es permanente, tanto que, hasta Julia, una de las empleadas de la cafetería, se encarga de bajarme una ensalada para cenar y me observa con rareza.

—Hoy estás raro. ¿Qué te pasa?

—¿Yo? ¿Raro? —Le sonrío más ampliamente. Seguro que tengo cara de estúpido, ya que frunce el ceño como si algo no le cuadrara.

—Has ligado. Se te nota. ¡¿Has mojado el churro?!

Niego con la cabeza, pero dejo escapar unas carcajadas que le indican que no va mal encaminada. En ese momento la reclaman en

su puesto a través de su *walkie*.

—Joder, tengo que largarme. ¡No es justo! ¡Quiero saber! ¡Corre! ¡Cuenta, cuenta!

—Mira que eres cotilla. —Ella se cruza de brazos, enfadada—. Está bien, no he mojado nada… Todavía.

—Ostras, pues tienes una cara postorgásmica… Me gustaría vértela tras…

—Eso tiene fácil solución, aquí no nos ve nadie y…

—Calla, cerdo. Sabes que los churros no son lo mío, lo siento.

Río a carcajada limpia con su cara de asco. No tiene pareja y está en busca y captura del polvo del siglo. Los dos nos hemos consolado, pero no seáis mal pensados, solo hemos relatado nuestras penas. Nos entendemos, reímos y lloramos juntos; es un buen deporte.

Me invitó a cenar por Navidad, junto a David y Guille, una pareja con la que comparte piso, en caso de que no pueda volver al pueblo para estar con mi familia. Y claro, un día me tomé la libertad de proponérselo también a Diana, su *crush* favorito del supermercado. Bebe los vientos por ella, y a mí que me da que es recíproco. He pillado a Diana alguna vez mirándola con ansia mientras trabajaba, de esa que desnuda hasta el alma. Lo único que necesita es un poco de ayuda para romper el hielo, por eso si falto a su velada, no creo que le importe demasiado.

Sí, me gusta ayudar, lo llevo impreso. Soy el típico que ayuda con las bolsas de la compra a la vecina de enfrente si me la encuentro por la calle o el que se levanta para ceder el asiento a una embarazada en el bus… Qué ideal, ¿verdad? Y eso que todavía tengo abuela. No obstante, no soy perfecto. De pequeño era un niño ejemplar, el que no rompe un plato en casa. Luego, llegó la adolescencia y mis hormonas me transformaron en un perro en celo. Perdí un poco el norte y llegué a echarme muchas novias. Sí, como escucháis, muchas… a la vez. Fui un verdadero golfo de jovencito. Por eso, me quedé más solo que la una. Mis cinco, en ese momento,

novias, se aliaron para hacerme una vergonzosa encerrona. Luego, se encargaron de que el resto de muchachas del pueblo supieran lo pichabrava que era y crearon un club en mi nombre: El Mierdanovio. Y ya sabéis, en los pueblos las noticias corren como la pólvora...

Más adelante, en mi época de gimnasio, me puse supercachas, dispuesto a que ninguna se me resistiera a mi mala fama. Y sirvió, ya ves que sirvió. Mojé más que en toda mi adolescencia, pero ninguna me quiso como novio, todas me veían como un trozo de carne ya masticada. Me hicieron sentir un insensible, un polvo andante, un pañuelo de usar y tirar. Pagué mis errores del pasado con la misma moneda y sigo siendo el Mierdanovio.

Ya en la ciudad, me propuse centrarme en un sueño: estudiar y sacar el máster. Presentar mi proyecto y triunfar profesionalmente. Por eso, llevo muuucho tiempo sin catar hembra, y tampoco ninguna ha hecho por conocerme. No sé si es esta pinta de musculito de gimnasio que mantengo que me incluye en el saco del típico cliché del que todas desconfían. Un ejemplo de esto es Laura, mi vecina del piso de arriba. Me acosa desde el primer día que pisé este bloque. Quiere acostarse conmigo, cueste lo que cueste, y yo estoy tan cansado de vivir la misma historia de siempre…

Con los años, me siento solo, y ya no me resulta bastante con echar un casquete. Deseo algo más, aunque todavía no sé exactamente el qué. He llegado a imaginarme conociendo a alguien con quien compartir mis aficiones, ver alguna serie en Netflix o respondiendo a mi amiga imaginaria cómo me ha ido el día en el trabajo.

¿Me estoy haciendo viejo? Tal vez, y por eso me aferro a la infancia: mi época más feliz.

Puede que a Candi le resulte algo infantil, y solo quiera usarme para pasar una noche loca, pero quiero probar mis dotes de conquistador. Es un pibón y al parecer no tiene pareja, pues sino no hubiese accedido a quedar conmigo…

Esa duda se ha mudado a mi cerebro y me inquieta. Está muy buena, y veo difícil que falte quien le caliente la cama. Bien me sirve

de ejemplo ese Ken de Barbie, quien no perdió el tiempo en invitarla a compartir un café y algo más que no hacía falta expresar con palabras.

Es directa y muy agresiva… Umm me encanta, esa actitud castigadora me pone a cien en solo un segundo. Incluso en la tienda he tenido fantasías con ella en ese pasillo lleno de juguetes. Joder, y vaya fantasía. ¿Y si tuviera algún ligue más? ¿O marido? No lo descarto. Será lo primero que le pregunte, porque por ahí no paso. No quiero que me tachen de cabrón destruye matrimonios, aunque haya tenido las mejores fantasías de mi vida, empotrándola como una bestia desde que me acerqué a ella en esa juguetería del centro.

JODER. Me he puesto otra vez palote al pensar en eso. Menos mal que Julia se fue, dejándome con mi ensalada como única compañía.

¿Y si le mando un mensaje? No puedo ocultar la enorme sonrisa mientras saco el móvil de mi bandolera. De pronto, me encuentro nervioso y eso es algo que tampoco entiendo. Nunca me ha pasado. Siempre me las doy de seguro, pero ella… Ella me vuela la cabeza y despierta en mí un lado tierno e inseguro, ese que nadie conoce o se niega a conocer.

Al fin, me decido por mandarle una foto de mi comida para romper un poco el hielo, aunque el mío ya esté derretido.

Iván:

Buenas noches, preciosa.
Mi triste ensalada te saluda.
Le falta salsa, ¿quieres aderezarla
con una de tus sonrisas?

Nada más enviar el mensaje, mi corazón se desboca. Tampoco sé por qué le he puesto una frase tan bonita. Quizá debería ser menos empalagoso…

Suena un mensaje y contengo el aliento. Me río al ver que me manda una foto suya sonriendo y con el dedo corazón en primer plano.

Candy Candy:

Especialmente para ti, mi vida.

¡Ay, tierna y agresiva! Su sonrisa derrite y su dedo me declara la Tercera Guerra Mundial. ¿Qué hago con esto?

Decido mantener mi dignidad, la poca que me queda, y escribo:

Iván:

Gracias. Tu dedo me ha tocado el alma…
aunque no sé si fue con cariño o con
ganas de arrancármela.

Mientras espero que me responda, como un poco más de ensalada. Esta mujer me ha devuelto el apetito.

Candy Candy:

Ay, Iván, Iván… Tú y tu alma sensible.
Mi dedo solo quiere acariciarte…
¿La ensalada sigue triste?
Porque tengo más dedos… y más sonrisas.
Tú decides cuál quieres primero.

Pero qué pícara es esta Candi, me ha lanzado una indirecta que me ha izado la bandera en menos de un segundo. Imaginar sus dedos en mi… ¡Oh, Dios, me está poniendo enfermo!

Iván:

¿Más dedos y sonrisas?
Esto parece un menú de degustación,
y yo tengo tanta hambre…

Necesito mucha salsa, me gustan jugosas.

Candy Candy:

Espero que vengas con hambre,
tengo salsa suficiente para incendiar tu lengua.

Jadeo, inspiro, espiro y gruño de impotencia. Quiero salir de aquí y no esperar al cierre. Maldita sea, me tiene más cachondo que nadie en mi puta vida.

Iván:

Te puedo asegurar que rebañaré el plato, nena.
Y luego exigiré postre.

Candy Candy:

Bueno, yo pondré la sonrisa, el dedo
y el postre sobre tu… mesa.
Quiero un banquete de madrugada.
A las doce, ni un minuto más ni menos.

No le respondo, no puedo. Estoy en *shock*. Jamás hablar de comida fue tan excitante. Ay, madre. ¿Quiere un banquete? Yo pienso comérmela entera, saborearla y darme el festín de mi vida. No sé si puedo tragar una hoja más de lechuga. Me ha puesto burro y me duelen los huevos. Estoy por esconderme en el cuartillo y…

No, me niego a hacer eso ahí dentro. Voy a reservarme para Candi.

«¿Tengo condones? Joder, joder, joder». Pienso con pánico, viendo en mi reloj la hora casi de cierre del súper.

Busco en mis contactos el número de Julia, voy a pedirle que me los traiga. El sonido de una bocina justo a mi lado me hace dar un salto y se me cae el móvil. ¿Qué cojones pasa ahora? Acaba de

chocar un coche con otro que salía del aparcamiento. Mierda. Escribo rápido.

Iván:

Julia, trae condones.
La caja más grande. Talla extra.

CAPÍTULO 9

Candi

Oh, por favor, por un momento deseo morder el nudo de Bicho, y luego sacudirlo a lo bestia como hace él cuando está estresado.

—Sí, es tuyo, ya lo sé —le digo al bóxer de Álvaro, que tira del juguete que le he arrebatado.

No, no lo he mordido. No soy tan estúpida, chica. Pero sí estoy nerviosa. Mucho. Esos mensajes…

«¿Qué demonios me ocurre con Iván?», me pregunto mientras me siento en la cama y miro por décima vez la pantalla del móvil.

Guardé su número en mis contactos como Iván, El Terrible, y creo que le va como anillo al dedo. Está buenísimo, eso ya lo procesó mi cerebro nada más verlo, aunque se resistiera. Además, me resulta tan familiar… Pero no caigo. Sin embargo, no solo por estar bueno es terrible, también es tierno, travieso y protector, y eso es muy peligroso para mi férrea estabilidad emocional. Me gusta lo atento que es, siempre pendiente del bienestar de Álvaro y claro, esa vena guardiana me pierde. Sí, tal vez es eso lo que me ha hecho diferenciarlo de la multitud de hombres que conozco a diario. Se equivocó con mi hermano y su forma de enmendarlo me ha acariciado la patata, esa que creía ya mustia por no generar un pálpito en muchos años. Y con él ha decidido danzar una batucada digna del mismísimo Carlinhos Brown.

A ritmo brasileño leo en la pantalla su siguiente mensaje:

Iván, El Terrible:

Julia, trae condones.
La caja más grande. Talla extra.

Mis ojos orbitan fuera de mis cuencas y mi mandíbula se descuelga tanto que casi toca mis rodillas.

«Julia. Condones. Talla extra. ¿Quién cojones es…? Mierda, lo sabía. La madre que lo parió. Voy a matarlo lentamente… Ese no sabe quién soy yo», me digo arrojando el móvil sobre la cama. Los tambores se han parado durante los segundos en los que leí ese mensaje y me falta el aire.

Debe ser muy estúpido para equivocarse de esa forma, una cosa más que sumar al repertorio exclusivo que le tengo dedicado para cuando lo vea.

Me levanto decidida y me miro en el espejo de mi tocador. Mi rostro refleja esa pizca de orgullo herido que me enfurece. Es absurdo sorprenderse o esperar respeto de alguien al que acabo de conocer, y sé que él no significa nada para mí, pero el engaño… El engaño es algo que no superaré nunca, ni de él ni de nadie.

—Esta cita será para el recuerdo, ya me encargaré de eso —digo a Bicho que recula intimidado ante mi expresión tensa. Alargo mi mano para acariciarlo y hacerle saber que mi enfado no va dirigido a él, este se restriega, contento.

Localizo en el armario ese vestido negro que estoy deseando estrenar. Lo compré hace tiempo y lo guardaba para una ocasión especial. Sí, esa que nunca llega. Aunque mi cuerpo no es el que era antes de tener a Sergio, me mantengo esbelta y lo bueno es que mi pecho ganó varias tallas, por lo que sobresaltará de lo lindo enfundado en esta prenda. No estoy en forma, pero puedo lucir este trapo como si fuera la mismísima Beyoncé.

Lo cuelgo en el baño, pues toca ponerse bella para matar… y nunca mejor dicho.

Mientras me subo las medias sobre mi preciosa lencería de encaje negro, no puedo ignorar lo que siento. Estoy muy molesta.

¿Por qué todos los hombres que se me acercan son unos mentirosos?

—Porque son todos iguales. Son todos como el innombrable —le digo a Bicho con firmeza y gime, nervioso.

Me abanico para evitar derramar la humedad que amenaza con estropearme el rímel y recupero la entereza de siempre. Por último, pinto mis labios de un tono rosa muy resultón y me lanzo un beso en el espejo. Me gusto, me siento más segura, soy irrompible.

Sergio ya se durmió hace rato, cayó rendido tras la intensa tarde con su amigo. Álvaro se encerró en su dormitorio después de cenar y despedirse de Miriam hasta la mañana siguiente. Recordando sus últimas palabras se me escapa una sonrisa:

—Debes tener cuidado ahora, Álvaro. Bicho podría tirar de la correa y hacerte caer. Yo puedo ayudarte esta semana, hasta que sane tu brazo —propuso Miriam.

Mi hermano disimulaba su desmesurado sonrojo, buscando no sé qué en el suelo de la cocina. Y yo, mientras, disfrutaba como si estuviera viendo una película romántica en el cine…

Mi madre es diferente. No tiene horario fijo. Lo mismo te levantas de madrugada para ir al baño y te la encuentras pasando la mopa al suelo del salón, que la ves encaramada a la lámpara de cristal sacándole brillo. Me duele verla así. Es su forma de mantenerse ocupada para no pensar demasiado. Que mi padre muriera en aquel accidente de forma tan precipitada fue un duro golpe para todos. Ninguno hemos llegado a aceptarlo y arrastramos el trauma de que un día existe y al siguiente no. Sin una despedida ni una mirada de consuelo. Nada. En consecuencia, mamá habla todavía con él. Mi corazón se encoge cuando lo hace y yo… retengo mis lágrimas, aunque por dentro me esté muriendo.

Con suerte, no me la encontraré, así no tendré que darle explicaciones de a dónde me dirijo. Mañana es domingo y no trabajo. Si no tengo más remedio, podría decirle que he quedado con una amiga, pero nunca me arreglo tanto… No colaría.

Son las doce menos cinco y no quiero ser puntual, menos después de saber que viene bien despachado por esa tal Julia. Aprieto los dientes al recordar el mensaje y me entran ganas de salir y mandarlo a la mierda. Quiero hacerle pagar que intente engañarme. Me asomo un poco de rodillas para mirar a través del cristal de la ventana de la salita que da al porche. No está ahí. Tampoco veo su coche aparcado y mi desilusión crece a pasos agigantados. Me siento en el suelo con la vista clavada al frente, tomando aire con la boca y repitiéndome que es otro imbécil que no me merece.

El sonido de un mensaje en mi móvil me sobresalta. Necesito relajarme y convertirme en un cubito de hielo, aunque me cueste. Abro el bolso inspirando con profundidad y saco el teléfono sin poder evitar que tiemble entre mis dedos.

«Mierda. Tú y tus malditos nervios», me protesto a mí misma, muy confusa.

La pantalla se ilumina y despliego la pestaña que abre los mensajes. No quiero que me vea en línea hasta estar preparada. Puedo leer parte del mensaje:

Iván, El Terrible:

Preciosa, estoy impaciente
por saborear mi postre…

—Joder, es un capullo insaciable. Debe venir harto de esa Julia y todavía le quedan ganas para más.

Comienzo a enfurecerme por segundos mientras observo la pantalla. Entonces, movida por una rabia que creía dormida, me pongo en pie de un salto. Bueno, más bien me aúpo, ayudándome del reposabrazos del sillón. (No soy Lara Croft, ¿vale?) Y me dirijo al pasillo. Me enfundo en mi abrigo negro de paño con interior de borrego del mismo color. Porque si voy a hacer una escena, al menos que sea con estilo. Lo mejor es que lo espere afuera, lejos de la casa y cuando lo vea llegar… Cojo el bolso y guardo en él mi

sorpresita, la cual noto que pesa tanto como todas las decepciones amorosas que llevo a mis espaldas.

—Esto no va a quedar así, Iván. Vas a enterarte de lo que es verdaderamente una mujer cabreada.

Abro la puerta con solemnidad, declarando la guerra al aire que me azota la cara de repente. Localizo su coche, está un poco más abajo de la calle, por eso no me era visible. Comienzo a bajar las escaleras con la dignidad de una vengadora de thriller barato, cuando al pisar el segundo peldaño noto que una sombra me sale justo al lado.

No sé quién es, pero me da tal susto que pierdo el paso y mi pie se dobla sin remedio, provocando que me despatarre mientras caigo.

—¡Ah! —grito con los ojos cerrados, muy apretados, esperando el desastre.

Sin embargo, unos brazos fuertes me envuelven por dentro del abrigo y me sujetan por la cintura, evitando desmontarme como un Playmobil.

Sigo con los ojos cerrados, aunque sé que es él. Siento su aliento caliente sobre mi rostro y, por un maldito segundo, me alegro.

—Tranquila… soy yo —susurra, como si eso fuera bastante para tranquilizarme, pues, al contrario, ha logrado que mi sangre burbujee en mis venas.

Abro los ojos lentamente. Lo veo. Tan cerca que puedo contarle los poros. Y al instante, me invade esa estúpida nostalgia de estar en los brazos de alguien, esos que suponen un refugio y no una trampa.

—¿Qué haces aquí? —pregunto a esos ojos cálidos e intento recuperar mi dignidad ante su cercanía.

—Pensé que podría pasar esto mismo… No podía esperar más para verte —dice con esa mirada que me derrite y que se posa en mis labios y baja hasta mi escote.

«Imagina que esos ojos te provocan urticaria», me digo a mí misma luchando contra el impulso de comerle la boca entera.

—Me has asustado y por eso…

—¿Te he asustado? No quería asustarte, sino sorprenderte, preciosa —dice echándome otro vistazo allá abajo, donde los traidores de mis pezones responden endureciéndose como piedras.

JODER. Esa voz ronca sale del mismo infierno, es un villano de película, El Chamuscabragas por excelencia, y las mías han sido desintegradas.

—Y lo has hecho —digo, zafándome en contra de mi vencida voluntad. Cojo fuerzas y lo miro con acritud—. Ni se te ocurra tocarme o…

—Tengo hambre de ti.

Me cago en el Dios Loki de mis fantasías. Parpadeo, pues acaba con mis defensas como quiere. Pero, como un rayo, recuerdo que viene de darse un banquete, precisamente. Aprieto los puños a ambos lados de mis caderas.

—No sé cómo. ¿Acaso no tuviste suficiente con Julia?

Él me mira confundido, arruga el ceño y se rasca la cabeza. Ahí está esa pose de niño que tanto ha mostrado esta tarde cuando fuimos de compras. Se acabó hacerse pasar por Loki. Tocado y hundido.

—¿Julia? ¿Qué tiene que ver Julia en esto?

—Serás capullo. ¿No te bastó con la caja de veinticuatro, talla xxxxxl?

De pronto, abre mucho los ojos. Me ha entendido, el muy cabrón, y en vez de excusarse, levanta un dedo pidiendo un minuto. Saca el móvil, lo bichea y empieza a carcajearse.

—¡Suficiente, pedazo de capullo! —grito retrocediendo y girándome para entrar en casa.

Sí, soy una cobarde, pero ya dije que no era Lara Croft para darle una merecida paliza.

—¡Espera! ¡No! —dice alargando su mano para agarrarme.

Arrastrada por el pánico de verme vulnerable de nuevo en sus brazos, saco del bolso mi regalo sorpresa, el *spray* de pimienta. No es una espada samuray, aunque es eficaz y duele mucho.

—¿No querías picante? ¡Pues toma pimienta, so asqueroso!

—¡No! —grita retrocediendo, pero es tarde para él.

Pssssssssshhhhhhh.

Lo rocío como si hubiera hecho un máster en puntería francotiradora. Él se tambalea hacia atrás, tosiendo y parpadeando como si tuviera el infierno en los ojos.

—Eso te pasa por confundirte de mesa —le digo mientras me acomodo el bolso y subo los escalones con gracia, aunque sé que no puede verme—. Y una cosa más, no me he vestido así para ti, sino para mí, porque no soy postre de nadie, soy el plato principal y me como yo solita.

Ufff, eso ha sonado un poco raro, no obstante, me siento bien al decirlo. Puede que no sea Lara Croft, pero tengo *spray*, estilo y cero tolerancias a los idiotas.

Orgullosa, no miro más atrás mientras oigo cómo se queja. Entro en casa y cierro tras de mí. Ya no lo escucho, se ha ido para siempre. Desde ahora, no volveré a verlo más mientras me acuerde.

—Un capullo menos.

Adelanto unos pasos algo insegura, cuando oigo unas campanillas navideñas de fondo... Enseguida, me detengo al oír cómo grita a pleno pulmón el muy chalado y comienzo a sentirme mal. Me arrodillo donde antes, Bicho gimotea a mi lado. Luego ladra, intranquilo.

—Ssshhh. —Lo mando callar, no quiero que despierte a mi madre, ya solo me faltaba eso.

Me asomo para comprobar su estado. La culpa me corroe como la marabunta, salvaje y despiadada. ¿Me habré pasado con el *spray* de pimienta? Se lo he echado con maldad y tiene los ojos rojos

como un vampiro, y no como los de la familia Cullen, precisamente, tan maravillosos y perfectos. Noooo, parece sacado de una peli de terror de bajo presupuesto.

Contengo un grito cuando se coloca en el alfeizar y me mira, o al menos lo intenta. Tiene miedo, y eso me desarma.

Bicho vuelve a ladrarle, también sorprendido.

—¡Mierdaaaaa!

CAPÍTULO 10

Iván

—Ay, Dios, me ha dejado ciego para siempre. ¡Me ha desgraciado, la muy pécora! —grito aterrado, refregándome los párpados con los dedos.

Es horrible la quemazón que sufro y cuando intento ver algo, todo está borroso. He reptado por las escaleras, necesito ayuda y la muy arpía me ha dejado tirado como un perro herido.

Sin esperarlo, noto unas manos en mis hombros y me sobresalto. Giro el cuello sobre estos, pero no distingo a nadie. Entonces, la oigo.

—¿Estás bien? —me pregunta, aunque sea obvia la respuesta.

Estoy muy nervioso, cabreado y aterrado, sin embargo, su voz me acaricia y alivia por un segundo. ¿Qué tendrá esta loca que me idiotiza?

No respondo, respiro agitado, con dificultad. Entonces noto algo frío en mi boca y me sobresalto.

—Come un poco de nieve hasta que pueda traerte agua.

—¿Ha…blas en se…rio? —mastico las palabras pues la garganta me quema y no discuto más.

Trago la bola de nieve que me ha puesto en la mano. Ese frío apaga un poco el fuego, que pronto regresa. Me siento en el suelo, esperando su vuelta. Es tan rápida que me estremezco al oír de nuevo su suavidad en mi oído.

—Lo siento. Puede que me haya pasado un poco…

—¿Un… poco… dices?

—Bebe y calla —ordena poniéndome en mis labios un vaso de agua que trago mientras ella sigue hablando—. Te lo mereces por sin vergüenza. —Intento retirar el vaso para contestarle, pero ella insiste en que beba más—. ¿Gastaste el paquete de condones antes de venir a verme? Qué asco, de verdad…

—Ella, no —logro decir cuando me aparto el vaso, tosiendo con fuerza.

—¡Ella, sí! ¿Crees que me chupo el dedo?

—Eres… tonta —digo con suavidad.

Mi garganta parece darme una tregua, y parpadeo intentando verla, sin embargo, solo veo un bulto borroso delante. Puedo oler su perfume maravilloso y, aunque no es buen momento para regodearme en su olor, pues sigo medio asfixiado, me embriaga percibir que está muy cerca.

—Y tú eres un capullo.

—Julia es… —Toso fuerte otra vez.

—Sí, un ligue más, tu novia o a saber cómo la nombras.

—Es lesbiana. ¡Joder!

Me ahogo por el esfuerzo y me tumbo en el suelo desesperado. Oigo su grito aterrado en mi oído y noto sus dedos enredados en mi cabello. Está asustada, puede que más que yo. Eso me obliga a tranquilizarme y recobrar algo de cordura.

—Tranquila, estoy… bien. Necesito… tiempo.

—Ay, Iván, lo siento mucho. Yo pensé que tú, que ella… ¡Le pediste condones y me mandaste el mensaje a mí! ¿Qué quieres que piense?

—Nada.

—Eso es absurdo. ¿Sabes? No suelo quedar con ningún hombre. Yo…

—Calla, bruja del Oeste. ¿Debo pensar que también eres lesbiana? —susurro para poder pronunciar la frase entera sin que me raje la garganta.

—Eres un idiota —contesta intentando apartarse, pero yo la sujeto con fuerza para que no se me escape, no soporto perderla.

—Me vuelves idiota.

Muero por distinguir la expresión de su rostro. Está muy callada y quieta frente a mí. Mi corazón late muy rápido y su aliento cálido me hechiza. La noto más cerca, está tan… Me besa.

Sus labios atrapan los míos y es un bálsamo anestésico para mi dolor. La emoción dentro de mí es tan entera que apenas puedo contenerme. Me da miedo moverme, no vaya a ser que este momento se rompa o simplemente sea una alucinación. Es tan cálida, tan dulce y distinta a todo lo que he conocido nunca… Estoy viviendo un instante especial y lo único que deseo es dejarme arrastrar por su embrujo.

Sus labios son tímidos, pero para mí es la cámara secreta más segura en este mundo, donde permanecería oculto para siempre. ¡Dios! ¿Es posible sentir tan fuerte en un segundo?

El instante se rompe cuando noto que se aleja. No he respondido a su beso por el *shock* de sentimientos y al percibir su distancia se me corta el aliento. Quiero más de ella.

—Lo siento. Yo… —susurra con voz trémula. Noto que se levanta y se aleja.

—Quiero… más.

—No, esto no va a volver a pasar. Voy a llevarte a tu casa. ¿Dónde vives?

—Cerca, a pocas calles… de aquí —contesto sin muchas ganas de irme. La idea de «perderla de vista» no me hace ninguna gracia—. ¿Sabes… conducir?

—Solo motos, pero iremos andando si estamos tan cerca. Yo te llevaré bien agarrado.

La idea me encanta, notar sus manos en mi cuerpo es lo que sueño desde que la vi por primera vez, sin embargo…

—Y luego, ¿cómo… vas a volver sola? No, no quiero.

—Si es verdad que no está lejos…

—No te dejaré… marchar.

—¿Me vas a secuestrar? —Su tono es simpático, muestra esa pizca de picardía que me encanta y a mí se me ha olvidado que me duele la garganta.

—Si me dejas, no hago ascos a la idea.

—Entonces, no sería un secuestro. Y si te lo consiento, tendrás que demostrar que me mereces con algo más que palabras.

Sonrío, pues mi *Miniyo* interior trajeado de Star Trek está haciendo el pino muy emocionado.

—Mientras no me rocíes otro *spray* de esos…

Oigo su risa provocadora que me excita como a un adolescente. Mi polla está tan dura que me aprietan los pantalones. Ella lo sabe, lo ve, está disfrutando. Maldita arpía que juega conmigo como quiere y me hace sentir tan vulnerable.

Alargo la mano, pidiéndole ayuda para levantarme, y rápidamente tira de ella. Al ponerme de pie, me mareo un poco y me aferro a su cuerpo con inseguridad. No protesta, solo aguarda en silencio. Su respiración es agitada, como la mía. Al fin, cuando cojo confianza, aprovecho para apretarla con fuerza contra mí. Siento su aliento de nuevo cerca de mis labios, huelo su perfume dulce, percibo la caricia de su cabello en mi rostro… Su pecho contra mi torso, ese al que estoy seguro de que tendrían que hacerle un monumento, sube y baja con agitación. Suspiro, extasiado, presagiando el desenlace… Esta vez pienso devorarla y dejarla seca.

Tilín, tilín, tilín. ¡Guau, guau!

Campanillas… Se oyen unas puñeteras campanillas y… ¿un perro? De seguido, el sonido de una puerta abriéndose.

Mierda. Nos han descubierto y voy a morir por sobrecarga erótica.

—¿Candi? ¿Qué está ocurriendo? —pregunta la voz de una mujer con cierto temor—. Bicho me despertó, estaba ladrando y vi que no estabas en tu dormitorio.

Percibo el nerviosismo en Candi y se aparta de mí, dejándome como una barca a la deriva. Me tambaleo y, al momento, ella me agarra de nuevo con firmeza y me estabiliza. Guardo silencio, intimidado por no saber a qué atenerme.

—¡Mamá! Estoy bien. Iba a dar un paseo... con un amigo.

—Vaya, ¿un paseo? ¿A estas horas? ¿Con…? —Percibo en su tono su sorpresa y luego su desconfianza al pronunciar las últimas palabras—: Tiene los ojos muy rojos, demasiado, diría yo.

—Sí, él… yo…

Esta señora me remata. Por lo que percibo, piensa que me he fumado una plantación de marihuana.

—¡Me operé de cataratas, señora! Soy Iván, encantado de conocerla —digo ofreciendo mi mano al infinito sin saber si obtendré respuesta. Por suerte, ella me devuelve el saludo, pero rápido, con reservas—. Soy amigo de sus hijos. Vine a saludar a Candi y pensaba poder arreglármelas solo esta noche, en cambio, no es así. Lo que significa en simples palabras que no veo un pimiento. Su hija se ofreció a acompañarme, es maravillosa.

—Encantada, mozalbete. Voy a llamar a Álvaro para que os acompañe también.

—¡No, mamá! ¡No es necesario! —protesta con fastidio la mujer que no me suelta a pesar de oír los pasos de su madre alejarse—. Mierda.

—Algo me dice que no me ha creído nada.

—¿Cataratas? ¿En serio?

—¿Preferirías que le dijera que me has vaciado medio *spray* de pimienta pensando que iba a atacarte? No, señorita, no puedo

defenderme de los golpes de tu madre.

Ella comienza a temblar en silencio. Yo me extraño y la pego contra mi cuerpo, sin saber qué esperar. De repente, ríe a carcajadas y yo, contagiado por su chispa, la imito, imaginando la escena. Era lo que me faltaba ya: una señora mayor pegándome una paliza para terminar la noche. Y yo que pensaba secuestrar a esta arpía y comérmela de postre. Al final me dan por saco y me quedo tan ancho. Pero no me importa, mientras ella se ría como una niña.

No puedo verla, aunque por un momento comienzo a vislumbrar ciertas formas. La línea almendrada de sus ojos oscuros, sus labios rosados tan tentadores…

—La verdad es que pareces un vampiro con esos ojos ensangrentados —dice riendo todavía, muy cerca de mí.

—¿Quién dice que no lo soy? —pregunto con voz al estilo James Bond en su oído—. Voy a dejarte seca.

Ella se queda muy quieta y gime en respuesta. Yo estoy a punto de manchar mis pantalones de gusto.

—Esto es un error, Iván. No debemos…

Parpadeo, pero no la distingo bien. Joder, es mi fantasía hecha realidad, no puede ser que se arrepienta ahora.

—Sí debemos, tú y yo, juntitos. Te tengo tantas ganas que creo que no sobreviviré mucho tiempo sin hacerte mía.

—Hablas como un *superhighlander.*

—Seré lo que tú quieras que sea, mujer.

—Vale, me has convencido. Vámonos, corre —suelta tirando de mí con urgencia y haciéndome bajar los escalones como un pato mareado.

—Cuidado o no llegaré, Candi.

Me lleva a rastras y yo la sigo a ciegas. Solo distingo bultos por el camino, pero adivino que llegamos a la acera donde tengo mi coche aparcado.

—Confía en mí, laird McCain.

Río por su prisa. Quiere que nos vayamos antes de que vuelva su familia.

—Confío en ti. Seré el rey de las patatas fritas si tú lo deseas.

CAPÍTULO 11

Candi

Hace muchos años que no paseo con ningún hombre y me siento un poco acobardada, aunque saber que Iván no ve un pimiento me da ventaja y pienso aprovecharla mientras dure. Él me hace sentir tantas cosas a la vez que me confunde. Lo mismo quiero matarlo como tengo ganas de comerle la boca.

¿Quién es? Sí, es un friki, lo sé, se nota a leguas, solo le falta gritarlo, pues está orgulloso de ello. Pero lejos de eso, no lo conozco y me dirijo a su apartamento.

Una risa traviesa se me escapa al pensar en cómo he huido de casa e Iván me obliga a parar.

—¿Qué? Es divertido llevar el mando sobre un pobre desvalido, ¿eh?

—No es eso, es solo que hacía mucho tiempo que no actuaba así.

Sonríe y, aunque no puede verme bien, lo intenta. Es gracioso y muy atractivo. Tiene un rostro amable, de facciones poderosas: mandíbula cuadrada, labios llenos y apetecibles, nariz recta y larga —¿será cierto eso de «a nariz larga *todo* largo»? También es grande, ja, ja, ja— y aunque sus ojos dan miedo de lo rojos que los tiene ahora, sé que son muy bonitos, de un color marrón verdoso profundo. No quiero pensar en su cuerpo. Es el típico tío bueno de gimnasio en el que nunca me fijaría, pero tampoco puedo negar que está de muy buen ver.

«Uuff, ¿cómo tendrá las abdominales?», pienso sin querer queriendo.

—Así, ¿cómo? ¿Como la quinceañera que se escapa de casa con el malote de la película?

Río.

—Algo así —digo y tiro de él para que continue andando.

—Raptada por un vampiro… Uuuh, ¿tengo pinta de Edward Cullen?

—No, pesado, ni siquiera te dejarían entrar en el *casting* —le respondo entre risas y él finge una expresión ofendida y muy exagerada.

—¡Oye! Que también tengo mi encanto misterioso —dice y me resulta tan adorable con los párpados cerrados y alzando las cejas que hace que los latidos de mi corazón se disparen de forma absurda. Para disimular, pues no sé qué decir ante la timidez que acaba de asaltarme como un tortazo en plena cara, sonrío como una tonta.

Él suelta una carcajada grave que parece salírsele del pecho. No me ve, pero sé por su rigidez que nota mi tensión.

Seguimos andando, sumergidos en un silencio extraño. Yo lo miro de reojo, su sonrisa de bobo es muy tierna.

—¿Sabes? —dice de pronto, bajando el tono—. Me gusta tu timidez, y aún más cuando desaparece. No tienes que esconderte conmigo.

Me detengo. Me intrigan sus palabras y cómo me las ha dicho. Tiene los párpados entreabiertos y aunque sus ojos siguen rojos, me da la sensación de que puede verme. Sí que puede, pues mira mi boca fijamente y me está poniendo muuuy nerviosa.

—No estoy escondiendo nada —susurro.

—Entonces déjame conocerte —dice, acercándose con sus labios a los míos.

Yo me aparto, pero sigue tan cerca que puedo percibir su aliento.

—No sé si debo confiar en ti.

Nos quedamos así, frente a frente, el tiempo parece haberse detenido. No soy capaz de oír otra cosa que no sea su respiración acelerada.

—Yo tampoco.

Entonces, sin pensarlo, extiendo la mano y toco su rostro. Está frío, pero alivia el calor que abrasa mi palma. Él cierra los ojos un segundo, afectado incluso más que yo por el contacto.

—¿Crees que es mejor dejarnos ir? —pregunto y mis dedos bajan por su mandíbula, siguiendo su contorno perfecto. Él sonríe, rindiéndose por completo.

Se abalanza sobre mi boca y lo siento explotar. Su piel, su aliento, su fuego… Tiene hambre, tengo hambre. Su lengua, mi lengua, se reconocen como si lo hubieran hecho mucho antes, como dos fuerzas que chocan y se consumen. El mundo no existe, solo nosotros, y ese beso húmedo y desesperado, en el que invadirnos se ha convertido en un caos eléctrico, adictivo. Mi cuerpo está en llamas y gimo de anhelo. Él gruñe y me aprieta contra su cuerpo poderoso. No podemos parar de explorarnos, estamos locos. Sus manos me están matando con sus caricias, me estoy ahogando…

Al fin me alejo un poco y tomo aliento, sus ojos brillan con una calidez que me traspasa el alma.

—Ahora ya no puedes escapar —susurra contra mi boca.

—No quiero hacerlo —respondo y voy a devorarlo cuando un sonido a nuestro lado me frena.

Un carraspeo. Lo miro extrañada, pues él no ha sido. Nuestros cuellos parecen sincronizados al girar buscando el origen, mañana seguro que sufriremos de tortícolis. Y entonces gimo, inconscientemente. Iván me aprieta más contra sí, como si adivinara mi agobio.

—Lo siento, tortolitos, tuve que venir para advertiros…

Mi hermano, más colorado que una amapola, se rasca la nuca y señala con la cabeza por encima de su hombro. Mi mente no es capaz de creer lo que ve, estoy alucinando, asimilando, flipando: Mi madre, envuelta en una bata con escoba en mano y cara de mala leche, viene flechada hacia nosotros como si fuera Terminator.

Iván es más rápido que yo en reaccionar y me suelta. Comienza a retroceder y eleva sus manos temiendo esa escoba. Estoy segura de que él ve una catana y en mi madre la reencarnación de un samurái.

—Corre, Iván —advierte Álvaro.

—¿Puedes ir solo? —pregunto con los puños apretados.

Mi madre ha entrado en una de sus crisis de ansiedad y debemos actuar rápido. Él me mira, preocupado.

—Puedo, pero me quedo.

—No lo entiendes, está enferma. —Me señalo la cabeza con un dedo—. No va a entrar en razón. Es mejor que desaparezcas —le digo con pesar.

Él nota mi ansiedad y parece entenderme. Sin discutir, corre como alma que lleva el diablo y desaparece por la esquina justo cuando ella nos alcanza.

—¿Dónde está? ¿Se ha ido?

—Mamá, tranquilízate. Se ha ido, no va a volver.

Jadea con los nudillos blancos de apretar la escoba. Recorre la calle con sus ojos desorbitados, esperando que Iván salte de detrás de algún vehículo.

—¡No me mientas! —pide, y da un paso hacia mí.

Mi hermano se interpone, por fin reaccionando, parecía haberse convertido en una estatua.

—Mamá, por favor. No ha hecho nada malo —dice con voz temblorosa.

—¡No me importa! ¡No quiero que se acerque a ti! ¡A ninguno de los dos! —grita alzando la escoba.

Dando un paso adelante la rodeo con mis brazos para calmarla.

—Mamá, escúchame. Estás mal y necesitas descansar. Vamos a casa, ¿vale?

Ella me mira, y por un instante, reconoce lo que le digo. La furia se transforma en confusión, luego en tristeza. Baja la escoba y me abraza.

—¿Qué me pasa? —susurra, y se lleva una mano a la frente—. ¿Qué hago aquí? Tengo frío.

—Volvamos a casa —repito con suavidad.

Mi hermano se acerca y le toma el brazo con delicadeza. Ella no se resiste. Y mientras avanzamos, yo pienso en Iván. En lo que ha visto, entendido y en lo que aún no sabe ni sabrá.

Sí, es lo mejor. No podría hacerle partícipe de mi situación. Mi futuro es difícil y no pienso complicarlo más. Iván queda descartado de mis planes… ¿Pero tenía planes? Soy ridícula. ¿Cómo podría haber pensado en una relación? En mi vida no tengo lugar para él, ya tengo bastante con una madre depresiva y con cuidar de mi hijo y mi hermano sin ayuda de nadie.

«¡Qué estúpida he sido! ¡Irresponsable!», me castigo interiormente. No quiero llorar hasta estar a solas, como siempre hago. «No soy una niña, soy una adulta de la que dependen los que amo. Mi vida está completa».

Mi hermano conduce a mi madre a su dormitorio. Yo cierro la puerta y miro el móvil en mi mano. En ese momento se ilumina y vibra. Mensaje de Iván, el Terrible. No lo leo, tengo miedo de sentir. Él es solo un beso, nada más. No pasará de ahí.

Decidida y con una férrea voluntad que ni Wonderwoman posee, bloqueo su contacto. No hay lágrimas, no hay lamentos, solo una pasividad que reconozco bien y me mantiene estable.

CAPÍTULO 12

Iván

¿Por qué no contesta mis mensajes? Ha leído el que le he mandado, la he visto en línea en ese primer envío. Sin embargo, no parece recibir los siguientes.

—Mierda.

Tiro el móvil sobre el colchón con fuerza. Estoy preocupado por ella, como hacía mucho que no lo hacía por nadie, ni siquiera el disgusto por el hombro lastimado de Álvaro me había trastornado tanto.

«Hostia puta».

Me lavo la cara de nuevo en el lavabo del baño. Mis ojos siguen enrojecidos y mis párpados algo hinchados, pero, tras unas horas, han comenzado a tomar su aspecto normal de siempre. En cambio, mi cabeza no ha parado de darle vueltas a todo lo ocurrido. Con ese beso, Candi ha arrasado con mi cordura como un tornado de grado 5. Nunca, jamás, NEVER, he vibrado con un simple beso. ¿Simple, digo? Nooo, mira que soy absurdo, ha sido el más profundo y sorprendente de toda mi existencia.

—¡Joder! —grito y arrojo la toalla al suelo, mucho más cabreado que antes.

Necesito más de ella, escuchar su voz me tranquilizaría.

Su madre parecía ida, tal como Candi indicaba, padecía de algún trastorno. No lo pensé, actué largándome, pues vi la súplica

desesperada en sus ojos y su entereza para afrontar la situación. No creo que sea la primera vez que sufre un episodio traumático.

De pronto, caigo en que no sé nada de ella, ni de su pasado, ni de sus deseos futuros, nada de nada. Lo único que nos ha llevado a besarnos ha sido la pura atracción que sentimos el uno por el otro…

Niego con la cabeza, para mí no ha sido así, por mucho que intente protegerme. Además de estar buenísima y desearla como a nadie en mi vida, ha removido algo en mi interior que no para de burbujear y hacerme cosquillas en el estómago.

Me tumbo boca arriba en la cama y miro el techo como si la viera allí, y en realidad lo hago. La estoy recordando tan nítidamente que me impone. Sus ojos, sus labios, su lengua… su pecho contra el mío… Dios, sentir su roce ha sido un delirio, notar su culo en mis manos casi me provoca un infarto, mi polla contra su… Otra vez estoy palote…

«Y jodido».

Si con un beso me ha hecho sentir tanto, estar dentro de ella tiene que ser pura gloria.

Otra vez entro en la ducha y dejo caer el chorro de agua caliente. No puedo contenerme, explotan mis emociones cuando me toco pensando en ella. En mi mente es pura dinamita y yo una llama que arde con su recuerdo.

Respiro profundo bajo el agua y cierro los párpados. La veo, la penetro tantas veces que apenas tengo resuello cuando termino.

«Estoy más que jodido».

Desearía decir que ahora me encuentro relajado, pero mi cabeza sigue dándole vueltas a todo. Me enerva no entender muchas cosas.

Envuelto en una toalla, vuelvo a mirar mi teléfono. Caigo en picado en el sofá, mientras observo el árbol de Navidad. Debe ser bonito dormir abrazado por alguien especial en estas fechas. Me sorprendo por esa idea y me enfado.

«Solo eres un friki, y sí, muy capaz de satisfacerla, pero ella solo ve a un musculitos. Quizá debería comer chocolate a espuertas durante unos meses y dejar el gimnasio, puede que así esté seguro de que quien quiera salir conmigo no me busca por mi cuerpo o por echar un polvo», niego con la cabeza al pensar esa tontería.

No quiero a otra, la quiero a ella y, por absurdo que parezca, me satisface imaginar que le gusta mi personalidad. No es su cuerpo lo único que me fascina, tiene algo propio, diferente, algo que me intriga por parecerme familiar, como si ya la hubiese conocido antes…

Se me cierran los ojos, pensando en su bonito rostro y esa boca pervertida. Idealizo su imagen tumbada a mi lado y me duermo con una sonrisa.

Despierto sobresaltado por unos golpes fuertes en la calle. Al vivir en un bajo, todo lo que ocurre afuera lo sufro como una realidad virtual dentro de mi piso. Me levanto con cansancio y como una alcayata, dado que sigo en el pequeño sofá. Miro el reloj de pared justo al lado de mi árbol, las ocho y media. No he dormido muchas horas, pero ya solo me queda aprovechar la mañana con algo útil. Bajo mi alfeizar, veo al portero de mi bloque retirando la nieve que ha caído durante la noche. Debió nevar fuerte mientras dormía pues es una capa bastante alta. La sonrisa se me borra cuando recuerdo lo sucedido con la madre de Candi. No pasan ni dos segundos y estoy escaneando la pantalla de mi móvil.

«Mierda».

La llamo al no ver ninguna respuesta a sus mensajes, ni siquiera los ha recibido. ¿Qué cojones habrá sucedido para que no le lleguen mis WhatsApp?

Me da línea fuera de servicio y gruño de impotencia. Estoy tan nervioso por no entender nada que, sin pensarlo, me visto con lo primero que pillo. En cinco minutos estoy camino de su casa. He saludado a José con solo un escueto buenos días, algo que lo ha hecho detener su tarea y mirarme con suspicacia. No suelo ser tan insulso, me gusta charlar con él, aunque sea del tiempo, pero ahora

mismo no sé si estoy más cabreado o aterrado por la incertidumbre de ese sin saber insoportable.

Al pasar por donde la dejé la última vez, un pellizco se me coge en el estómago.

«¿Le daría un patatús a la madre y todo ha acabado en desastre? Debería haberme quedado. Y yo mientras soñando estupideces…».

Por fin veo la casa. Tiene luces encendidas todavía, aunque fuera ya amanezca. Suspiro de alivio. Por un momento, imaginaba que tampoco daría con la dirección y que lo habría soñado todo, como en una de esas películas de terror americanas.

Toco en el timbre de la puerta, nervioso. Mientras espero, me fijo en unas profundas pisadas en la nieve que se dirigen hacia la calle. ¿Quién habrá salido tan temprano? Cruzo los dedos rezando para que no sea Candi, pero al ver a Álvaro en el umbral mis esperanzas se esfuman como el humo. A su lado un bóxer marrón me mira desconfiado.

—Hola, Iván. ¿Qué haces aquí? Es muy temprano y…

—Estoy preocupado por tu madre —interrumpo, sincero—. Creo que es comprensible después de lo de ayer.

—Claro, perdona… —Se frota la nuca, confundido—. Pasa adentro. ¿Candi no te contó?

Como el perro me taladra con su mirada, que no sé distinguir si es de advertencia o curiosidad. No me muevo y Álvaro sonríe.

—Es un amigo, Bicho —le dice dándole una palmada en su lomo, pero este ni se inmuta y sigue poniéndome muuuy nervioso.

—Hola, Bichoooo —pronuncio acercando mi mano a él para acariciarle su cabeza a riesgo de quedarme manco. Estoy seguro de que tiene escondidas otras dos cabezas y es un can cerbero disfrazado de perro encantador.

De pronto, cuando estoy a solo dos centímetros, ladra provocándome un micro infarto y volviendo mis piernas de

mantequilla. Sin embargo, no me ha mordido y me lame la mano como si fuera su mejor amigo.

«Al final, me van a gustar los bichos», me digo asombrado conmigo mismo por no cagarme en los calzoncillos.

Los sigo a través del pasillo hasta una puerta que da a un pequeño saloncito y entro en él un poco cortado. Es una estancia acogedora, sus muebles son antiguos y me da la sensación de que he regresado a mi casa del pueblo. Encima de una mesa camilla veo un trozo de bizcocho empezado y una taza humeante de café.

—¿Por qué Bicho? —pregunto acariciando la cabeza del animal que se ha convertido en mi amigo del alma.

Él se encoje de hombros.

—Candi es muy graciosilla, como ves —responde y me nace una sonrisa idiota al volver a pensar en ella—. ¿Dices que no te contó lo de anoche?

—No, ella no contesta mis mensajes. Es más, no parece recibirlos —digo, deseando parecer indiferente y temiendo su veredicto.

No obstante, Álvaro solo arruga la nariz y me indica que me siente a la mesa.

—¿Quieres desayunar? Por cómo te has vestido no creo que te hayas tomado ni un café.

Me miro, extrañado. Con sorpresa, veo que debajo de mi abrigo llevo puesto un pantalón de chándal oscuro y la parte de arriba del pijama con la cara de mi Mariah Carey con un gorrito navideño. Ni siquiera le he quitado la etiqueta, y cuelga de mi cuello sobre mi pecho. Encogiéndome de hombros, me la arranco de un tirón.

—No quiero molestarte, solo vengo a hablar con tu hermana… de tu madre.

—Se fue a llevar a Sergio a aula matinal y luego directa a trabajar. Mi madre está bien, sigue dormida. Yo me quedaré a su cuidado hoy, pues no me fío de que vuelva sufrir otra crisis cuando despierte. Siéntate, por favor. No molestas, ya lo sabes.

—Ponme un café con leche. Triple, si no te importa —le contesto, sonriéndole y notando estirarse mis legañas.

«No me he lavado ni la cara esta mañana. Esto es lo que me hace pensar en Candi», me reprocho, avergonzado por mis ridículas pintas.

Me siento en una silla al lado de la de Álvaro. Mientras él se va a prepararme un café, observo a mi alrededor. La tele está encendida con poco volumen, no es muy grande, lo suficiente para esa estancia tan acogedora. Hay algunos cuadros de flores colgados en la pared, pero mi atención se centra en la mesa que tengo enfrente. Tiene un cristal encima que protege un montón de fotos familiares diseminadas por toda esta. En una de ellas reconozco a la madre de Candi agarrada del brazo de un hombre de la misma edad y en actitud cariñosa.

«Él será su padre…», supongo.

En otra lo veo a él postrado en una cama. Sonríe a una Candi más joven que se encuentra a su lado y, al parecer, cuidándolo.

«Tiene ojeras, muchas. Seguro que pasó una noche de insomnio y preocupación… o varias», pienso, apretando los labios.

De pronto, caigo en la cuenta de que su padre no apareció anoche.

«¿Seguirá enfermo?».

Algo me dice que él ya no está con ellos y la pesadez llena mi corazón. Entiendo la situación tan difícil que deben estar pasando y por qué no celebran la Navidad reunidos en familia como hace todo el mundo. Además, también está ese afán de encontrar el regalo perfecto para Sergio.

«Intentan superar estas fechas sin que afecte al pequeño de la familia».

Por un momento me siento identificado con él.

«A mí me faltaba mi amiga».

Sigo contemplando las fotos. En una, Candi, mucho más joven que en la anterior, tiene a su hijo en brazos. Se ven felices juntos y sonrío como un bobo. Ella no ha cambiado mucho, está igual de guapa… Me corrijo, ahora es mucho más preciosa, la madurez le ha sentado muuuy bien, para mi suerte. Inconscientemente, busco otras imágenes donde salga el padre de la criatura, sin embargo, no hay ninguna con nadie que no sea su abuela o su tío. Qué raro.

Entonces, aparece Álvaro con Bicho. Lleva un café en la mano y un plato con un trozo de bizcocho como el suyo. Me lo coloca enfrente y se sienta a mi lado.

—Gracias, no hacía falta el bizcocho, colega —le digo, complacido.

—¿Quieres guardar la línea? Ya veo que estás fuerte y eres carne de gimnasio.

—Bueno, me gusta cuidarme y me ayuda a ligar. —Le doy un bocado al pastel y no puedo evitar un gemido de gusto—. Joder, qué bueno está.

—Lo hizo Miriam, mi vecina —me dice con una sonrisa soñadora que le ocupa toda la cara.

—Te has puesto muy colorado. —Él sonríe más y me lo contagia —. Umm, ya veo que alguien está enamorado, y no precisamente del bizcocho.

Álvaro carraspea, recuperando la seriedad que lo caracteriza y, tras darle un sorbo a su taza, me mira con suspicacia.

—De eso quería hablarte. ¿Qué intenciones tienes con mi hermana?

No me lo puedo creer. ¿Me va a salir con esas ahora? ¿El hermano pequeño se siente responsable de la honra de Candi, aunque esta le dé mil vueltas en madurez y vida?

—Me gusta mucho. —Él ladea la cabeza y entrecierra los párpados—. No voy a mentirte, no soy un santo, pero tampoco un…

Para mi gran asombro, Álvaro me agarra del cuello del pijama y se acerca tanto que su nariz roza la mía. Bicho ladra, amenazador. Estoy tan patidifuso que no reacciono.

—Escúchame bien, mi hermana es una mujer decente. Si vienes a hacerle el mínimo daño, ya puedes desaparecer, si no…

Pongo mi mano en su cara para apartarlo y verlo mejor. Está hecho una furia, lo he notado en su tono retador.

—Tranquilo, tengo suerte de que tengas un hombro mal. —Me pongo serio y continúo—. Me gusta de verdad. Y no me digas que acabo de conocerla, lo sé bien. Precisamente, por esto raro que siento, quiero conocerla mejor. No tengo la intención de tirármela y dejarla tirada, si es lo que temes.

—Bien —dice soltándome la camisa y cogiendo su taza de nuevo para darle otro sorbo. Bicho también se relaja.

No me mira a los ojos, está avergonzado por su arranque.

—Álvaro, si las cosas fueran distintas, habría dormido esta noche. ¿De verdad crees que me habría presentado vestido como un idiota? Te aseguro que por mí no debes temer, no obstante, tu hermana… Creo que me ha dado calabazas sin siquiera haberme dado una oportunidad.

Álvaro sonríe ante el comentario y me arrima el plato.

—Hay mucho que no sabes de Candi.

Por extraño que parezca, oigo de nuevo las campanitas de fondo. No sé por qué, pero esto se parece cada vez más a una de esas historias de magia navideña.

CAPÍTULO 13

Candi

¡Joder, joder, joder! Definitivamente, hoy no es mi día. Desde que me he levantado de la cama, y digo levantado porque no he dormido nada en toda la maldita noche, me parece que todo es mucho más complicado y poco motivador. Empezando por los millones de padres que me he cruzado al llevar a Sergio a matinal, y que me han parado para preguntarme: «¿Cómo te va?» —solo quieren saber si estás soltera o con ganas de marcha como una de veinte años—, y terminando con la nevada que me estoy desayunando para repartir las cartas. Vale, ya sé que me he olvidado de lo que me tiene más preocupada y sin apenas voluntad, aire o rumbo definido. Necesito levantar la vista del móvil e ignorar el reciente bloqueo altamente desesperado de Iván.

Maldito, maldito sea ese friki que ha hecho volar mi cabeza con ese beso en plena calle. Me cuesta recordar las direcciones, incluso las tareas que dejé pendientes del día anterior por falta de tiempo… Ese beso, esa mirada que, aunque vampiresa, era preciosa o esa sonrisa sobrada que hizo de mis bragas un Lago Ness.

«¡Mierda! ¡Candi estás muuuy jodida!», me recrimino golpeándome repetidamente con la palma abierta en la cara.

—Buenos días, Candi.

Detengo mi autocastigo de forma repentina y el mundo se derrumba a mis pies para no levantarse nunca más. Ni en cien años lo conseguiría, *morta per sempre*. Le respondo tan bajito que me cuesta oírme:

—Hola, Tomás.

—¿Ya estás recuperada? —dice con un tono desconfiado que lo hace alzar las cejas y, por consiguiente, seguir con su inspección—. No te veo ni una marca de varicela, se ve que te has cuidado de no rascarte. Y parece que también curó rápido. Yo estuve casi dos semanas con esas mismas pupas… ¿Cuánto hace que fui a verte? ¿Tres días?

«*Mayday*, *mayday*, llamando a tierra», me digo y parece como si hubieran pulsado mi botón mental de autodefensa. Mis cejas casi se unen al dirigirme a él.

—Exacto, ¿qué insinúas? ¿Acaso crees que no estaba enferma? No me esperaba eso de ti, Tomás.

—No, mujer, estabas agonizando, yo jamás…

—Tengo mucho trabajo, si me perdonas.

—Espera. —Me toca, no… ¡Me toca! Sus dedos aferran mi camisa y mi alarma corporal se activa. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no hundirle el codo en la cara—. Perdona, no quería… —dice arrepentido y me suelta—. Si ya estás recuperada, todavía me gustaría pedirte que me acompañaras al cine...

Me da pena, no puedo evitarlo. Parece un perrito maltratado y se me encoge el corazón mientras dice cosas. Sí, cosas, he desconectado, me importan una mierda. Tomás no es feo, ni desagradable, tampoco es guapo, es… común, de esos que pasan por tu lado y… pasan. No quiero darle esperanzas, y no es que yo busque un bombón, nada de eso, simplemente, ni siquiera me alegraría que me tocara en un sorteo.

Entonces, el recuerdo de unos ojos de vampiro me asalta sin permiso y me sube la tensión de golpe.

—Vale.

Me mira ojiplático y mi yo astral también lo hace. Este solo tiene ojos, unos demasiado enormes.

—Oh, bien, bien. —¿Está sudando? Oh, mierda, mierda. ¿Por qué he aceptado?—. ¿Quieres ir esta tarde? Hay una peli muy chula… —Otra vez dice cosas que me importan una mierda, además, esta vez comienzo a darme pena a mí misma mientras asiento—. Pues te recojo luego a las siete.

Ni siquiera me despido, sigo mi camino sin percatarme de dónde voy. Solo quiero alejarme de allí lo antes posible y no mirar atrás. El sonido de un claxon me saca de mi aturdimiento y miro a mi alrededor.

—¿Es que quieres matarte? ¿Acaso no te pagan lo suficiente en correos, mujer? —pregunta el conductor del vehículo que casi me atropella.

—Perdón —musito levantando la mano, subiéndome a la acera.

—¿Estás bien, muchacha? —me dice una anciana a mi lado.

Tiene una mirada dulce y su voz ha sonado como las campanillas que parecen perseguirme a todos lados. Por extraño que parezca, siento algo atrayente y acogedor al observarla. El añil de sus ojos me recuerda a los de mi otra mitad.

—Sí, señora, gracias. Solo me despisté un poco.

—Deberías descansar, chiquilla. Pareces un mapache con esas ojeras tan pronunciadas.

—No dormí mucho, no —respondo ignorando la maravillosa crítica que me dedica.

—Umm, ¿sabes algo? También tienes cara de enamorada.

Vaya, si seguimos con los piropos…

—No sé por qué dice eso, señora. Yo no…

—Bueno, no suelo equivocarme en estas cosas, tengo un sexto sentido, ¿sabes? Y puede que no le des más importancia, pero que alguien nos nuble la razón no solo pasa en las películas.

—Ya, ya, creo que es usted una romántica, señora.

Ella sonríe y se señala el pecho. De pronto, un pajarito revolotea sobre nosotras y se posa en su hombro. El corazón se me encoge al reconocerlo. ¿Es el mismo pajarito que me visitó en mi jardín? Por un instante, me da la impresión de ver a esa otra mitad en lugar de la anciana. Parpadeo, asustada y retrocedo un paso.

—A veces no vemos lo que tenemos delante, cariño. Por muy difícil que todo nos resulte, siempre hay una salida.

«Paparruchas», me digo y sigo retrocediendo unos pasos más. Me dirijo en sentido contrario, pasando de nuevo por la frutería de Tomás, a quien ignoro cuando me saluda. Miro el reloj en mi muñeca y compruebo que solo me queda media hora para terminar mi turno.

«Bien, es hora de volver, soltar las cartas pendientes y fichar», me digo con satisfacción, obligándome a no darle más vueltas a lo que acaba de sucederme. Me encuentro tan cansada sicológicamente que mi yo astral no se atreve a hacer su típico doble mortal, se queda en un simple intento de pirueta maltrecha.

Tengo que regresar al colegio a recoger a Sergio, así que me doy prisa. Estoy tranquila por mi madre, porque Álvaro no me ha llamado y eso es buena señal. Ella suele estar bien, pero últimamente está sufriendo algunas crisis. Sé que son debidas a que se aproxima esta fecha tan señalada, y lo único que puedo hacer es fingir que no ocurre nada.

Sergio me abraza y me planta un beso más apasionado de la cuenta que me deja descolocada. Lo miro raro y él lo nota.

—Estoy muy contento, mamá.

—Me alegro, mi amor. ¿Y? —Dejo la pregunta, pues sé que es algo irresistible para él.

—Mi Maldelman. Estoy seguro de que Papá Noel me lo regalará, he sido muy bueno, más que nunca.

Le sonrío y se me remueve algo por dentro.

—Seguro que sí, él lo ve todo. Pero si por algún casual no llegara…

—No, mamá. Esa posibilidad no existe tratándose de él, vaya cosas tontas dices.

—Uf… —Trago saliva y miro hacia otro lado—. ¿Sabes qué? Cambiemos de tema. ¿A qué jugamos ahora? —digo con una sonrisa traviesa.

—¡A esquivar mis bolas de nieve! —grita lanzándome una directa a mi cabeza que hace pleno en su objetivo.

Parpadeo y corro tras él. Reímos sin parar, sumidos en una batalla de nieve camino de nuestra casa.

—¡Vamos a hacer un muñeco en el porche! Y luego, pondremos luces de colores en la entrada.

—Pero todavía no he bajado las cajas del desván. Los espumillones, el árbol…

—¡Sí! ¡El árbol, mami!

—¿También hoy? —respondo agotada, deteniéndome frente a la casa. Sergio tiene las mejillas rojas por el frío y la emoción—. ¿No puede ser otro día?

«¿No tengo bastante con pensar a todas horas en míster Cullen?».

—No, mamá. Ya no queda nada para Navidad. ¡Vamos tarde! Juande y Miriam llevan con todo decorado desde hace días.

—Está bien… Me rindo. Hoy decoraremos el árbol de Navidad —respondo abriendo un poco la puerta y recibiendo a Bicho.

La puerta se resiste al chocar con algo. Empujo con ganas y, de repente, se abre de golpe. Frente a mí no tengo a otro que a mi vampiro preferido.

—¡Me apunto a eso! —dice frotándose la nariz golpeada—. ¡Mi segundo nombre es Claus!

—¿Tú? —pregunto confundida, ignorando las mariposas que acaban de montar una fiesta en mi barriga debido a la intensa mirada que me dedica.

La sorprendente sonrisa de mi madre asoma tras él.

—Hola, hija. He invitado a tu amigo a almorzar con nosotros. ¿No es maravilloso?

CAPÍTULO 14

Candi

—¿Qué haces tú aquí? —suelto con voz chillona y sin pensar.

No sé cómo he conseguido pronunciar las palabras pues estoy segura de que mis labios siguen formando una «o» y ahora resulta que tengo dotes de ventrílocua.

—Vino a verme —dice Álvaro desde el pasillo.

No sé por qué, pero noto diversión en su tono.

«Qué divertido va a ser también retorcerle la oreja y dejársela tipo Dumbo».

Iván me deslumbra con su dentadura de anuncio y parpadeo, logrando reaccionar.

—Dejaos de tanta cháchara y pasad. Debéis estar helados —ordena mi madre, haciéndose a un lado para dejarnos entrar.

Sergio pasa con Bicho y se adentra en el pasillo seguido de su abuela y mi hermano, el traidor. Yo, simplemente, no puedo moverme. Me da miedo pasar por su lado y olerlo… Estoy en celo. ¿Desde cuándo este bruto friki se ha vuelto tan irresistible como el protagonista de un anuncio de perfumes?

—Ya no pareces un vampiro. Tus ojos ya no…

—Vaya, ¿echas de menos mi aspecto oscuro y misterioso? Puedo dejarme rociar un poco más ese *spray* de pimienta si te pone —susurra aproximándose a mi oído y provocando una bomba seta en mi vagina.

Cierro la boca y aprieto los labios, pues estoy intentando no sonreír.

«¡Maldito odioso!».

Respiro profundamente unos segundos e intento ralentizar mi corazón. Me está observando con esos iris intensos, esperando algo…

—Cualquiera que te vea con esas pintas no dudará en hacerlo. ¿Eso es un pijama? —le digo clavándole un dedo en su pecho y obligándolo a apartarse.

Por un momento se sonroja y me parece tan adorable que mis palmas tocan una rumba catalana allá abajo. Se frota la nuca, avergonzado, y sonríe de medio lado, sin apartarme la mirada.

«Joder».

—Estoy orgulloso de él, lo compré…

—No, no lo digas. ¿En una tienda de esas? ¿De segunda mano?

—Es una edición limitada, y es nuevo —responde con retintín en su voz.

Mi yo astral me felicita por haberle asestado esa bofetada y haber roto la tensión sexual que casi me carboniza. La muy traidora me da ánimos para seguir, pero al ver sus manos en las caderas y esa expresión de niño herido grita como su más fanática fan:

«Es mi ídolo… Tú puedes, ¡vamos! ¡Cómetelo!».

Cojo aire y lo retengo mientras cruzo por su lado, invocando a los dioses del universo para no caer en la tentación de mirarlo.

«Ignora que te está penetrando con sus ojos. ¡Y deja de imaginar que lo hace con otra cosa! ¡Joder!».

Me sobresalto al oír que cierra la puerta tras de mí y disimulo colgando mi abrigo en el perchero de la entrada.

—Con que cartera, ¿eh?

—¿Tienes algún problema con un paquete? —digo sin mirarlo.

—No, pero al fin entiendo de qué te conocía.

Mi cuello se ladea noventa grados hacia él, a la vez que mi incertidumbre crece.

—No recuerdo…

—Normalmente es Víctor quien entrega mis cartas, pero supongo que estará de vacaciones. Me entregaste un paquete hace unos días.

—¿En mano?

Tengo un archivador mental donde guardo las direcciones de todos los tíos buenos de la zona a los que he visitado esta última semana. Estoy segura de que un espécimen como Iván no lo ignoraría.

—Sí, me dijiste unas cosas muy raras… No te drogas, ¿verdad?

—Vete a la mierda.

—En serio, dijiste algo como que si yo era un elfo.

—Ya está bien de cachondeo, ¿vale?

Él bufa, y no agrega nada porque mi madre nos interrumpe de nuevo.

—Podéis hablar en la mesa. La comida se enfría —dice con tono severo.

—Sí, creo que este está falto de azúcar cerebral —espeto, señalándolo con la cabeza y pasando a la sala.

Contengo el aliento al ver la mesa. Mi madre ha sacado la mejor vajilla que tenemos, esa que solo se usa en ocasiones especiales. Al mirarla descubro una felicidad que hace mucho que no aparecía y mi corazón se estruja como una esponja empapada de lágrimas silenciosas.

No opino nada, pero mi mirada se cruza con la de mi hermano, una que no necesita palabras para trasmitirme que está tan alucinado como yo.

—Voy a lavarme las manos —digo, aunque en realidad busco un instante a solas.

Nada más sonar el clic del pestillo, mis ojos se inundan en llanto y tengo que ahogar mis sollozos en una toalla bien apretada contra mis dientes.

«No debo llorar, ella está feliz», me digo queriendo dejar atrás esa debilidad imprevista. Por un segundo, he vuelto a ser una niña desvalida y eso es algo que nunca me permito.

El agua fría alivia la rojez de mis ojos, pero hace que mi nariz se vuelva más roja todavía. Resoplo ante el espejo y, con determinación, me obligo a volver a la mesa. Evito el contacto visual con todos, quienes, por suerte, apenas reparan en mi presencia… Bueno, todos no. El friki navideño, megafán de Mariah Carey, me taladra hasta el cerebro cuando tomo asiento a su lado, el único que han dejado libre, como no. Su brazo roza el mío y su pierna también bajo el mantel. El calor me inunda y solo me falta echar humo por las orejas.

—Pareces un Gusyluz —me suelta el muy cretino en voz baja, tapándose la boca con una servilleta y aprovechando que nadie más lo escucha.

Enseguida, ahoga un quejido y yo sonrío de gloria. Al final será ventajoso estar a su lado y contar con mis botas de trabajo con puntera de hierro reforzado.

—Hacía mucho que no hacía lasaña, ¿verdad? —dice mi madre, despreocupada.

—Es verdad, mamá —responde Álvaro.

Ella se ríe ante su gemido extasiado y yo estoy alucinando de nuevo. ¡Ríe! ¿Estará drogada? Hundo el tenedor y me meto un trozo en la boca. Dejo de masticar al notar que espera expectante mi aprobación. Yo pongo los ojos en blanco e imito el mismo gemido de gusto. Entonces, noto que Iván se pone rígido.

«Uuuuhh, sí que es sensible este chico a mis gemidos», me digo chocando la mano con mi yo astral.

—¿Te gusta a ti también, Iván?

Él solo tenía que decir que sí, pero es un ejemplar singular con dotes de encantador de serpientes. Sin más, gime tan fuerte que todos dejamos de comer. Lo que sigue os lo podéis imaginar: Sergio explota en risas, mi madre se desternilla aún más y Álvaro se da golpes en el pecho pues está a punto de ahogarse con un bocado. Yo… termino riendo, no puedo evitarlo, aunque quiera. Iván es el rey de los payasotes, seguro que ha ganado una beca por ello.

Después de eso, el ambiente se relaja y yo también… a ratos. Cada vez que mueve su pierna me sube una corriente de pies a… mi clítoris, más sensible de la cuenta hoy.

Al fin, el momento que más temo llega y, como un zorro al acecho, me ataca sin miramientos.

—Me has bloqueado… ¿Por qué? —habla en susurros en mi oído y las descargas eléctricas en… bueno, ya podéis imaginarlo y no quiero repetirme: son un puto paraíso.

—No creo que sea el momento de…

—O me respondes o lo pregunto en alto.

—Eres un capullo.

—A la de una, a la de dos, a la de…

—Tuve miedo.

Él vuelve a penetrarme… con la mirada. ¡Joder! Sí, sé que parezco una salida, pero es que lo estoy, muuuuchoooo. Necesito bajar el fuego de esa olla a presión que me devora.

—¿De mí? —pregunta, anonadado.

Mis labios están muy cerca de los suyos, pues al hablarnos en susurros, nos aproximamos. Noto su aliento en mi rostro y es tan… excitante.

Solo asiento. No quiero contarle nada de mis miedos, de mi corazón seco y que él parece haber mojado tanto como mis bragas con un *simple* contacto. Al fin, me lanzo.

—De tu beso.

—Es absurdo… Pensé que te gustó… —No termina la frase y percibo la rigidez en su pierna. Sus puños están apretados con fuerza, los nudillos blancos muestran su contención. Está enfadado. ¿Conmigo? ¿Con él? Solo sé que no estoy siendo justa.

—Me gustó demasiado. —Mira al frente, pero sonríe, el muy canalla—. Creído.

—Guardo muchos más para ti, tontina.

¿Por qué noto que me derrito ante ese tono tan dulce? Siento que ha crecido dos metros en mi fantasiosa imaginación y hasta roza el techo. Yo lo contemplo desde abajo, es el puto amo de los dioses del universo.

—Apenas has comido, Candi, y tú, Iván… —El gruñido de mi madre me hace reaccionar y volver a la realidad—. Vamos, que de aquí no os levantáis hasta que terminéis el plato.

Iván me da una patada bajo la mesa y comienza a vaciar su plato con rapidez y gemidos extasiados, yo le sigo la corriente, aguantando la risa. ¿Desde cuándo un desconocido recibe una reprimenda como uno más de la familia?

Terminamos con el postre que, bajo mi asombro, no es otro que el preferido de mi padre: flan de huevo con plátano, piña y nata montada. El pijama de toda la vida, vamos.

Otra sorpresa más que sumar a este día, y que sin duda se está convirtiendo en el más atípicamente entrañable del año.

Nos levantamos con el estómago repleto. Iván elogia a la cocinera y ella babea tanto que temo que empape la alfombra. Entro a la cocina llevando algunos platos y me sorprendo al ver que Iván me sigue portando los restantes. Mi madre está escuchando algo que le relata Sergio del colegio y yo contengo la emoción, dejándolos atrás.

De pronto, los brazos de Iván me rodean la cintura por detrás y me gira. Estamos solos, nadie puede interferir entre nosotros, ni siquiera un milímetro de espacio que ya no existe. No quiero mirarlo, pero encontrarme con la sonrisa esquizofrénica de Mariah Carey en

su pecho me provoca escalofríos. Subo la vista y me detengo en su sonrisa, luego asciendo hasta esos volcanes ardientes que me miran con deseo, uno tan intenso como el mío.

—Desbloquéame, luego te daré todos los besos que necesites hasta convencerte.

«JODER».

CAPÍTULO 15

Iván

—Venga, hombre. No es un superhéroe, es solo un muñeco de nieve.

—¿Y por eso debemos hacerlo tan soso? —Muy serio, me señalo la frente con el dedo—. A ver, Álvaro. Usa tu cerebro. Siendo tan creativo con eso del maquillaje, no entiendo cómo puedes contentarte con ponerle un palito en la nariz y dos piedras por ojos.

—Es verdad, tito. Podríamos vestirlo y sería el muñeco más chulo del barrio.

—¿Y qué queréis ponerle? No pienso usar mis prótesis de maquillaje —dice enérgico, cruzando los brazos.

—Oh, eso es una buena idea —digo entusiasmado.

—¡Sí! ¡Lo es!

—¡Ni hablar! —protesta Álvaro, retrocediendo unos pasos como si le hubiéramos propuesto sacrificar a su mascota—. Me costaron una fortuna y las necesito para la prueba final del viernes.

Resoplo con fastidio y Sergio me imita, lo que me gusta y llena de calidez, sin entenderlo.

—Pero algo podemos hacer. ¿Qué tal si usamos ropa vieja? Seguro que mamá tiene alguna chaqueta que ya no quiere.

Sergio no se ha dado cuenta de que su madre se ha aproximado con Bicho y su siempre lengua colgante. Al contrario de lo que yo

pensaba, ella sonríe ante el comentario. ¿Cómo puede ser tan preciosa?

—También podemos ponerle una bufanda roja, como los que salen en las pelis navideñas —me aventuro, más animado—. Unas gafas de sol… y una zanahoria por nariz.

—Y si le hacemos una cicatriz con Kétchup… —propone Álvaro, sin yo esperarlo.

—Y habrá que ponerle un nombre —añade Candi, ya al lado de su hijo, y mi corazón comienza su marchosa batucada.

—¡Lo llamaré Madelman!

Ella gime, luego me mira y frunce el ceño con disgusto.

—Me parece bien —opino apoyando al niño, quien salta como loco y corre acompañado del perro al interior de la casa en busca de todo lo necesario.

Álvaro lo sigue, desconfiando todavía de sus intenciones, y nos quedamos Candi y yo a solas entre tanta nieve. Soñador, nos imagino en medio de un paisaje idílico de cuento y no en el porche de su casa, como estamos en realidad.

—No me parece acertado, Iván.

—¿Por? —pregunto agachándome para coger un montón de nieve del suelo.

—No sabemos si Papá Noel le traerá ese regalo, está muy ilusionado y cree fervientemente que existe. Yo no soy ese hombrecillo gordo y barbudo, no hago milagros.

—Menos mal que no eres todo eso. —Ella ladea una sonrisa divertida que provoca un volcán en mi pecho—. Candi, dejé de creer en Papá Noel hace mucho, pero ¿sabes algo que nunca perdí? —Ella alza una ceja—. La esperanza.

¿Por qué he dicho eso tan de prota bueno de película romántica? Soy estúpido, definitivamente.

No me quita la vista de encima, y yo tampoco. Debe albergar mucho dolor, lo percibo intenso y me inundan unas ganas muy

bestias de abrazarla que apenas contengo. Deseo decirle que conmigo todo es posible, que nunca sufrirá; quiero darle esa seguridad que demanda su ilusionada mirada, sin embargo, no soy perfecto. Sí, me gusta muchísimo y nunca sentí esta necesidad por nadie como parezco tener por ella. Pero mi pasado me define. Me da miedo de hacerle daño, no se merece un picaflor como yo.

Por eso mismo, no la arropo entre mis brazos como deseo. En cambio, le tiro a la cara la bola de nieve que he formado entre mis manos y termino con esa energía eléctrica que nos roba el aliento.

Espurrea la nieve que le ha entrado en la boca y me reprocha la traición a base de bobos insultos.

—Me las pagarás.

—Lo estoy deseando, preciosa.

Ella detiene su encarecida recogida de nieve con intención de devolverme el golpe. No me mira, pero susurra unas palabras que abren una brecha del tamaño del Golfo Pérsico en ese escudo que acabo de crear.

—Yo también.

Quiero rendirme. «¿Podría ser suficiente para ella?», me pregunto, mientras muestro una pose bien ensayada y pasándome el dedo por el labio del anuncio de Bacardí.

Resultado: una bola del doble de tamaño que la mía se estrella contra mi cara y me hace caer de espaldas, explotando en carcajadas. Ella se sienta a horcajadas encima de mi estómago y vuelve a estamparme otro puñado de nieve. Escupo y la agarro de la cintura, haciéndola rodar y colocándola debajo de mí, inmovilizándola con mi cuerpo. Estoy muy cachondo, y mi dureza se lo muestra al frotarse con ella por encima de la ropa. Daría lo que fuera por deshacerme de ese uniforme que lleva puesto y comérmela entera. La intensidad en sus ojos me muestra el mismo deseo. Revelan que soy un tonto, pues todavía me pienso si besarla.

«¡A la mierda el miedo! ¡Lo que pase entre nosotros, ya se verá!», rujo en mi interior justo cuando voy a devorarle esos labios

entreabiertos, tan rosados y llenos.

—¿Candi?

«¡No! ¡Mierda, y más mierda! ¿Quién cojones…?».

Levanto la cabeza y miro hacia el inoportuno intruso. Es un hombre de unos treinta y tantos años, ni guapo ni feo, normalucho; es delgado y parece bajo, aunque no estoy muy seguro al apreciarlo desde el suelo. Lleva una fuente de frutas variadas en sus manos. Pero es su ceño fruncido lo que me intriga, parece molesto.

Entonces, Candi me empuja para que me quite de encima suya. Cuando la miro está tan roja y nerviosa que me deja descolocado. La suelto y la ayudo a levantarse, a pesar de su reticencia.

—Ho-hola, Tomás —saluda, azorada, sacudiéndose los restos de nieve de la ropa—. ¿Qué hora es?

—Pues es temprano todavía —contesta sin dejar de mirarme como si fuera un maleante—. Pensé pasarme para saludar a tu hermano antes de irnos al cine.

—¿Al cine? ¿Has quedado para ir al cine con…? —pregunto señalando al gilipollas que tengo delante con actitud de recién salido de un catálogo de «novios que no entienden nada».

Conocéis el rojo más siniestro, el de la sangre, es de un tono muy oscuro, ¿verdad? Pues es el filtro con que los contemplo, estilo vampiro Cullen enterito sin necesidad de ningún *spray* de pimienta.

—Sí… bueno… —Ella se rasca la nuca y parece querer esconderse entre el amasijo de mechones de pelo y nieve—. Es que… íbamos a ver una peli de esas raras que le gustan a mi hermano. —De repente, mira al gilipollas con intensidad—. Álvaro me ha dicho que está deseando verla.

La cara de Tomás es un poema. El ceño fruncido se le ha estirado tanto por el asombro que me parecería cómico si no estuviese tan jodido. Asiente, algo desconcertado. Luego, centra otra vez su atención en mí. Noto que se le sube ligeramente el labio superior y se le hinchan las fosas nasales como si hubiera pasado el camión de la basura por su lado.

—Y tú eres… —me dice con tono de chulo de barrio, señalándome con la cabeza como si yo fuera un hobbit de La Tierra Media y no Gandalf, como realmente parezco a su lado.

—Yo soy el que estaba encima de Candi hace treinta segundos, pero gracias por preguntar —respondo con una sonrisa que no me llega a los ojos, irguiéndome más para hacerle patente que le saco una cuarta, nada menos.

Candi carraspea, nerviosa.

—¡No es lo que parece! —exclama, como si estuviera en una de esas telenovelas que echan los mediodías. Solo nos falta el *zoom* de… el drama está servido, señoras.

Tomás suelta la fuente de frutas en el suelo y se cruza de brazos.

—¿Seguro? Porque parece bastante lo que parece.

Ella me mira, ¡pidiéndome ayuda! ¿Perdona? ¿Qué me he perdido?

No sé qué está tramando, ni quién es ese, pero no me gusta nada, nada de nada. Aun así… ¡Eah! ¡Va por vosotras, cientitantas novias mías engañadas! Decido darle un voto de confianza.

—¿Te resbalaste? —murmuro sin mover apenas los labios.

—¡Me resbalé! —apoya la muy tunanta, señalando el suelo con ímpetu.

—Sí, yo solo intentaba salvarle la vida. Soy como un socorrista: te caes y yo te recojo, atacan los malos y yo les hago un doble mortal con efecto…

—Ya lo pilla, Iván —me interrumpe Candi, dándome unas palmaditas en el hombro.

—Me apodan el Bruce Lee de Salamanca. —Termino mi arrebato imparable.

—Oh, pues nunca me han hablado de ti. Seguro que eres del norte, ¿verdad? Es por donde menos me muevo con el camión de reparto —responde el muy estúpido ahora con actitud relajada, creyéndoselo todo.

—Sí, exactamente de allí. Eres listo, ¿eh?

Tomás parpadea, sopesando la intención de mis palabras. Candi traga saliva. Y yo sonrío, inocentemente.

De pronto, Álvaro aparece como si fuera un ángel salvador y se suma al grupo.

—Hombre, Tomás. ¿Qué tal estás? —saluda echando una mirada extraña a Candi, quien interviene como un ninja en la conversación.

—Ha venido a recogernos para ir al cine, todos juntitos. ¿Ya le dije lo emocionado que estabas por ver esa película?

—Oh, claro…

—Me alegra que te guste tanto, Álvaro. Seguro que disfrutas con el maquillaje especial de los X-Men, aunque si los hubieras maquillado tú…

Dejo de escuchar la perorata del gilipollas para prestar atención a Candi, quien me sonríe con cara de no haber roto un plato, pero que solo ha tirado al suelo vajilla y media. Sigo enfadado y me temo que aumentará mi ánimo tras oír su explicación.

—Voy con vosotros —digo con firmeza—. Soy superfan de X-Men.

—Y de Mariah Carey, por lo que veo —opina Tomás mirándolo de arriba abajo.

—Creía que trabajabas hoy, Iván —comenta Candi, como si nada.

—No, descanso el finde.

Álvaro sonríe de oreja a oreja.

—Me parece estupendo que vengas, Iván.

—A mí también —apoya Candi sin mucho convencimiento.

Tomás no opina, gruñe.

El chillido de Sergio nos ayuda a desconectar de ese bucle sin sentido, pero que a mí me parece muy perverso. Esta arpía tiene muchas cosas que contarme de camino al cine.

CAPÍTULO 16

Iván

—¿Vas a ir así? —pregunta el señor labio-alzado y olfateador de peste a todas horas.

—Claro, ¿por?

A su lado en el sofá del salón, lo miro como si dijera algo absurdo. Sigo con la parte de arriba del pijama y el pantalón de sport.

—Podrías ponerte algo más formal. Vamos al cine, y tal vez queramos cenar luego. No sé si te dejarían entrar a ningún local con esas pintas.

Haré el ridículo, estoy seguro, pero no pienso darle la ventaja a nuestro querido Tomasito de desaparecer con todos y dejarme en tierra. Ya sé que es frutero, por eso lo de la fuente repleta de manzanas, naranjas y una piña, la cual estamos degustando gracias a mi suegra que se ha transformado en chef nada más recibirla.

Sí, señoras, he dicho *suegra*. Estoy en plan territorial y si por mí fuera, le pediría la mano a Candi en este mismo momento para darle en toda la boca a este ensayo-levanta-novias que tengo a mi lado.

Sí, también he dicho *novia*, hoy soy el rey de la selva.

—Ya te gustaría eso —murmuro y él ladea su cabeza en mi dirección pues me ha oído, pero continúo con la función en la que los demás actores parecen haberse fugado por la ventana—. Oh, mi *look* es actual, recién sacado de la Generación Z. Eres un antiguo, Tomasito.

—Me llamo Tomás. Y sí, soy clásico, mi generación es la más elegante, o sea, la mejor, te pongas como te pongas tú o cualquiera. Mira que llevar a Mariah Carey con esa cara de haber sufrido un ictus crónico…

Esta no se la paso. A mi Mariah no la ofende ni Cristo.

—¡Eh! Retira eso o... —amenazo agarrándolo del cuello con una mano y estampando su cara contra el brazo del sofá.

Este no protesta porque creo que está tan sorprendido como yo mismo. No suelo ser violento, pero, como dice mi madre, malagueña de pura cepa, me entra un aire de Levante cada vez que escucho criticarla…

—¿Qué está ocurriendo aquí? —pregunta Álvaro con pasmo, quien acaba de aparecer en la salita.

—Ha ofendido a Mariah Carey.

—Yo solo he dicho que en esa foto parece que le ha dado un ictus —contesta entre gruñidos.

Aprieto más su cara contra el sofá. ¿Este es tonto o se lo hace?

—Suéltalo, Iván —pide Candi con dureza.

Yo aflojo un poco mi agarre para mirarla y mi corazón se salta un latido, o dos, o cuatro. No tengo ni idea de cuántos porque el tiempo acaba de detenerse y estoy absorto en su cuerpo de diosa. Ese vestido corto de color burdeos es muy ajustado y marca mucho sus curvas, pues su pecho, extraordinariamente, parece haber aumentado dos tallas. Menos mal que es de cuello vuelto, que si no hubiera tenido que arrancarle los ojos a Tomasito. Apunto: creo que voy a hacerlo a la mínima satireada que le dedique. Sus piernas parecen eternas con esas botas negras de tacón alto, le llegan hasta la rodilla y yo ya la imagino con el látigo, ordenándome…

«Lo que sea, me da igual. Ordéname, por favor, lo necesito».

—Vale —digo con una voz tan ridícula que me sonroja.

Ella también se percata y sonríe a medias, pero vuelve a su dura expresión en cuanto Tomasito se incorpora, muy ofuscado. Ya en

pie, me mira con un odio ferviente y va a abrir la boca cuando repara en mi Venus del Olimpo. Como por arte de magia, olvida su enfado y se acerca a ella con cara de cerdo baboso.

Noto el recelo en ella. Lo percibo en el pequeño paso que ha dado hacia atrás. No me gustaría estar en su lugar ahora, aunque me reconforte su reacción. Estoy a punto de intervenir para terminar de ahogarlo en el sofá, cuando Álvaro se interpone entre los dos y le echa su único brazo por los hombros, conduciéndolo afuera.

—Vamos, colega. Estoy ansioso por comentar contigo la película.

Este parece forcejear un momento para dirigirse hacia su hermana, pero lo tiene bien firme. Es mi héroe.

Candi se queda atrás y espera que salgan. Entonces, cierra la puerta y nos quedamos a solas. Por fin. Me escruta con intensidad, yo tiemblo.

—Espero que te hayas decidido a explicarme qué está ocurriendo y por qué ese baboso ha quedado contigo para ir al cine esta tarde.

Ella está alucinada. Luego, va directa a matarme a través de esas rendijas divinas o infernales, según se mire.

—Tal vez tendrías que explicarme tú por qué me exiges explicaciones sobre mi vida privada.

—No juegues conmigo, preciosa. Ibas a venir a mi piso anoche, esta tarde casi me pides que te tome en plena calle y ahora resulta que habías quedado para ir al cine con… ese —le reprocho—. No pierdes el tiempo, según veo.

—¿De qué me estás acusando si puede saberse? —pregunta con las manos en las caderas.

—De engañarme y obligarme a hacer de imbécil en este absurdo teatro tuyo.

Ella por fin resopla y parece desinflarse. Desvía la mirada a mis deportivas, las cuales deben ser una pasada porque se encuentra prendada de ellas.

—Está bien. Lo reconozco. Me da pena. —Abro mucho los ojos y espero que se explique—. Tomás lleva tiempo detrás de mí… Quería una cita y yo… Hoy me lo encontré mientras repartía el correo y me dio pena negarle ir al cine.

—¿Aceptaste una cita por pena? —Ella sigue sin mirarme a los ojos. Miente como una bellaca, estoy seguro—. ¡Venga ya!

—Cree lo que quieras. No tengo que darte más explicaciones, porque, que yo sepa, tú y yo no somos nada. Solo nos hemos dado un simple besito.

—¿Un simple besito, dices? Pero cómo… cómo tú… simple… dices… prrrh…

Estoy alucinando. ¿Qué tenía esa piña? ¿Jugo de unicornio fermentado? Porque esto no es normal. Ese *besito* no fue normal por mucho que se empeñe. Tengo el corazón al ritmo de batucada caribeña, mi lengua cantando salsa y el cerebro a punto de bailar la conga.

Ella está más sonrojada, pero ahora se digna a mirarme. Por su expresión extrañada, estoy seguro de que piensa que me ha dado una apoplejía.

—¿Estás bien?

Me yergo orgulloso y decido salir de allí. Al pasar por su lado, me tienta estrecharla entre mis brazos y darle un beso al estilo Clark Gable en *Lo que el viento se llevó,* para después obligarla a analizarlo como en una cata de vinos. Sin embargo, sigo adelante, digno como un dios, y salgo al pasillo. Me pongo mi abrigo y continúo hasta la calle, donde esperan estos dos. Por sus caretos, diría que están impacientes.

No los espero, sigo mi camino hasta que escucho a Tomasito preguntarme con tono esperanzado:

—¿Te vas?

—Claro, con vosotros, guapito.

Si cree que voy a dejar solos en el cine al hobbit y a Maléfica para crear bebés hobbitléficos, debe tener mucha fe en sí mismo.

—Pufff. Tú no vienes en mi coche.

Mi cuello ha crujido al girarse casi ciento ochenta grados ante la amenaza. Quiero desintegrar al frutero, meterlo dentro de una de sus piñas y lanzarlo al mar con un hechizo como el del genio de la lámpara, pero sin deseos.

—No hace falta. Tiene el suyo —agrega Candi con un guiño, lanzándome las llaves de mi coche que atrapo al vuelo.

«¡Es verdad! ¡Lo dejé anoche aquí!».

Yo le sonrío como un lelo, pero entonces, recuerdo que estoy muy enfadado con ella y me pongo serio con rapidez. No los espero, me subo a mi Peugeot y, entre resoplidos al volante, aguardo a que terminen de subirse al coche del hobbit, justo delante del mío. Este, al salir del aparcamiento, me da un toquecito dando marcha atrás. No tiene apenas importancia, si no lo odiara tanto. Me enerva, lo mato y descuartizo. Él levanta la mano desde dentro. No sé si es disculpándose o, como realmente pienso, es un «ahí lo llevas, bonito mío». Candi, que está en la parte trasera del vehículo, gira la cabeza hacia mí. A través del cristal, su rostro denota preocupación, seguro que cree que voy a embestirlo como un loco, y me jode. No soy un sádico, jamás lo haría, y menos con ella dentro. Pero lo de la piña sí, eso es una buena venganza.

Enciendo la radio y dejo que la canción de Mariah Carey me calme.

—Ese imbécil no tiene gusto musical ni ojos en la cara. Mira que decir eso de ti —digo con voz emocionada, pues me duele que sean tan insensibles con mi Mari, y no es que yo sea su megafán, pero su canción navideña me despierta tantas emociones olvidadas…—. No te preocupes, se lo haré pagar con creces. Tu honor será vengado.

CAPÍTULO 17

Candi

Soy consciente de que Iván y Álvaro están pendientes de cada movimiento que hace el frutero. No dejarán que se me acerque ni un centímetro más de la cuenta y eso me tranquiliza. Iván es un loco adorable y comprendo su enfado, pero no puedo confesarle que me da miedo conocerlo, pues sus besos me lanzan a un vacío peligroso, ni que solo accedí a salir con Tomás para olvidarlo. Es absurdo, lo reconozco, con Iván no se incluye en el típico dicho «un clavo saca a otro clavo», y permanecerá para la eternidad en la pared de otro corazón que no es el mío.

A pesar del continuo enfrentamiento entre estos dos, estoy muy feliz. Mamá parece haber resucitado de su triste retiro. Hoy, en compañía de Iván, parecía muy contenta, incluso juraría que volvió a ser la de antes: activa, segura, divertida…

¿Qué tiene este hombre que parece habernos conquistado a toda la familia? Hasta Sergio ha alucinado con él, lo imitaba y reía sin parar con sus tonterías de friki.

Ha quedado pendiente sacar el árbol, ¡a ver quién lo monta sin contar con Iván! Parece ser un verdadero ritual para él, por lo mal que se lo ha tomado cuando Mirian, la vecina, ha propuesto decorarlo con Sergio mientras nosotros íbamos al cine. Esta, que se ha quedado al cuidado de todos, nos ha mirado raro, pero no ha opinado. Lo siento por Álvaro, sé que se ha sentido un poco avergonzado, ya que a él parece gustarle mucho la vecina, y lo que me parece más alucinante: creo que es mutuo.

—¿Quieres palomitas dulces, corazón? —pregunta el frutero en el mostrador de la cafetería del cine, provocándome con ese apelativo una arcada interna que amenaza con exteriorizarse en una explosión nuclear.

—No, me gustan saladas.

—Umm, saladas como tú. —Al verme el careto pone los ojos en blanco—. ¿Lo pillas? Saladas, de graciosa.

—Lo entiendo perfectamente, Tomás.

Las risas de Iván y Álvaro detrás de nosotros me exasperan aún más y, como la niña del exorcista, giro mi cabeza hacia ellos y les saco la lengua. Ahora ríen a carcajadas.

«Serán cabrones», pienso y gruño como el león de la Metro para mis adentros, apretando con fuerza los puños.

Al fin entramos a la sala, tras el rato interminable que se han tomado los dos agapornis para pedir lo suyo en el mostrador. Sin embargo, me ha divertido ver cómo se las ingeniaba Iván para llevar sus palomitas, las dos coca colas y un extra de nachos con queso. Pues os recuerdo, Álvaro tiene un brazo con cabestrillo.

—¡Qué! Después de esto, vas directo al circo —le dice Tomás, provocador.

—No, para llevarse todos los aplausos ya estás tú, payaso —le espeta Iván, haciendo equilibrio con la cajita de nachos.

—Haya paz, por favor. Vamos a entrar a la sala y no quiero que nos echen en los tráileres —ruego y me aproximo con rapidez a Iván para evitar que se le caiga.

Lo ayudo como puedo, porque yo también tengo las manos ocupadas, y al instante, noto el calor que irradia. La tensión entre los dos es palpable y mis ojos, atraídos como un imán, se clavan en su boca socarrona, esa que tengo tantas ganas de besar. Contengo el aliento, no puedo respirar, adivino su deseo… ¿Va a besarme entre palomitas, doritos y coca colas?

—Gracias, preciosa —dice con voz ronca e irresistible, de esas mojabragas que tanto me gustan y con un extra de aroma a palomitas dulces. Un gruñido de Tomás nos devuelve al maldito presente—. Tomasito mío, vamos, no olvides el alzador.

Álvaro ríe. Y yo también, no puedo evitarlo, pero, al contrario de mi hermano, intento disimularlo con una tos repentina.

—Malditas palomitas, casi me ahogo —me excuso, adelantándome hacia la sala y pasando de ellos.

«Que se maten, son unos plastas», me digo.

Entonces, Iván se adelanta y se coloca a mi lado, con toda la dificultad que conlleva ir tan cargado de comida. A mi otro lado, aparece Tomás. Adivino con pesar que ambos quieren ocupar la butaca junto a mí.

«Joder, esto va a ser una puta odisea».

Pues ya está, sentada y escoltada como una reina, me preparo para ver la película e ignorar a estos dos que solo buscan atención.

A mi izquierda tengo al territorial Iván, a mi derecha al baboso Tomás, y a su lado se sienta Álvaro, quien se está divirtiendo de lo lindo con la situación.

Iván es muy alto, incluso sentado sobresale de la butaca.

—Agáchate un poco, Iván. —Le señalo con la cabeza a un niño que hay tras él y este me obedece sin pensárselo.

Me encanta su carácter afable. Por lo que he comprobado hasta ahora, no le importa sacrificarse por los demás si con eso los hace sentir bien. Es territorial, sí, pero no de una forma tóxica, pues disfruta de que otros me miren, presumiendo de… «¿Iba a decir novia? No, de amiga con derecho a besito insignificante», me corrijo mentalmente.

Solo compite con Tomás, lo que me parece absurdo. Este último no tiene nada que hacer conmigo, pero claro, eso Iván no lo sabe, lo que me divierte un poco. ¡Para qué vamos a mentir!

—Perdón, ahora mismo me agacho. —Escucho que dice Tomás al de atrás.

¿Será posible? Pero si no molesta, no tiene a nadie detrás. ¿Qué demonios quiere demostrar el muy capullo? Es verdad que al principio me daba algo de pena, sin embargo, eso ya es pasado, pues le estoy cogiendo una tirria por ser siempre él quien busca la discusión… Oigo resoplar a Iván, al que las rodillas le chocan ahora con el respaldo de la butaca delantera. Debe estar muy incómodo, aunque no parece importarle. Es un… «tintontín».

Ay, Dios, pensar en él con ese apelativo es bastante alarmante. Así es como llamo a… Mejor no lo pienso más, porque me provoca una ternura que no hallo en otros. No sé si estoy más confundida que asustada. O las dos cosas a la vez. ¡Mucho!

Las luces se han apagado y comienzan a mostrarse los tráileres.

—Siento que por mi culpa estés tan incómodo —le susurro al oído y me mira con la boca llena de palomitas dulces. Mastica rápido y le da un sorbo a su coca cola, tragando con ansiedad. Si no fuera tan grande podría pasar por un preadolescente.

—¡Bah! No importa, ya estoy acostumbrado. Es por ello por lo que siempre pido asiento en la última fila.

—Podrías haberlo dicho, hombre. Hubiéramos…

—No creo que Tomasito hubiese aceptado y no está en mis planes dejarte sola con él ni medio minuto.

—¿Temes que me guste?

—No. —Ríe y me contagia—. Si me confiesas que te gusta, te prometo que me hago cura.

—¿Entonces?

Estamos muy cerca. Solo unos pocos centímetros alejan mi boca de rozar su oreja, sin embargo, me parece un abismo. Él ladea el rostro hacia mí y ahora son sus labios los que casi percibo. Su mirada es intensa, ardiente, audaz.

—¡¡Shhhh!! —interrumpe Tomás con cara de pocos amigos y haciéndome dar un respingo al notar su mano sobre la mía en el reposabrazos—. Va a empezar la película.

La retiro con rapidez y contengo las ganas de hundirle el codo en un ojo. Me acurruco en el lado contrario, pegada a Iván, no quiero ni rozarlo.

—Por eso mismo —dice en mi oído, poniéndome la carne de gallina—. Sígueme.

Iván me sorprende levantándose y saliendo al pasillo con las palomitas y su bebida. Luego, se dirige al final de la sala y se sienta en una fila que está totalmente vacía y alejada de los demás espectadores.

¿Debo seguirlo? Me muero de ganas, y a la vez temo quedarme a solas con él. De repente, Tomás vuelve a buscar mi contacto, esta vez roza mi pierna con la suya y yo ni lo pienso. Salto como un muelle y me dirijo derecha al fondo, para sentarme junto a Iván. No lo miro, pero sé que sonríe, satisfecho.

—Ni se te ocurra meterme mano.

—No haré nada que no desees, preciosa —dice ronco provocando una descarga directa a mi vagina.

Gimo, pues lo deseo todo con él.

Iván se inclina hacia mí y el aire se vuelve tan denso que atravesarlo con palabras es demasiado dificultoso. Su brazo roza el respaldo de mi asiento, sin tocarme. La pantalla proyecta imágenes, iluminando a veces su rostro, otras apenas lo distingo, pero no puedo dejar de observarlo. Lo único que me interesa es él. Estoy esperando algo.

—¿Estás bien? —susurra con una dulzura inesperada.

Asiento, aunque mi corazón late fuerte. Él no insiste. Solo se queda ahí, sin invadir mi espacio, ni mi contacto, pero sí mi razón. Es el dueño de mi mente, de mis más íntimos anhelos. Esta contención me desarma más que cualquier caricia.

Decido prestar atención a la película. Absurdo, ¿verdad? Siento su mirada de reojo, y cuando me atrevo a girarme, me atrapa. No encuentro arrogancia, ni sobrada confianza, solo una intensidad tan febril como la mía.

—¿Por qué yo? —pregunto y apenas me sale la voz.

—Porque contigo nada es fingido, tú temes perder algo que yo no deseo robarte. Lo único que quiero es conocerte.

Exacto, temo que me robe el corazón, como ya lo hicieron antes, para luego dejarme seca, vacía, sola. Dice que solo quiere conocerme, no le basta con lo que le he mostrado hasta ahora.

Soy frágil, ¿acaso lo ha percibido? ¿Cómo ha podido ver lo que otros ni por asomo se han acercado?

La tensión es palpable, el murmullo lejano de la película apenas puedo escucharlo debido a mis fuertes latidos. Dejo de mirarlo, pues temo derrumbarme. Iván guarda silencio, pero siento que me grita.

—Yo también quiero conocerte —pronuncio sin pensar. Estoy abrumada, me siento aturdida y muy vulnerable, no deseo enfrentarlo.

—¿Sabes lo que estás haciendo? —pregunta y yo niego con la cabeza, cerrando los ojos, aunque en el fondo sé que me estoy rindiendo—. Volverme loco.

Justo lo miro, él me besa. Y sí, me rindo, me dejo devorar, me dejo llevar por esa pasión que me está quemando y creo que ha empezado a gangrenarse en mis venas.

Sus labios me seducen, cálidos y exigentes, su lengua me provoca, perversa. Yo me deshago y dejo que me coma hasta las puntas de mi ser. Joder, esto es pura gloria, y lo estaba rechazando… Cuánto tiempo perdido y tanto goce por ganar. ¿Qué hace este hombre conmigo que me convierte en puta sangre hervida? Está casi sobre mí y yo no puedo controlar mis manos que buscan exigentes bajo su ropa. Sus jadeos son tan desesperados como los míos, incontrolables, salvajes, una locura que me vuelve cada vez más

demandante. Quiero sentirlo adentro, notar sus dedos en mi piel. Quiero…

—Ejem, ejem.

«¿Un carraspeo? Es la película», pienso y lo ignoro, Iván también.

Sigo mi incursión hacia lo desconocido y meto mi mano en sus pantalones palpando su enorme sexo. Él gruñe y parezco haber activado el botón de desesperación, porque jadea intensamente.

—Qué grande, me encanta, la quiero ya.

—Candi, no es por nada, pero… como sigas por ahí… no podré contenerme.

—¡Señores, o se van a un hotel o llamo a la policía!

Me quedo inmóvil, Iván me imita, su cuerpo está tan rígido como su polla entre mis dedos. No quiero aceptar la realidad, estábamos tan a gusto y calientes… Y ahora parecen habernos echado por encima un cubo de agua helada.

No quiero mirar y me escondo en su pecho, que ahora es mi preferido. Sí, lo declaro ante el mundo, es mío. Iván saca mi mano de dentro de sus pantalones y me da un beso rápido en la cabeza, nos levantamos y me arrastra hasta la salida, protegiéndome de la mirada reprobadora que nos dedica el guarda.

—Mi bolso —musito con la cabeza gacha, todavía semi escondida en su pecho.

—Lo llevo, cariño. Vámonos lejos de aquí.

—¿A dónde?

—Donde pueda amarte como te mereces.

De repente, unas campanillas navideñas suenan por todas partes. Mis ojos se cruzan con los suyos y, por su expresión, sé que también las oye. Él me sonríe, yo le devuelvo el gesto mucho más seguro. Lo abrazo de la cintura con fuerza. ¿Qué es el miedo? No conozco a ese señor metomentodo.

CAPÍTULO 18

Iván

Entre besos robados llegamos a mi Halcón Milenario. Le abro la puerta como un caballero y aprovecho para robarle un beso, de esos que duran y dejan un regusto lo suficientemente largo hasta llegar a mi apartamento.

—Bienvenida a la fuerza, preciosa.

—Me gusta tu minicoche.

—Ah, ¿sí? Pues espero que mi minipiso también te guste.

—No me importa cómo sea, mientras solo eso sea pequeño.

—Joder… Candi.

Se ríe la muy bruja. Luego, recobrando la seriedad que acontece a la lujuria, echa mano a mi polla por encima del pantalón y la frota con su palma, sin ningún miedo. Gruño y hasta encojo los dedos de los pies, estoy más tieso que la pata de Perico. Esta mujer sabe cómo ponerme a cien en menos de una centésima de segundo y yo estoy que exploto. Corrijo: ¿Hay algún momento en que no esté excitado con ella a mi lado?

—¡Arranca, coño!

—Vale —respondo entre jadeos ahogados.

Su mano continúa tocándome, pero ahora de forma menos intensa, más juguetona. Me clava la hambrienta mirada, mordiéndose el labio inferior con tal sensualidad que me trasmite su

ansia contenida. Juntos somos puro magnetismo y con nuestra fogosidad alteramos la gravedad de la tierra.

—No podré salir del *parking* si sigues tocándome.

Ella sonríe, pícara, y decide centrarse en buscar una emisora en la radio. Respiro hondo, intentando no mirar su mano mientras toquetea los botones, esa que casi hace que me corra como un adolescente.

Llevo unos cinco minutos que mi cuerpo conduce por la ciudad de forma autómata, pues mi verdadera atención está en mi diosa, imposible de ignorar. El aire pesa, cargado de tensión mal disimulada. Sus piernas se abren y el sonido de la tela me excita. Reprimo el instinto salvaje que me llena. Las mantiene así y mi mirada acaricia poco a poco su cuerpo hasta descubrir el fuego en sus ojos. Está esperando justamente eso que reprimo. Mierda.

Mi mano pasa de estar en el volante a adentrarse entre sus piernas. Ella inspira agitada y se abre más para mí. La palpo con un leve roce y le arranco un suspiro muy sexy. Mi polla palpita. Profundizo con cuidado y ahoga un gemido. Está tan mojada que creo que no podré contenerme.

—Nena, vas a matarme.

Entonces, para torturarme, coge mi mano y la aprieta contra su centro. Se arquea. Dios, es pura agua en mis dedos, necesito explorar ese mar en busca de su tesoro. Mis dedos bailan por encima de la fina tela de sus medias que rompo sin miramientos y juraría que no lleva nada más, ya que el contacto con su clítoris es inmediato, arrancándome un brutal gruñido.

—No llevas…

Se ríe la muy pícara.

Sé que es arriesgado conducir así, pero estoy atrapado en el vaivén de sus manos recorriendo sus pechos mientras se retuerce entre mis dedos. Es la imagen más sexy que he presenciado, y no soy para nada inexperto. Candi es pura feminidad y ambrosía para

mi placer. Voy a volverme un egoísta de estos momentos por su culpa.

Sus labios están hinchados y rezuma excitación, demencia entre gemidos cada vez más atrevidos. El sonido de su flujo al entrar y salir me excita y suspiro con ella. Va a provocarme un ataque cardiaco si sigo así, pero me seduce su entrega y no dejo de penetrarla. Cabalga mi mano, me pide más, más fuerte. Clava con fuerza sus dedos en mi brazo, ese que la tortura y recompensa. Noto su frustración, el goce que la invade y está tan mojada… Resbala en mis dedos y mi polla se sacude atrapada, deseosa de conocerla.

Ya llega, lo percibo intenso, y entre espasmos grita mi nombre, haciéndome el hombre más vanidoso de la tierra.

—Por fin.

—Sí, por fin —repite ella con voz quebrada y los párpados cerrados, saboreando todavía el final del éxtasis.

—Digo que por fin hemos llegado, nena. Ahora sabrás lo que es enorme en mi vocabulario —respondo probando su dulce esencia en mis dedos.

Me bajo de coche y abro la puerta con rapidez. Le cojo de la mano y la levanto de un tirón arrojándola a mis brazos. La bruja se ríe de nuevo.

—¿Nunca te han dicho que tu risa suena a campanillas?

Ella me regala una calidez que abrasa mi corazón, pero no me entretengo. La arrastro conmigo hasta mi portal como un poseso. Sigo oyendo esas campanillas en mi cabeza y me pregunto si realmente es su risa la que envuelve mi razón.

Mis manos temblorosas por fin giran la llave en la cerradura. Joder, nunca me ha costado tanto abrir el portal y todavía me queda otra puerta que franquear.

—Hola, Iván.

No puede ser. Me encuentro cara a cara con mi vecina del primero, sí, esa que está más salida que el pico de una plancha. La

que me acosa en el portal cada vez que tiene ocasión.

Me paro en seco, haciendo que Candi choque contra mi espalda. Ella permanece junto a la puerta de mi casa… ¿esperándome?

—Llegas tarde hoy —dice fisgoneando descaradamente tras de mí. Al descubrir a Candi se le agria la expresión.

—¿Qué necesitas, Laura? Estoy ocupado ahora.

—Ya veo. Quería pedirte ayuda para montar mi arbolito de Navidad. El tuyo me encanta y claro… una tiene ciertas debilidades navideñas.

Me cago en la puta. ¿Será lianta? No quiero mirar a Candi, me da miedo saber qué puede estar imaginando.

—Te repito que estoy ocupado.

—Bueno, no me importa esperar… Cuando termines de tu ocupación, ven a verme. Ya sabes dónde vivo.

Me tira un beso y sonríe a Candi con descaro. Luego se aproxima y me roza el dorso de la mano con la que la agarro. Esta se suelta de un tirón. Ni siquiera miro cómo se aleja Laura, sé que va contoneándose, como siempre. Mi ángel no parece precisamente eso, todo lo contrario: es un demonio de pupilas llameantes.

—No es lo que parece.

—A mí me parece que conoce bien tu arbolito navideño.

No quiero que monte una escena en mitad del pasillo y darle la satisfacción a Laura. Abro la maldita puerta de una vez.

—Entra.

—No —responde, cortante.

—Joder, Candi. Esa mujer está como una puta regadera. Creía que confiabas en mí. —Me estudia durante unos segundos eternos y, para mi gran alivio, pasa por mi lado. El suspiro que se me escapa no le es indiferente, se gira para mirarme—. Es en serio, nunca ha entrado en mi casa, ni yo en la suya. No la he tocado. Nunca.

—Lo que hagas o dejes de hacer no me incumbe —espeta.

Parece que delante de mí tengo a la mismísima Cleopatra. Pero es transparente como el agua. Puños a los costados, labios apretados, mirada esquiva…

La atrapo entre mis brazos, no puedo resistirme a estar por más tiempo lejos de su cuerpo. Ella me rechaza, pero no la suelto.

—Mírame, tontina. —Se niega a hacerlo, yo lo necesito—. A mí, sí me importa lo que pienses.

—No entiendo por qué debería importarte, no somos nada, simplemente nos atraemos.

—Eso no es verdad. —La empujo con mi cuerpo contra la pared —. Aunque no sé lo que somos todavía, que me digas que solo quieres follarme me destroza. Eso puede decirlo esa —digo señalando la puerta con un gesto rápido, pues mis manos están ocupadas reteniendo las suyas por encima de su cabeza—. Tú no, tú eres diferente.

—¿Por qué soy diferente? Acabo de dejarme follar por tus dedos en tu puto coche. Soy una zorra más.

—No digas eso.

—Siempre lo fui. Soy una madre soltera, irresponsable, que se dejó seducir por la fiesta, no soy ninguna santa, Iván.

—Lo que hiciste en un pasado me importa una mierda, con lo que veo ahora me basta. No solo pretendo echarte un polvo, joder. Te dejé claro que deseo conocerte.

Ella al fin deja de forcejear y resistirse. Me penetra con sus ojos, tan profundos como sus miedos. Mi corazón late tan rápido por la ansiedad de perderla que apenas me queda aliento. No puedo rendirme, quiero conquistar sus defensas, romper ese muro que se empeña en levantar y descubrir la verdadera mujer que existe detrás.

—Está bien.

—¿Cómo?

—¿Estás sordo? —Alzo las cejas—. Yo también quiero conocerte.

Le sonrío de oreja a oreja. Me la comeré entera. Al fin, la suelto y sus manos se posan en mis caderas.

—Estoy sordo. ¿Puedes repetirlo?

—Quiero follarte y que Laura lo oiga.

Me arranca una carcajada tan fuerte que las paredes retumban. Sin embargo, se me corta el aliento al notar sus manos bajando mi pantalón. Le siguen mis bóxeres y, por último, se agacha y atrapa mi dura polla con sus dedos. Antes de que pueda reaccionar, me lame lentamente desde la base hasta el glande.

Esto. Es. Demasiado. Me echo contra la pared del pasillo y me dejo hacer. Me relame y succiona, una y otra vez, me hace visitar Marte. Creo que tiene superpoderes porque esto nunca ha sido tan intenso ni tan bueno.

—Joder, Candi. Sigue así. Eres una puta diosa. Oh, así, sigue, cariño. Voy a correrme, me voy a… ¡Aahh! ¡La Virgen! —Me sujeto la polla y me aparto para no mancharla. Me he ido tan rápido que es ciertamente vergonzoso, pero llevaba mucho tiempo empalmado y no soy Superman, solo un simple mortal que no sabe si sigue vivo o esto es el puto cielo—. Creo que estoy muerto.

CAPÍTULO 19

Candi

—¿Quién cojones eres? ¿La nieta de Miliki y practicas acrobacias en tus ratos libres?

Iván me saca la sonrisa… Bueno, en realidad son carcajadas. Es como un niño grande, pero con una vena perversa y un paquetón entre las piernas que ya quisieran muchos. Es mío, no de Laura.

—Sí, y tú mi payaso preferido. —Le tiro un beso—. Grita, vamos.

Iván me obedece.

—Oh, Síííí. Vamoooos, mi amooorrr. Asíííí, me gustaaaa. Tomaaaaa, ¿quieres más? ¡¡Aquí tienes!! ¡¡Arrgggrrr!!

Exploto en risas, y me tapo la boca para que no se me oiga. Esto es lo más divertido que he vivido nunca. Grita mientras saborea una cucharada de helado y me ofrece otra con cara de alcanzar el éxtasis.

Le sigo el rollo con voz provocadora y me la como haciendo posturitas sexys.

—Oooh, ¡qué buenooo! ¡Tú sí que sabes lo que me gusta! Sí, vamos, ¡dámelo todooo ya! Ummm, eso es…

De pronto, me mira tan fijo que creo que está al borde de un colapso. La cuchara cae de entre sus dedos y su expresión es salvaje, como la de un lobo a punto de zamparse a Caperucita. Se acabó la función de circo para comenzar otra mucho más seria.

Aparta el helado a un lado y atrapa mi mano, tirando hacia él con tanta brusquedad que caigo de pie del taburete. Me coge de la cintura con sus enormes manos y me levanta sin esfuerzo colocándome a horcajadas sobre su regazo.

«¡Oh, santo Dios! ¡Cómo me pone este hombre!».

Solo visto con una camiseta suya y sí, no tengo bragas, me pareció divertido provocarlo. Por eso, cuando me sienta sobre sus piernas, el contacto es directo contra su erección por encima de sus calzoncillos, provocándome un cosquilleo ansioso. Me mantiene ahí, su enorme protuberancia roza mi entrada y tengo unas ganas terribles de frotarme. Hasta el momento, me ha follado con sus dedos, y su boca me ha hecho tener orgasmos sobrehumanos, pero todavía no hemos cruzado la línea, estoy deseosa. Juraría que lo hace a propósito, pues nunca he estado más salida en mi puta vida. Hablando en plata: ¡Quiero que me empotre ya!

Se saca la camiseta por la cabeza, presumiendo de sus fuertes pectorales y casi rompo aguas por segunda vez en mi vida. Luego revolea la mía y me contempla desnuda. Su respiración se vuelve errática, parece que le va a dar un patatús. Yo aguardo, y no me da vergüenza, porque me hace sentir Claudia Schiffer bajo su mirada. ¡Uy! He roto aguas por tercera vez.

—Dios, eres tan preciosa. Voy a follarte tanto que mañana no vas a poder sentarte.

«¡JODER! Síííí, quiero eso, mucho, mucho».

Iván al fin abre la tienda de campaña y me saluda.

«¡Holaaaaa! ¿Cómo te ha ido, guapa? Yo aquí, deseando conocerte. Sí, eso también, más caliente que el palo de un churrero».

Roza la punta de su miembro con mis pliegues. Asciende y desciende por mi humedad, es provocador, no tiene prisa. ES DESESPERANTE. Sus caricias torturadoras me están causando un síndrome de Estocolmo. Con cada pasada gimo más fuerte, es tan bueno, como inhumano y temo echarlo en falta a todas horas.

El olor a sexo nos envuelve, y gruñe al percibirlo. Es muy excitante, y voy a suplicarle que pare esta tortura y me tome de una puta vez. Estoy preparada para esto desde hace años, me cago en todo.

Se acerca a mí y contengo el aliento mientras desciende lentamente, sin tocarme, rozándome con su aliento, erizándome la piel de todo mi cuerpo. Toma mi pezón con su boca y lo muerde, succiona, juega con él hasta hacerme perder la cabeza. Umm, es un experto acróbata con esa lengua, haciéndome vibrar con cada lamida y jadear como una perra. Desearía que durara para siempre, si no fuera por lo impaciente que estoy de conocer lo que viene.

Me saborea con mimo, mientras asciende hasta devorar mis labios. Invade mi boca, la masturba con su lengua exigente, y siento vértigo. Jamás pensé gozar así con un beso. Esta vez no fingimos, el placer es tan real como el aire que nos falta.

—Ah, Iván, me matas.

—Espera, el condón —dice, volviendo a la realidad por un momento.

—Tomo la píldora y…

—Yo también —me interrumpe y abro mucho los ojos.

—¿Tomas la píldora?

—Estoy limpio —contesta poniendo los ojos en blanco.

Sonrío, pues me pone aún más cachonda su expresión sobrada. Además, saber que voy a sentirlo piel con piel es demasiado.

—Fóllame, vamos —le ordeno y vibro cuando responde a mi reclamo.

Ruge. Su erección es tan grande que me impresiona, pero no temo que me haga daño, el preludio de que me va a taladrar con ella me hierve las venas.

Jadeo cuando me vuelve a coger de la cintura y me coloca para penetrarme. Entonces, lo hace lento, haciéndome sentir cada centímetro de él muy adentro. Gime, cierra los ojos, extasiado, y

sale de mí. Lo espero, no sé por qué se detiene. Protesto con un lamento, pero nada.

—O me follas bien o te la cor...

Sonríe, canalla, y levanta mis caderas. Yo contengo el aliento, ¡lo necesito! Entonces, me embiste hasta el fondo de una sola vez, fuerte y la bautizo como la puta ama de las embestidas. Me agarro a sus hombros y cierro los ojos con deleite. Sigue empujando, dándome rápido, más salvaje cada vez. Nos sumergimos en una locura y somos los reyes del caos. Gruñe fuerte, susurra mi nombre, y hace latir tanto mi corazón que pienso que está al límite. Mi piel se eriza al morderme el cuello como un salvaje, lame y llega hasta mi oreja.

«¡Joder! ¿Estoy flotando?».

Sin esperarlo, se detiene y me toma con rudeza entre sus brazos para alzarme sobre… ¿la encimera? ¿La mesa? No lo sé, tengo los ojos cerrados, ¿acaso importa? Soy una florecilla en sus brazos. Con prisa, me abre de piernas y me penetra hasta el fondo, sin pausa, perdiéndonos en tsunamis de placer. Cada empellón me eleva, mientras nuestras miradas se entrelazan, se dicen cosas prohibidas y secretos a voces. Una de sus manos se adentra entre mis muslos buscando mi centro y sonríe, perverso, al verme contener el aliento. El muy cabrón lo acaricia, yo me arqueo, incontenible, sus manos son pura gloria demoledora. Me siento tan viva que creo que nunca lo he llegado a estar realmente. Hundo mis dedos en su pelo y lo atraigo, exigiéndole su lengua, esa que me vuelve loca. Entonces, me frota con más violencia haciéndome gritar.

—¡Dios! —Me penetra muy fuerte—. Otra vez... —ruego y se hunde de nuevo como un poseso, sin darme tregua—. Sigue —lo insto y me embiste, repetidamente.

—Candi —me nombra, completamente ido.

—Iván —susurro paladeando el clímax.

Su rugido es el de una bestia, pero es música en mis oídos. Estallo en miles de estrellas. Todo es tan intenso que desaparezco

un instante para regresar a abrazarlo, con nuestras emociones a flor de piel y una energía descontrolada. Creo que me ha vuelto del revés, pues siento que el fuerte orgasmo ha arrasado mi cuerpo. Floto, suspiro, y vuelvo a gemir, lo tengo todavía dentro. Exploto de nuevo en éxtasis. Palpito y caigo en un vacío latente. ¿Estoy viva? No lo sé, tal vez… Mi yo astral está inconsciente, porque no dice nada mientras yo siento que esto es lo más poderoso que he gozado nunca.

De pronto, unos fuertes golpes suenan en el techo, justo encima de nosotros. Nos miramos, confundidos un instante, pero entonces Iván me sonríe.

—Creo que Laura nos oyó, al fin y al cabo —dice y exploto en risas, abrazándolo.

Me despierta con un beso tímido, delicado, inocente. No quiere poseerme, sino cuidarme. Sueño todavía y no deseo volver… o sí. Quizás antes no volvería, pero ahora está él.

—Eh, preciosa.

Abro mis párpados lentamente. Su voz me encanta. Estamos en su cama, yo boca abajo y él tumbado a mi lado mientras acaricia mi espalda. Tiene el pelo revuelto y su expresión cálida me hace cosquillas en el estómago. Contengo mis ganas de besarlo de nuevo, en cambio, me coloco de lado y me acurruco sobre su cuerpo. Me abraza. ¿Estoy en el cielo? Si no es así, seguro que es un sueño, porque en mi vida ningún hombre me ha abrazado con tanto cariño.

—Estás muy guapa por las mañanas —dice con un susurro sin perderme de vista.

—Tú también estás mono por la…

Abro los ojos de par en par, consciente al fin de lo que suponen esas palabras. Me siento de golpe y él me imita.

—¿Qué te ocurre, Candi?

Desvío la vista hasta la ventana, cubierta por un visillo blanco, resplandeciente… Hoy es… ¡MAÑANA!

—Ay, Dios, ay, Dios, ay, Dios, ¡ay, Dios! —Me levanto buscando mi ropa. Recorro de una punta a la otra del dormitorio como un sabueso, pero estoy tan nerviosa que no recuerdo dónde vi mi vestido por última vez. ¿En la cocina? ¿En el pasillo?

«¡Piensa, coño! ¡Ni que esto fuese un castillo!».

De pronto, Iván se planta delante de mí y me retiene un momento, justo dos segundos, antes de zafarme y seguir buscando, pero esta vez salgo de la habitación.

Al fondo, colgando de la estrella del árbol de Navidad, por fin encuentro mi sujetador negro. Salto, intentando alcanzarlo.

—¿Por qué pusiste un árbol tan alto? ¡Si ocupa medio salón!

—Me gusta, es de mi tamaño —dice cogiendo la prenda sin esfuerzo y ofreciéndomela—. Y tú me gustas más sin esto.

—Pues para ir acorde deberías vivir en una casa más grande —le digo, reprimiendo la sonrisa y arrebatándole el sujetador.

Voy a colocármelo, cuando él me agarra con firmeza de los hombros. Me estudia como si fuera un enigma que no entiende. No hacen falta palabras para saber cuál es su pregunta.

—Me quedé dormida, Iván —le aclaro, me parece absurdo que no lo adivine.

—¿Y? —pregunta con su sonrisa boba. Es más tonto…—. A mí me encantaron tus ronquidos.

Me corrijo…

—Eres idiota. —Se ríe y me planta un beso en la nariz—. No debí dormir aquí. Sergio, Álvaro, mi madre… ¿Qué pensarán?

—¿Acaso tienes quince años?

—*Ella* estará preocupada, ¿entiendes? —sentencio, poniendo las manos en jarras.

—Tu móvil no ha sonado ni una sola vez desde que llegamos, Candi.

Me deshago de sus manos que frotan mis brazos, reconfortándome. Y corro a buscarlo. Necesito comprobarlo.

Deslizo, meto contraseña. No entra. Pruebo de nuevo. Me vuelvo a equivocar. ¡Mierda! Estoy histérica y mis dedos se han convertido en salchichas Frankfurt. Meto el pin, lentamente, uno a uno, y al desbloquearlo… no encuentro nada nuevo.

¿Qué raro? Ni un mísero mensaje con: ¿estás viva?

Tal vez tenga razón y sea yo la única que esté preocupada en esta historia. El calor me invade las mejillas.

Busco a Iván desde la otra punta de esta caja de cerillas, y lo veo en la cocina de barra americana. Despreocupado, está preparando café en una de esas cafeteras de cápsulas. Entonces, solo entonces, me doy cuenta de que está tan desnudo como yo y mis ojos son inevitablemente seducidos por su perfecto y redondito culo.

—Ayer le mandé un mensaje a tu hermano. Le dije que pasarías conmigo el domingo.

«Y parecía tonto», me digo, mordiéndome el labio inferior.

«Y ahora, ¿qué?», me pregunta mi yo astral, que parece haber vuelto de su retiro. También me guiña el ojo con pedantería, la muy zorra.

—¿Qué opción me queda entonces? —musito con un encogimiento de hombros y una sonrisa pícara.

—¿Has dicho algo, nena? —pregunta de espaldas.

—Te preguntaba si me harías un café.

«Con el mágico churro de Thor, por favor», sigue mi yo zorrón, incansable.

—Claro, puedo freír unos churros, ¿te apetecen?

Río y se vuelve, extrañado.

CAPÍTULO 20

Iván

Ella me desconcierta, aunque comienzo a entenderla. Por lo poco que me ha dejado entrever, ha asumido ser el gran pilar en su familia, la persona que los saca adelante. Su padre ya no está con ellos, el de su hijo Sergio tampoco, al parecer… ¿o quizás sí? Eso es algo que debo preguntarle, pero con cuidado, no quiero agobiarla. En realidad, muero por saber si tengo alguna oportunidad más allá de un solo encuentro. ¿Peligroso esto último? Sí, mucho.

—¿Cómo te gusta?

—Muy caliente —me responde ignorando la taza que le ofrezco y recorriendo mi cuerpo con sus ojos sin perderse detalle.

Sonrío, sobrado. Ella coge la taza al fin y roza mis dedos, causándome una descarga directa y, en consecuencia, una erección descomunal. Ella la mira, sonrojada y me pone taquicárdico perdido.

—Esto es lo que me provocas, creo que se me va a gangrenar.

Le doy la espalda para coger la otra taza, necesito concentrarme en otra cosa que no sean sus labios, demasiados sensuales, para conservar mi equilibrio emocional. Entonces, noto su calor, está muy cerca.

«Oh, la Virgen. Va a matarme».

—Pues habrá que prevenirlo, ¿no? —dice soltando la taza en la encimera, pegando su cuerpo desnudo al mío.

Su aliento en mi cuello provoca cosquillas hasta en mi cerebro, el cual parece haberse ido de viaje a las Bahamas, porque lo siento

chiquitito, solo tiene lugar para la sensación que su cuerpo deja en mi piel. Sus suaves manos se posan en mi espalda y descienden lentamente. Gimo cuando acaricia mi culo e intento volverme, pero ella me lo impide, empujándome con firmeza. Umm, qué mandona.

Desliza una mano por mi cadera y alcanza mi erección, que ya es de elefante. Me agarra fuerte y acaricia sin pausa; contengo el aliento.

—Joder, nena —digo, con la respiración agitada.

—Eso es lo que quiero, joderte —dice en mi cuello, lamiéndolo y sin parar de masturbarme los huevos con la otra mano.

No puedo aguantar más. Siento que crezco dos metros. Me giro, la agarro y la arrastro hasta el dormitorio.

No sé cuántas horas llevamos follando. Lo hemos hecho en la ducha, en el sofá, en el suelo, contra la pared… Con otras mujeres no he sido tan pasional. Sí que lo disfrutaba, sin embargo, mi interés parecía irse de vacaciones tras el primer contacto. Con ella soy insaciable, jamás me cansaría de verla correrse. Soy adicto a eso.

—Candi, eres única, mi heroína sexual. Tienes superpoderes.

Ella se carcajea conmigo dentro. Estamos sudorosos, cansados, hambrientos, pero esto es tan bueno, tan adictivo, que ninguno hemos propuesto dejarlo con tal de no romper la magia.

—Síííí… y tú el martillo de Thor. —Al decir eso, la embisto con fuerza. Grita, rodeándome más fuerte con sus piernas alrededor de mi cintura. Sus pupilas me queman y yo me abraso en ellas—. Creo que deberíamos comer… algo.

—Yo solo tengo hambre de ti.

Vuelve a reír y es tan bonita que se me encoge el corazón. La penetro lentamente, sin pausa y cierra los ojos. Se relame, lasciva, mientras se masajea sus redondos pechos. La beso, quiero atrapar su lengua, hacerla mía. Un nuevo baile crece entre ambos, seguido de una necesidad instintiva.

—Iván, vamos. —Yo le doy encantado lo que quiere. Está tan resbaladiza siempre que es pura gloria—. Ah, qué bueno eres.

Mi ego crece, me ha nominado como finalista y quiero llevarme el premio. Grita ante mi ímpetu, cada vez más fuerte. Despierta el animal que guardo dentro y ya no puedo contenerme. La penetro a lo bestia, sin pausa. Ella sigue gimiendo, y grita no solo para Laura, para todo el vecindario. Gruño fuerte y me acompaña, mueve sus caderas, ansiosa de mí, y yo le doy todo, voy a estallar. Al fin, vibra en espasmos contra mi polla, alcanzando el clímax. Me vacío dentro y grito su nombre como si fuera mi último aliento. Ella es el puto cielo.

Quedamos abrazados durante minutos, recuperándonos de este último asalto, y me rio, porque ninguno quiere acabar con lo que ha surgido desde ayer. Pero ¿qué ha surgido realmente?

—¿Crees que podré moverme mañana? —pregunta, regalándome una gran sonrisa.

—Andarás como un cowboy después de un laaaargo viaje.

—Desenfundaré las cartas como si fueran revólveres en un duelo al amanecer.

Se ríe y su risa me suena a campanillas navideñas. Es extraño que en tan poco tiempo haya despertado tal ternura en mí.

—Lanzarás las cartas en los buzones con la precisión de un pistolero. —Le sigo el rollo, no puedo evitarlo y su chiste llama a los míos.

Explota en carcajadas y yo la imito. Me aparto al fin y la veo apretarse el estómago de la risa. Es tan preciosa…

—Sabes, quedé en llevar a Sergio a la pista de patinaje. ¿Sabes patinar?

¡Biiieeen! Temía que no me pidiera vernos más y acabar cortándome las venas en cuanto saliera tras esa puerta.

—Claro, me encantaría ir con vosotros.

Ella me abraza y me hace el hombre más feliz del mundo. Me siento parte de ese no sé qué ha surgido y que me hace feliz como nada hasta el momento.

«¿Qué ha surgido desde ayer entre nosotros?», me pregunto de nuevo. Es algo especial, de eso es lo único de lo que estoy seguro, pero no sé cómo llamarlo todavía.

Tras ducharnos juntos, pues, para mi más enorme entusiasmo, lo hacemos todo bien juntitos y revueltos, le presto mi ropa: una camiseta, la más pequeña que encuentro en mi armario y un pantalón de deporte ajustado. Al verla vestida de mí en versión en femenina, la emoción se instala en mi pecho. Es como si ella fuera algo mío y no un simple ligue. ¡Pues no lo es, que quede claro!

—Parezco un payaso —dice estirando los pantalones a cada lado con fastidio.

—Estás preciosa con lo que te pongas.

Y digo la verdad. El pelo revuelto y ondulado le cae sobre el pecho, y le da el aspecto de una niña traviesa. Tiene las mejillas arreboladas y un brillo especial en los ojos. Su expresión es simpática, confiada, parece haber dejado atrás los fantasmas que se empeñaba en usar como barrera para que yo no llegara a ella. Me encanta, y despierta un cosquilleo nervioso en mi estómago cuando me mira de esa forma. Tengo ganas de abrazarla para no soltarla jamás, mientras le reparto cinco mil besos por toda la cara.

De repente, se queda mirando fijamente a mi árbol de Navidad. La imito y veo qué le está llamando tanto la atención.

—Es el paquete que tú me entregaste hace unos días. Fue la primera vez que te vi.

—No recuerdo… —Se acerca a él y lo coge.

—Y me dijiste algo de que si yo era un elfo y no sé qué más. Creía que me había sentado mal la copa de vino que estaba tomando en ese momento.

—Pues debió ser así, porque yo no digo esas tonterías.

—No sé, Candi, y luego oí campanillas…

—Yo también las he oído últimamente —me interrumpe, nerviosa, luego lo examina con extrañeza—. Pone que el remitente es Papá Noel.

Asiento, y me encojo de hombros mientras veo que sigue leyendo con el ceño algo fruncido, esta vez el destinatario.

—Si es una bonita sorpresa lo sabré el día de Navidad, cuando lo abra.

—Yo lo hubiera abierto ya. ¿Y si es de un loco sicópata navideño?

Me río, puesto que es absurdo, ¿verdad? «Cri, cri, cri». Valeeee, puede haber una posibilidad entre mil millones, pero esto no es un thriller, señoras.

—Tú dejaste de creer en esto —digo señalando el árbol—. Yo solo en Papá Noel.

—Si te gusta tanto esta época, ¿por qué dejaste de creer en él?

—Porque no me trajo lo que más necesitaba.

Ella solo asiente, aunque sé que tiene ganas de saber más. No me importaría contárselo, en cambio, hoy siento que es un día redondo y hablar de eso hace que me salgan pinchos en la lengua. Se lo contaré, pero en otro momento.

—Vamos, se hace tarde y no quiero que Sergio te culpe de no llevarlo a patinar.

—Yo tampoco. —Le guiño un ojo y la abrazo con ternura.

—Eres demasiado zalamero. Sergio se va a dar cuenta de que tú y yo…

—¿Somos algo más que amigos? —Me aventuro con el corazón a tope.

—Anda, no te enrolles —contesta y coge sus cosas metidas en bolsas para dirigirse a la salida.

Siento pena por terminar con nuestro paréntesis, pues, cuando vuelva, me temo que mi minipiso se me hará demasiado grande sin

ella.

CAPÍTULO 21

Iván

—Iván, ¿no quieres sentarte? —me pregunta Candi, algo preocupada.

Estoy de pie en mitad de la salita con las manos en los bolsillos, ni siquiera parpadeo. Su madre, cruzada de brazos, no me quita ojo. Está muy enfadada por la escapada improvisada de Candi, pues parece haberse asustado mucho, a pesar de la explicación de su hermano.

—Yo no le he invitado a sentarse —responde echando fuego por los ojos.

—¡Mamá! —protesta, muy azorada—. Siéntate, por favor.

—No te preocupes, Candi. Estoy bien.

Disimulo mi inquietud dirigiéndole una sonrisa un tanto exagerada. No quiero preocuparla y puedo valérmelas solo… ¿o no?

—No tardaré —me dice sujetándola de los hombros para conducirla fuera de la sala—. Tú y yo tenemos que hablar, mamá.

—Exacto, largo y tendido.

Candi niega con la cabeza mientras sale de la sala, quitándole importancia.

En ese momento, entra Álvaro que me saluda con un movimiento de cabeza y una mueca divertida.

—Te lo estás pasando bien, ¿no?

—La verdad es que sí —dice y explota en risas mientras se sienta.

Lo miro echando chispas y me siento a su lado.

—¿Acaso tu hermana nunca ha dormido fuera con un ningún hombre?

—Candi no hacía algo así desde hace años, justamente desde que se quedó embarazada de Sergio. Te has ganado el mote de roba-hijas.

—Mierda.

—Sí, creo que te has hundido en la mierda con mi madre, colega.

—Creerá que voy a abandonarla… ¿Es eso lo que ocurrió, Álvaro?

—¿Candi no te lo ha contado todavía? —me pregunta, desconcertado.

—No hemos hablado mucho, la verdad —digo un poco avergonzado.

Reconozco que lo único que hemos hecho ha sido comernos la boca y follar como conejos.

—Ya veo, ya —responde con un bufido que hace subir mi temperatura corporal cinco grados de golpe—. Pues no seré yo quien descubra el pastel. —Mi incredulidad es patente, ya que continúa con una estúpida excusa—. Ella me echaría de casa y tendría que pedirte asilo, colega.

—Jo, jo, jo, eso es muy gracioso.

Mi ironía no parece amedrentarlo, es más, se envalentona haciéndome chistes de suegras. Lo ignoro, o eso intento.

—¿Por qué las suegras no pueden ser astronautas? —Calla, espera mi reacción que no es otra que un bufido y continúa el chiste prorrumpiendo en una gran risotada—. Porque no hay gravedad que las detenga.

Es ingenioso, tengo que reconocerlo, y acabo riendo con él y con Bicho, que ladra encantado con nuestra camaradería.

—Ese ha sido muy bueno, ¿verdad?

—Sí, ya puedes presentarte a Got Talent, chaval.

Mi sarcasmo es bienvenido y me da una palmada en la pierna. Me cae bien, y parece mutuo. No me importaría tenerlo como cuñado, la verdad.

«Si me he ganado a su hermano, podré lograrlo de nuevo con mi sueg… su madre», me digo, tragando saliva.

Sí, los chistes son divertidos y recuerdo que ya pensé ayer en esa mujer como mi suegra, fue simplemente una confusión debida al calentamiento con Tomasito por conseguir el interés de Candi. Que ella me haya invitado a patinar con Sergio no demuestra que quiera algo serio conmigo. Soy solo un amigo… con derecho a roce.

De repente, una foto en uno de los cuadros de la pared del fondo llama mi atención. Se trata de una niña pequeña muy rubia que coge de la mano a otra y, por las facciones, imagino que es Candi. La niña rubia me es familiar. Por un segundo, una idea estúpida cruza mi cabeza. Niego con esta, pues es imposible.

—¿Te ocurre algo, Iván? —pregunta Candi, interrumpiendo mis pensamientos y haciendo que lo olvide todo de un plumazo.

ESTÁ TREMENDA.

—Yo creo que lo único que le ocurre es que lo vuelves un bobo.

—Siempre ha sido un bobo —contesta ella muy sonrojada ante el calor de mi mirada.

En realidad, la veo desnuda, como hace tan solo una hora, y no vestida. Esos tejanos negros ajustados no hacen nada más que pronunciar sus curvas y la blusa blanca tiene un escote que deja entrever parte de su ropa interior de encaje y fantasía. Muero por arrancarle ese trozo de tela y conquistar con mi boca lo que hay debajo y que tengo grabado a fuego en mi cerebro.

Entonces, un huracán cargado de energía llamado Sergio barre el salón, haciéndome salir del trance.

—¡Vámonos! Estoy deseando llegar a la pista, Iván.

Me gusta que convierta el dúo en un trío de forma tan simple y voy a contestarle con una broma cuando aparece por la puerta su

abuela con cara de pocos amigos. No quiero alargar más la «maravillosa» velada familiar, así que me pongo de pie tan rápido que parezco dar un salto.

—Sí, yo también, amigo —le musito, nervioso.

No quiero afrontarla, jamás pensé que una señora mayor podría intimidarme más que mi propia madre, pero me equivoqué. Estoy a punto de mearme encima.

—¿Podríais dejarme un momento a solas con Iván?

Un silencio fatigoso invade el salón y tengo ganas de salir corriendo tras Sergio, que no nos ha esperado y ya se encuentra en el pasillo.

—Ya hemos hablado de eso, mamá —le reprocha Candi, alterada.

—Solo quiero hablar con él, hija. No voy armada —espeta con sarcasmo.

A mí me suena a amenaza mafiosa, y creo que ahora, además de pis tengo caca. No puedo evitar lanzarle una mirada de «sálvame» a Álvaro que, en cambio, me da con unas palmaditas de ánimo en el hombro y me responde con sus iris cristalinos un «la has cagado» muy poco tranquilizador.

Esa mujer me ha juzgado, condenado y archivado en su lista negra. Esa en la que me he puesto por delante del vecino que le quita el aparcamiento a su hija y el primo que no le devolvió los *tuppers* tras llevarse uno de sus mejores estofados.

Asumo que no podré librarme de esta, pues si quiero que haya otra buena ocasión con ella, debo superar la prueba de fuego.

Justo cuando Candi va a protestar de nuevo, la interrumpo:

—Está bien. No pasa nada —le digo con una sonrisa que pretende ser segura, pero que, al contrario, parece que acepto mi condena perpetua—. Hablemos, señora...

—Me llamo Adelaida. Señora me hace muy mayor —suelta y siento que la habitación baja unos pocos grados en un solo segundo.

Candi pone los ojos en blanco, y sale tras su hermano al pasillo, dejándonos a solas.

Entonces, Adelaida, no señora —ya lo he aprendido—, avanza hacia mí como si fuera el monstruo final de un videojuego. Cada paso suyo retumba en mi cerebro. Mi corazón late rápido mientras enfrento su mirada, una que me resulta semejante a la del jefe de una tribu ancestral. Yo intento sonreír, pero más bien me sale una mueca de auxilio.

—¿Cuáles son tus intenciones con mi hija? —dice a dos pasos de mí y con una voz capaz de congelar la lava. Bicho también me mira fijo, a su lado, y creo que al final le van a crecer las dos cabezas en cualquier momento.

—Yo… —Me sale un gallo ridículo y me callo. Ella ni parpadea y carraspeo para seguir hablando con toda la sinceridad que puedo. Creo que esa es la heroína de este cuento—. Me gusta su hija, seño… digo, Adelaida. Ella… siento que es especial y deseo conocerla.

—¿A qué te refieres con que es especial?

Creo que en el Polo Norte acaban de congelarse los pingüinos. Es ahora o nunca.

—Oigo campanillas cuando estoy con ella.

—¿Te drogas? —Otro mazazo gélido.

—¡No! Nunca he probado ninguna droga, soy un chico muy sano.

—¿Fumas? —Entrecierra los párpados convirtiéndolos en dos líneas intimidantes.

No me sale la voz y niego con la cabeza.

—¿Bebes?

Sudo, pues no sé si responder que tengo por costumbre tomar una copa de vino con la cena.

—Confieso que me gusta mucho un Marqués de Riscal, reserva. —No agrega nada y ante su silencio me aventuro a proseguir, es un tema del que entiendo bastante—. Debería probarlo, tiene notas de

ciruelas negras, moras, acompañadas de un ligero toque de vainilla y especias dulces. Además de oler tímidamente a…

—Regaliz.

—Exacto —afirmo, abriendo mucho los ojos.

—Ya puedes irte, Iván.

—¿Eso es todo? —pregunto asombrado y me doy cuenta de que vuelve a entrecerrar los párpados. Con rapidez, me retracto—. Quiero decir, claro. Me ha encantado conversar con usted, Adelaida.

—*Contigo,* Adelaida. —insiste con templanza, aunque... No sé si ha sonado a rugido o tomármelo como un cumplido.

—Contigo. —Carraspeo, tembloroso, como el que sabe que ha cruzado el puente colgante, pero todavía guarda la sensación de caer al abismo—. Ha sido… un placer, Adelaida. Me encantará compartir una copa de tinto *contigo* el próximo día.

—Fuera, o le cerrarán las pistas a mi nieto.

No añado nada. Asiento con el corazón a cien y salgo al pasillo, pero antes escucho de nuevo su voz de ultratumba:

—Te espero mañana para almorzar.

Candi me mira como si viniera de una guerra.

—¿Sobreviviste? —pregunta con una ceja alzada.

—No lo sé —respondo, pasando por su lado como una exhalación —. Creo que me ha robado el alma.

Candi me sigue, o eso creo, pues no quiero mirar atrás, no vaya a ser que me encuentre la mirada de Medusa y me deje petrificado de por vida.

CAPÍTULO 22

Candi

—Tu madre es acojonante —dice cuando se sienta a mi lado tras dejar a Sergio en la pista patinando con un amigo del cole.

—Te ha dejado huella, eh. ¿Tengo que ponerme celosa? Piensas más en ella que… —Callo al darme cuenta de mi error.

«¿Por qué le estoy exigiendo que piense en mí? No tenemos nada serio», me reprocho, desviando la mirada hacia la pista.

Él lo ha pillado, es bobito y gracioso, pero no tonto. Lo he notado en cómo se le ha iluminado la expresión y claro, cómo no, mis emociones terriblemente inestables estallan en cosquillas en mi estómago como respuesta.

—Se parece a la mía —me responde y mi cuello vuelve a girarse en su dirección.

Muestra una sonrisa, esa tan bonita que muero por besar más que nada a estas alturas de la tarde. No debo hacerlo, Sergio podría vernos y, además, hay padres del cole con los que hemos coincidido. Sería algo muy incómodo y paso de más marrones de momento.

—¿Es igual de mandona?

Niega con la cabeza y me echa un ligero vistazo antes de volver a la ferviente vigilancia de mi hijo.

—Tu madre no es mandona, es protectora. No te ha prohibido nada, que yo sepa.

Resoplo. Le ha hecho un interrogatorio a puerta cerrada del que cualquier hombre saldría corriendo y la está defendiendo. Lo mejor es que me gusta, a pesar de que me fastidie.

—¿Cómo es la tuya?

—Peor —dice, pero esta vez con una sonrisa tierna.

Me giro hacia él, intrigada.

—¿Peor cómo?

—Mi madre no manda, gobierna. Tiene reglas para todo: cómo se pone la mesa, cómo debes de vestirte, cómo se habla en público, cómo se mira a alguien sin parecer un descarado.

—Y tú saliste un golfo.

—Porque me enseñó bien —responde, guiñándome un ojo y provocándome una arritmia—. Me enseñó a sobrevivir.

Me río ante su arrogancia. Hay algo en su forma de hablar de ella que me desarma. No hay rencor, sino cariño.

—La echas de menos.

—Mucho. Y no solo a ella, también al ruido de casa, a sus discusiones con mi padre por tonterías, su tortilla de patatas…

«Las discusiones con mi padre…», me digo, y la añoranza amenaza con invadirme. Trago saliva y cojo fuerzas para seguir la conversación en plan bromista.

—Uff, la tortilla de mamá, eso es insuperable.

Desvía la vista al fin de algún lugar perdido fuera de mi alcance y vuelve su atención hacia mí. Por un instante, sus ojos se clavan en mis labios, y noto que muere por besarme. Los entreabro de forma instintiva, pero se contiene, me contengo, nos contenemos... Me ruborizo ante su expresión sobrada y acompañada de un gruñido.

—A la tuya le gusta el vino.

—¿Cómo lo…?

—Compartimos aficiones. ¿Tanto te sorprende? Ah, y me ha invitado a almorzar mañana con vosotros.

—Creí que te había hecho un tercer grado y no querrías volver.

—Pues ya ves que somos amigos.

Me deja boquiabierta y voy a preguntarle por eso cuando Sergio pasa por delante y lo invita a patinar. Él no se lo piensa y sale a toda pastilla persiguiéndolo en plan depredador, aunque a mí me parezca más el Oso Yogui en una de sus bobadas.

Sé que miente, es imposible que en tan poco tiempo hayan intimado. Pero ¿almorzar? Eso sí que no lo esperaba. ¿Debería alejarlo de nosotros lo antes posible? Hasta ahora, todos los hombres que he conocido después del padre de Sergio solo han deseado lo mismo, sexo y un adiós hasta siempre, en cambio, él sigue aquí. Todos se fueron el mismo día y él quiere almorzar con mi madre. Y mi hijo… No me ha invitado a mí a patinar, sino a este oso encantador. ¿Qué está ocurriendo aquí?

Voy a seguirlos a la pista, cuando me agarran por el brazo, deteniéndome. Al volverme, me encuentro con un hombre moreno y joven, lo reconozco como un padre del cole de Sergio, lo he visto alguna vez.

—Hola. ¿Cómo estás? Soy Juan, el padre de Emilio —dice, señalando a un niño que patina con otros, no con mi hijo—. Te he visto algunas mañanas, a la entrada de matinal.

No es feo, tampoco guapo, más bien atractivo, y muy directo por lo que veo.

—Ah, encantada. Yo soy…

—Candi, lo sé. Me lo contó mi hijo.

¿Emilio? ¿Desde cuándo los niños se interesan por los nombres de los padres de otros con los que no se relacionan?

—¿Están en la misma clase? —pregunto extrañada.

—No —responde frotándose la nuca. Sin embargo, no parece azorado por la sonrisa pícara que me dirige luego.

—Ah, lo siento, estoy un poco confundida…

—Te he visto acompañada. —Señala a Iván con la cabeza—. Pero me da que no es tu pareja, ¿me equivoco? —No le contesto porque estoy en *shock* y no quiero contestarle que lleva razón—. Soy padre soltero, como tú, y me preguntaba si… Me gustaría invitarte a un café alguna mañana.

En ese momento, alguien me coge de la cintura y me aprieta con posesión. Reconozco sus manos y su cuerpo amoldándose al mío perfectamente, y me inunda el alivio, demasiado pronto, diría yo.

—¿Todo bien? —pregunta Iván, con esa voz grave que usa cuando quiere marcar territorio sin parecerlo.

—Sí —respondo a secas, reprimiendo la satisfacción que me genera su cercanía.

Juan guarda silencio y me mira con una ceja levantada, evaluando quién es Iván para mí. Finalmente, le tiende la mano.

—Encantado.

Iván la estrecha sin entusiasmo.

—Igualmente.

El silencio nos envuelve mientras ambos se miden. Yo me siento la reina en esta partida de ajedrez improvisada. Inconscientemente, me pego a Iván, buscando refugio y Juan se percata.

—Bueno, no quiero interrumpir —añade, asumiendo que tres son multitud. Y sí, reconozco que uno sobra, y no es Iván—. Si algún día te apetece ese café, estaré por aquí.

Me guiña un ojo y se aleja con paso seguro, como el que ha sembrado una semilla para una futura cosecha.

Iván me mira serio.

—¿Te ha molestado?

—No —respondo con sinceridad—. En realidad, me ha desconcertado.

—¿Y te ha gustado? —añade sin rodeos.

Sigue serio. Esa pregunta no es inocente, significa más de lo que parece.

—¿Y si sí? —le espeto, desafiante.

—Entonces me toca esforzarme más —dice y me besa en la sien, justo cuando Sergio se acerca corriendo con los patines en la mano.

He mojado mis bragas con su beso. El muy capullo me ha provocado una descarga directa a mi botoncito extrasensible. Respiro hondo y cambio de tema rápido.

—¿Te has cansado ya?

—¡No! Pero necesito ir al baño.

—Pues vamos.

Voy tras él con Iván siguiéndome de cerca, no se aparta de mí, solo le falta mearme al pasar junto a Juan. Luego, vuelve a cogerme de la cintura mientras andamos, pero de forma más relajada. Sigo desconcertada, aunque a Sergio no parece importarle. ¿Será que lo ha aceptado como algo más que un amigo? Me da miedo pensar, pues yo todavía estoy confusa y lo que más me aterra es que Iván ha empezado a remover algo dentro de mí. Parece haber firmado un contrato de alquiler justo al lado de mi corazón, por cómo late de fuerte cuando estoy con él.

—¿Te suelen abordar así? —pregunta en voz baja cerca de mi oído y haciendo que mis piernas se vuelvan débiles como la gelatina.

—¿Así cómo?

—Con invitaciones a café en medio de una tarde de patinaje infantil.

—No —respondo—. Pero últimamente parece que tengo un cartel luminoso en la frente.

—¿Y qué dice ese cartel?

—Disponible, pero confundida. —Me sale sin pensar y me arrepiento. No por él, sino por mí, porque es lo que siento.

Él se ríe con una ternura que me derrite.

—Pues yo creía haber leído «No disponible para idiotas». —Me mira de reojo—. Aunque igual soy uno de esos y no me entero.

Río como siempre con sus ocurrencias.

—No, eres el bobo con quien me apetece follar hasta el agotamiento.

Me aprieta contra él, aunque se retracta al ver que Sergio nos mira un instante desde delante. Parece que no, sin embargo, está muy pendiente de nosotros.

—¿Y el café? —pregunta como si fuera broma, pero creo que no lo es.

—¿Qué pasa con el café? —respondo sorprendida.

—¿Lo vas a aceptar?

—No lo sé —titubeo picarona. Me apetece provocarlo.

—¿Y si yo te invito primero?

Al mirarlo, no veo posesión en su mirada, sino un miedo disfrazado. Y eso, me gusta más que cualquier gesto bravucón. ¿Es verdad que quiere conocerme además de follarme sin descanso? Todavía no soy capaz de asimilarlo.

—Depende.

—¿De qué?

—De si me dejas elegir sitio. Y de si hay croissants con nocilla.

—Si no tienen nocilla, yo la llevo —dice en mi oído y me muerde el lóbulo de la oreja.

¡Otra descarga clitoriana! Me carcajeo como una tonta y despierta mi deseo. Estoy sonrojada, me arden las orejas y otras partes de mi cuerpo que es mejor que estén tapadas. Lo percibe, por cómo me mira y se pega más a mí. Dios, somos insaciables. Y sea lo que sea que traiga en consecuencia, firmo este café-contrato con croissants de nocilla imaginario.

—Hecho.

CAPÍTULO 23

Iván

Jamás he sido posesivo, y me asusta sentirme así. Ella no es cualquier mujer, es… *mi* Candi. ¿Ves? Otra vez estoy siendo posesivo sin darme cuenta.

Tras este primer día post orgásmico. Sigo queriendo más, meterme dentro de ella a cada segundo, arrasar su boca y sentir que estoy vivo, pues es eso mismo a lo que me he hecho adicto. Cuando me mira con admiración me transformo en un puto héroe mundial como Superman, Capitán América o Don Quijote. Todos juntos, incluso.

No me importa lo «dura» que sea su madre, ni los obstáculos que vengan, solo quiero formar parte de su vida.

Es la primera vez que sufro esta incertidumbre. Antes, si una mujer no quería seguir viéndome, simplemente borraba su teléfono de mi lista de contactos. Con ella, tengo en mi memoria grabado a fuego su número como si este desvelara dónde se encuentra el Arca Perdida. Todo ha pasado a un segundo plano y mi prioridad es hacerla feliz, sobre todo.

Echo una mirada por encima del hombro al papi levanta-novias. Está babeándole a otra chica en la penúltima grada y desplegando sus dotes de ligón barato. Invitarla a un café, decía el muy sobrado. *Mi* Candi se merece mucho más… aunque se conforme con unos croissants con nocilla.

Mientras Sergio ha entrado al baño, nos hemos dado un lote de besos en el pasillo que ha hecho peligrar el hielo de las pistas de

patinaje. No sabía que los necesitaba tanto hasta que me he fundido con su lengua. Estoy seguro de que ella tampoco, por el trabajo que le ha costado despegarse de mis brazos.

Tenemos nuestros dedos entrelazados y yo los beso de vez en cuando, como en una película ñoña navideña. Las cosquillas en mi estómago se han mudado mucho más arriba, cerca de mi pecho, y danzan a sus anchas cada vez que me pestañea con coquetería. Ha surgido un vínculo entre ambos, algo que no deseo nombrar todavía por temor a que sea verdad.

—Será mejor que nos vayamos. Sergio tiene que ducharse y acostarse pronto. Mañana va a matinal.

—Yo podría llevarlo al cole, no me importa. Así no tendrá que levantarse tan temprano.

—¿Estás loco? —Me mira atónita, como si acabara de confesarle que colecciono chapas de Britney Spears desde pequeño, cosa de lo que me siento orgulloso.

—Bueno, un poco siempre lo he estado, pero desde que te conozco tengo que confesar que lo estoy mucho, de remate, nivel: me planteo aprender a tocar el ukelele para impresionarte con una serenata —le digo y le aprieto su mano con dramatismo.

Ella dirige su atención a esta unos segundos, luego resopla.

—No es buena idea.

—¿Por? Me llevo bien con él, no creo que ponga pegas.

—Eso no es un problema. —Retira su mano y me rehúye haciendo que mi corazón sufra una degeneración irreversible—. No es tu obligación, sino la mía.

—Ya lo sabemos, pero de verdad que no me pesa. Me viene bien levantarme a esa hora para ponerme luego a fondo con mi proyecto.

—¿Qué proyecto? —pregunta, rápidamente, y me encanta que tenga curiosidad por mis cosas—. Perdona, no quería ser cotilla.

—Trabajo en un prototipo único de simulación aérea. Soy programador informático, y de los buenos —señalo.

—Ostras, por eso tienes ese pedazo de ordenador que ocupa medio salón. Entre el árbol y el escritorio casi no dejaste espacio para vivir en él. Al verlo pensé que tu piso era la versión navideña de Matrix.

Me río a carcajadas, pues lleva razón.

—Es cierto que mi árbol parece competir con la Torre Eiffel. En realidad, me tocó en un sorteo del centro comercial donde trabajo. Lloré de alegría, como un niño. Luego me encontré con el problema de que vivo en un minipiso —digo, encogiéndome de hombros.

Ella también ríe y agrega, pensativa:

—Resulta que eres un soñador de altos vuelos, como Papá Noel.

—Se podría decir que sí —respondo, encadenando su sonrisa con otra mía.

Si esto fuera una película imagino que sería el momento en que sonaría la banda sonora principal con fuegos artificiales de fondo.

—¿Cómo acabaste viviendo aquí? ¿Por qué no te quedaste en tu pueblo? Digo yo que es un trabajo que puede hacerse desde casa mientras haya wifi.

—En mi pueblo no tengo a nadie quien me espere —digo con sequedad.

No me apetece ahondar más en ello. No sé qué pensaría si se enterara de mi fama de mujeriego consolidada. Aunque ahora sea más bien un romántico en rehabilitación.

—Tienes a tus padres, tendrás a tus amigos…

—Necesitaba cambiar de aires. —¿Cómo puedo desviar el tema? Pagando con la misma moneda—. ¿Y tú? ¿Por qué te mudaste a este barrio? Vivías en plena ciudad, según me contó Álvaro.

Se lo piensa antes de contestarme. No le ha gustado este último cambio de tercio y sé que le cuesta abrirse. Pero, al fin, cede.

—Estaba opositando y… mi padre murió por un accidente laboral que le provocó una embolia pulmonar en casa. —Así, sin anestesia me lo suelta. Sufre, lo noto en su voz quebrada. Vuelvo a buscar su

mano y la retengo con fuerza entre las mías. Candi me sonríe, complacida, y yo me vuelvo líquido—. Mi madre cayó en una depresión profunda. Su psicólogo me recomendó alejarla de nuestro entorno, pues allí solo hacía retroceder en su recuperación. Entonces, aprobé las oposiciones y me asignaron una plaza de trabajo aquí. Decidí alquilar una casa unos meses y traérmelos a todos conmigo para probar, y comprobé con alivio que su ánimo mejoraba. El cambio le vino superbién, tal y como predijo su médico. Al final, vendí el piso donde vivíamos desde siempre y con parte de la indemnización de mi padre, compré la casa. Fin, aquí estamos.

El silencio nos envuelve, como el luto de esa revelación tan triste. No sé bien qué decir, solo quiero aliviar su peso y comprenderla.

—Ha debido ser muy duro.

—Sigue siéndolo, Iván.

Su voz es apenas un susurro, pesada como una losa. Me atraviesa y me deja sin aire. No puedo reparar lo que ha vivido, pero puedo convertirme en su refugio. Quiero serlo.

—Entiendo —afirmo, sincero, posando un beso en el dorso de su mano.

Paso mi brazo por encima de sus hombros y la acerco a mí. Ella se acurruca y apoya su rostro sobre mi pecho. Su otra mano rodea mi cintura con tal cariño que me desarma. Me acepta, me deja cargar con su dolor y me convierte en el hombre más feliz de este recinto, aunque nazca de forma tan triste.

Sé que su herida es profunda, ha pasado por mucho y quiero salvarla de sí misma, de sus miedos, de esa pena que se cuela por las rendijas cuando nadie la ve.

—Candi —susurro, acariciando su cabello—, no tienes que cargar con todo tú sola. No más.

Ella no me responde en un principio, luego su respiración se vuelve más pausada y confiada.

—A veces me siento culpable por estar bien —dice, partiéndome en dos.

—Tu padre querría verte feliz. No hay mayor homenaje que seguir adelante con amor.

Entonces, ella levanta su cara hacia mí con extrañeza.

—¿Quién demonios eres tú, Iván?

Le sonrío, divertido.

—Si me dejas, puedo ser tu psicólogo de guardia. No tengo título, pero tengo café, nocilla, abrazos y un repertorio de chistes malos que podrían hacer llorar a mis vecinos si me lo propongo.

Ella se ríe con el brillo de la emoción en sus ojos.

—¿Y a Laura? ¿A ella también la harás llorar con tus chistes?

Yo la imito, contagiado por su risa. Es tan bonita que debería de ser expuesta en un museo audiovisual.

—A ella le tengo reservado tus mejores gritos de placer, especialmente —le confío con mi voz de actor más irresistible.

Entonces, unas campanillas comienzan a sonar de fondo mientras nos miramos con un deseo febril que nos roba el aliento. Sin pensarlo, nuestras bocas colisionan en un beso tan apasionado y largo que nos deja temblorosos, a nosotros y al grupo de chavales que nos hacen vítores desde las gradas traseras.

Cuando volvemos a la realidad, pues hemos viajado a la luna, oímos una voz familiar que nos delata:

—¡Lo sabía! ¡Sois novios!

CAPÍTULO 24

Candi

—¿Os vais a casar? —pregunta Sergio con cara esperanzada.

Iván ha huido con la excusa de ir al baño y me ha dejado con este mochuelo sabelotodo, haciéndome un interrogatorio más duro que el de su abuela Adelaida.

—¿Por qué me preguntas eso, cariño? —respondo, cada vez más nerviosa.

—Pues porque os habéis besado. ¿No hacen eso los novios y luego se casan?

Escucho una risa detrás y sobre mi hombro compruebo que no es otro que Juan o, mejor dicho, Don Juan Tenorio. Está disfrutando de lo lindo, el muy cabroncete.

—Bueno, es pronto para eso. Estamos conociéndonos, Sergio.

Frunce el ceño, como si estuviera resolviendo un problema de matemáticas. Se rasca la cabeza con su manita regordeta.

—¿Y cuánto tiempo se tarda en conocerse? —Juan se atraganta de la risa y yo le lanzo una mirada fulminante que si fuera láser lo hubiera dejado calvo—. Porque si ya os habéis besado, os gustáis y vais al cine juntos… ¿no falta solo la boda y tener churumbeles?

—¿Churumbeles? —repito entre una mezcla de carcajadas y sudores fríos—. ¿Dónde has oído esa palabra?

—La abuela Adelaida dice que cuando dos personas se quieren mucho, tienen churumbeles y luego se pelean por quién lava los

platos.

Estoy por pedir asilo político en el cuarto de baño junto a Iván cuando Juan interviene.

—Sergio. —Lo llama y le indica con la mano que se acerque a él. Este le obedece, dando un paso al frente y situándose a mi lado, de rodillas sobre el asiento. Juan sigue con su aclaración en un tono para que solo nosotros podamos oírlo. Yo le enseño el puño preparado para estampárselo en la nariz—. Creo que es pronto para todo eso. Pero por el beso que se han dado, te seguro que se caen muy bien y ese es un buen principio, ¿no crees?

Él sonríe asintiendo con la cabeza, luego me mira y me da un abrazo. Corre con los patines en la mano, liando una buena y entonando la canción de *Campeones*. Por suerte, es totalmente ajeno a la cara de estúpida que se me ha quedado, cosa que no lo es para el recientemente bautizado por mi como «el increíble Juan».

—Gracias —musito, poniéndome de pie y advirtiendo con la cabeza a Sergio de que es la hora de irnos—. Me has salvado de una buena. ¿Cómo has sabido qué responderle?

—La experiencia, Candi. No me quedo en casa llorando y suelo ser yo quien busca el amor. —Pone los ojos en blanco ante mi cara de circunstancia y prosigue—. Bueno, también ayuda que Emilio ya haya pasado por esta misma situación muchas veces.

Me carcajeo, pues es un verdadero caradura.

—Tendré en cuenta ese café si Iván y yo no tenemos churumbeles pronto.

—Vale, pero si os casáis, quiero ser el que lleve los anillos.

—Me retracto en lo dicho. ¡Adiós! —Le hago un gesto con la mano de «eres imposible y yo no soy Tom Cruise» y me alejo de allí con Sergio siguiéndome a corta distancia.

—Y que haya tarta de chocolate. ¡Mucha! —Oigo gritar a Juan, al encontrarme a Iván de repente.

—¿Qué dice ese imbécil otra vez?

—Ni caso.

Le agarro de la barbilla para que me mire a mí y le planto un tímido beso delante de todos, incluido mi hijo. A Iván casi se le salen los ojos de las órbitas y yo le ofrezco mi mano a Sergio, que la acepta muy contento, pero un poco avergonzado por esa nueva muestra de cariño con mi novio. ¿Mi novio? ¿Somos novios? Me anoto mentalmente preguntárselo a Iván en cuanto estemos solos.

De vuelta, hemos ido cogidos de la mano. Hemos bromeado, conversado, cantado con Sergio las canciones que han salido en la radio. Esta situación me parece tan inverosímil que llego a creer que me encuentro realmente dentro de un libro de Stephen King.

Sergio ha entrado a la casa. Estamos solos, uno enfrente del otro. Él apoyado sobre su coche y yo a un palmo de su cuerpo. Me coge de la mano y la besa dulcemente. Al fin toca separarnos, él irá a su casa y yo a la mía, como debe ser entre adultos que acaban de conocerse.

—Voy a echarte de menos.

—Es absurdo, pero yo también —le digo en modo automático. Luego, tira de mí y caigo sobre su fuerte y enorme torso. Me abraza y me aprieta contra él. Jadeo extasiada—. No deberíamos hacer esto aquí. Podrían vernos y…

—Si lo dices por tu madre, somos grandes amigos y mañana me encargaré de convertirme en su yerno preferido —dice con una enorme sonrisa vanidosa.

—Eres tonto. —Me río, pues es tan agotador como un niño.

Él asiente y me besa por fin. Nuestras lenguas se encuentran, se reconocen con confianza y se abrazan como buenos amantes durante… no sé cuánto tiempo ha pasado, ¿horas? ¿semanas? ¿años? Me deja seca, pero yo lo dejo peor. Su bulto en los pantalones contra mi estómago es tan grande que creo me va a provocar una úlcera. Entonces, me levanta del trasero y lo coloca justo entre mis piernas, contra mi vagina, que late ya hace rato por

él. Siento vértigo y respiro con fuerza, como él también lo hace. El muy cobarde esconde su cabeza en mi cuello.

—Te necesito —susurra dándome un pequeño mordisco entre mi cuello y hombro y asciende poco a poco hasta el lóbulo de mi oreja.

—Tengo que volver a casa, Iván. —Mi voz suena igual que un gemido doloroso. Jadeo, pues tengo la carne de gallina, esperando sus caricias imposibles.

—Vente conmigo, te traeré de vuelta más tarde —dice sin parar de repartir besos por mi rostro.

—No. Sabes que eso no ocurrirá… ¿Iván? —Él detiene su excitante incursión hacia mi escote y levanta la cabeza, extrañado ante mi tono dudoso. Cojo aire y suelto la seta—. ¿Quieres ser realmente mi pareja? —No contesta, ni parpadea, y me pongo muy nerviosa—. Quiero decir… Ser algo más, una relación con ciertos derechos…

—¿Novios? —pregunta mirándome con ojos entrecerrados y ladeando la cabeza. Sé que esa luz de la farola, aunque dorada, no disimula que parezco un semáforo. No le contesto, solo quiero desaparecer—. ¿Acaso lo dudas? Desde que te conozco no puedo pensar en otra cosa que no seas tú, preciosa. Estás los 84600 segundos que tiene un día volviendo locas a mis neuronas y a otra parte que ya conoces bastante bien. Voy a casarme contigo, muchacha.

—Te estás riendo de mí —digo, aterrada.

—Lo estoy. —Suelta unas grandes carcajadas que me hacen rebotar contra su pecho al que me aferro como si fuera a desaparecer en cualquier momento—. Pero solo con esto último, lo demás es completamente cierto.

Le planto otro beso largo que parece habernos centrifugado el cerebro y me separo al fin de él. Necesito espacio, sentir el frío entre los dos para espabilar. Él parpadea y gruñe.

—Estaré aquí a las ocho y media para llevar a Sergio al cole.

Sonrío, pues no se le ha olvidado y parece una tontería, pero significa mucho para mí. Me alejo a paso lento, luchando por no volverme. Siento su mirada penetrarme y no puedo evitar desear que lo haga también con su martillo, que sé que lo tiene más que preparado.

JODER.

—¿Estarás en casa por la mañana? —grito, sin poder contenerme. Deseo de alguna forma seguir sabiendo que está ahí.

—¿Vendrás? —responde, provocador.

Doy dos pasos más.

—¿Estarás?

Dos pasos más.

—Puede. ¿Vendrás?

Cinco pasos más.

—Puede, miraré si tienes correo.

Me vuelvo y le lanzo un beso al aire. Él está en el mismo lugar, tal y como lo dejé. No se mueve, espera que desaparezca, tal vez como si fuera un personaje de fantasía de alguno de sus cómics. Entro al fin en la casa y me apoyo contra la puerta. Suspiro, luego sonrío.

De repente, unos pasos en el pasillo delante de mí llaman mi atención. Hay poca luz, pero sé que es mi madre, su aroma a jazmín es inconfundible.

—¿Todo bien?

—Sí, mamá —suelto, soñadora—. Tenías razón, es buen muchacho.

—Te lo dije, tengo ojo crítico para los hombres, como aquella otra vez.

—No volveré a dudar de tu juicio.

—No soy una pitonisa, cariño, pero de algo sirve la experiencia. Tú todavía eres una niña a mis ojos.

—¿He tenido un hijo y todavía me ves como una cría?

—Lo eres, sin embargo, comienzas a madurar. Tu padre estaría muy orgulloso de ti, cariño mío. —Retengo el aire, no quiero romper este instante ni siquiera con el mínimo sonido. Esto es importante, pero efímero—. Ven, te acompaño a tu cuarto. Vamos, cuéntame qué hicieron hoy.

Me acerco a ella y la abrazo de la cintura. Sin prisa, le voy relatando cada momento que he pasado con Iván y Sergio en la pista. Ella asiente y sonríe, al final arranca en carcajadas cuando le cuento el momento en que hemos sido pillados por Sergio dándonos el lote. Seguimos riendo, un buen rato. Incluso a solas en mi cama, no puedo borrar la sonrisa boba de mi cara.

De pronto, el sonido de un mensaje en mi móvil me hace saltar.

Iván, El Terrible:

Te echo de menos.

Gimo, porque yo también.

Candi:

Yo no.
Pero seguro que soñaré contigo, Madelman.

CAPÍTULO 25

Iván

Novios… ¡Tengo NOVIA! ¿Cuándo fue la última vez que tuve una? Bueno, más bien fueron varias a la vez.

«Esas no eran novias, cenutrio», me recalco, volviendo a recordar la imagen de una Candi desenfadada frente a su casa. La hubiera tomado allí mismo como un pirata, pero… *nop*, es mi *novia* formal. Necesito escribirlo en un papel y dárselo para que lo firme, como un contrato de alquiler, permanente, para siempre…

¿Para siempre siendo novios? Uff, eso me da un poco de vértigo. Nunca he compartido mi día a día con nadie más que con mis padres y hermanos. Candi es una desconocida todavía e incluye un pack especial de bienvenida… Pero todos me encantan, bueno, su madre me cae… simplemente, me cae. Después de unos vinos, volveré aquí a contar mis experiencias postraumáticas como yerno.

«Divertido ¿verdad? ¡Y una mierda!», pienso, levantando en el aire mi dedo corazón con un lazo imaginario. «Sí, os lo dedico especialmente a los que tenéis una sonrisita asomando en vuestras comisuras en este mismo momento».

Miro el mensaje del móvil otra vez: Seguro que soñaré contigo, Madelman.

Suspiro y me oigo en *Dolby Sound Round*.

¡Wow! Ha sido arrebatador. Esta Candi me tiene empalmado a todas horas. No me hace falta verla para parecer un semental fabricante de bebitos. JODER.

Comienza mi calvario al intentar quitármela de la cabeza para coger el sueño y claro, influido con todo lo vivido en las últimas horas, tengo una horrible pesadilla que me despierta en plena noche, sudoroso.

He soñado que el Madelman no llega a tiempo y Sergio, que en el sueño soy yo en realidad, está muy desilusionado. Luego, abre el paquete que está bajo el árbol y resultan ser un montón de cartas… Cartas de Isabel. De Isabel. ISABEL.

Son las cinco de la mañana, no podré conciliar el sueño, estoy seguro. En mi cabeza flota esa imagen del paquete bajo el árbol, esas cartas y esa amiga de diez años que tanto quise.

La ducha tampoco me calma la angustia, aunque recordar las veces que lo he hecho con Candi en ella me ayuda a aliviar mi frustración de no poder tomarla. Salgo al salón a preparar café, evitando mirar el paquete que parece brillar, debido a la atracción que ejerce sobre mí. Enchufo las luces del árbol con una taza en la mano y me siento en mi escritorio. Lo observo, embelesado. Ese tintineo cegador en semioscuridad es hipnótico. Me encanta quedarme así, desde pequeño, solo que antes me tomaba un Cola Cao.

Pienso en la Nochebuena y en la mesa repleta de manjares que mi madre y mis tíos prepararán para la ocasión. Lo pasaremos bien entre risas, chistes, tirones de orejas, algún que otro trapo sucio de la infancia. Estos últimos siempre salen a relucir, son unos morbosos. Y me corrijo, no suelen ser pocos y se aseguran de ponerte rojo como una amapola.

Entonces me imagino esa misma noche en casa de Candi y toda mi alegría se esfuma en un santiamén. No quiero que sufra y me da que va a ser un momento muy duro para todos. Si los demás sufren, ella lo hace más. Así es mi Candi, empática por naturaleza, un hada protectora.

«¿Y si los invito a cenar con mi familia?».

Esa idea crece y ya casi se me sale por los poros cuando toco a la puerta de Candi para recoger a Sergio. Ella me recibe con un beso tan apasionado que lo olvido, luego se va a trabajar. Cuando la pierdo de vista sigue martilleándome.

—¿Qué te ocurre, Iván? Hoy estás muy serio. ¿Te preocupa algo?

Miro a ese mini Candi con extrañeza y me infunde una ternura que me embriaga. Sus ojos son igualitos que los de su madre y su demostración de incipiente madurez en ese cuerpo de niño, me hace gracia.

—No, Sergio, es solo que no dormí lo suficiente. ¿Sabes? Escucho a la vecina de arriba roncar tanto que a veces parece que juega a Jumanji en vez de dormir.

—¿Jumanji? ¿Qué juego es ese? —pregunta entre curioso y divertido.

—Uno donde todo se vuelve salvaje. Como si la casa se llenara de monos y rinocerontes —respondo y con una sonrisa pícara continúo ante su asombro—. Así suena ella, como si estuviera escapando de una estampida.

Sergio se ríe, luego, se queda en silencio, observándome con profundidad.

—Iván, quiero jugar a Jumanji. Podrías mudarte a casa y ser mi compañero de juegos. ¿Quieres?

Mi cerebro acaba de sufrir un cortocircuito, además, creo que un Jumanji ha despertado en mi pecho. ¿Cómo puede ser este niño tan entrañable?

«Claro, tiene una madre que es la diosa de la ternura disfrazada de terremoto, capaz de convertir cualquier gesto en inolvidable», me respondo con emoción mientras Sergio con su mirada parece pedirme permiso para quedarse en mi vida.

—Sergio, tú y yo… ya somos equipo. Jugaré contigo a lo que quieras, siempre que me lo pidas.

Él sonríe, después me abraza, complacido. Y sí, señoras, este niño ha despertado un Jumanji en mi interior, pero no de rinocerontes, sino de osos amorosos que lanzan corazones y arcoíris de ternura. Siento realmente que hemos consolidado ese equipo de cariño que, sin saberlo, ambos necesitábamos.

Lo dejo en el cole y se despide con una sonrisa que me deja ese regusto dulce, casi fraternal. De vuelta, comienza de nuevo mi calvario personal: Deseo celebrar la Nochebuena con ellos… Y sigue martilleándome con constancia hasta que vuelvo con la botella de vino especialmente para mi suegra al mediodía.

Soy bien recibido por Álvaro y, mejor de lo que esperaba, por Adelaida, quien aplaude cuando ve el vino.

«Ayyy, qué fácil ha sido comprar al diablo… ¡ni ha regateado ni ha pedido alma de garantía! De momento».

Estamos solos, todavía Candi no ha llegado con Sergio, así que me voy al salón a charlar con Álvaro. Luego, este me hace subir a su habitación para enseñarme sus maquillajes. Está muy emocionado, pues ha pasado con sobresaliente la prueba final del curso y encima le han ofrecido trabajo de maquillador en un corto que se rodará en unos meses allí mismo. Es divertido hablar con él, ya que compartimos aficiones, a pesar de que seamos de diferentes generaciones. Entre frikis no hay distinciones ni prejuicios, eso irá con nosotros a la tumba.

—Necesito ir al baño, colega.

—Está al fondo del pasillo —me dice sin apartar la vista del maniquí de un vampiro que ha sacado de su armario.

—Ahora vengo.

Salgo al corredor y avanzo hasta el final, pero me detengo involuntariamente en una habitación con la puerta abierta justo antes de llegar al baño.

«Es su olor», pienso, respirando el aire con su fragancia dulce que tanto la personifica.

Como una polilla a la luz, me acerco a la abertura y me adentro. Es su cuarto. Me invade la emoción, es como entrar en un templo y me siento un Indiana Jones en busca de tesoros prohibidos. Y ahora que lo pienso, Candi podría acusarme de saqueador al verme allí. La culpa me corroe… ¿Soy un saqueador? Solo quiero conocerla, echar un vistazo a su intimidad, conocer sus secretos más recónditos… Borro el pensamiento rápido, Indiana no robaba, exploraba como buen arqueólogo, y eso es lo que voy a hacer.

La luz entra por la ventana y baña la habitación en un tono cálido. Todo está ordenado, pero no demasiado. Es ese tipo de orden que muestra a alguien que tiene la vida más o menos bajo control, pero que olvida la taza de café en la mesilla de vez en cuando.

La colcha de color lavanda crea un ambiente sosegado y unos cojines con forma de aguacate con ojos, un corazón con sonrisa y un unicornio peludo, me hacen sonreír. Así es ella, lo mismo es romántica como divertida. En la pared hay cuadros de flores y gatos. Creía que era del *team* perros. No sabía que le gustaban también los gatos, como tantas cosas que tengo que aprender todavía de ella.

Me acerco al escritorio blanco con espejo estilo rococó y me fijo en unas polaroids que ha pegado en él. En una la veo abrazando a su padre, como en la otra que vi ayer de ellos. Debieron estar muy unidos por cómo siempre le expresa su amor con tanto cariño.

«Yo le daré todo el que le falte, intentando no ser empalagoso, claro. Pero sí, le daré todo lo que tengo dentro guardado por muchos años solo para ella», me digo, ensimismado en la siguiente fotografía de un gato blanco.

«Definitivamente, deben gustarle. Quizás ha cuidado alguno en un pasado».

Sin entenderlo, recuerdo que Isabel, mi amiga, tenía uno parecido. Sigo en mis cavilaciones cuando me encuentro con la cara de Sergio en versión bebé haciendo una pompita con la boca. Una sonrisa se me dibuja sola.

Su hijo es noble y muy divertido, y me ha acogido sin una pizca de desconfianza. ¿Qué le figuraré yo? Nos queda mucho que compartir. ¿Sufrirá la carencia paterna? ¿Lo conocería? Me da que no y que ella lo ha criado sola con sus padres. Puede que sea por eso por lo que me haya aceptado con tanta facilidad.

Desciendo la mirada al otro lado del espejo y veo las estampitas que le regalé de *Candy Candy*, pero es entonces que quedo petrificado. Una foto acaba de paralizar mi mundo y ha hecho que nada exista a mi alrededor. Es Isabel… junto a Candi con un gatito blanco en brazos.

Bajo la vista a la mesa y encuentro un tarrito de cristal de purpurina rosa, un rotulador dorado y pegatinas navideñas. Lo que me tiene más nervioso son las palabras que están escritas en una hoja de carta verjurada: *Querida primita.*

Ahora no tengo dudas, ¿Isabel es su prima?

Sigo leyendo:

Querida primita, al fin te escribo, como siempre en estas fechas. Tengo que contarte muchas cosas que han sucedido en solo unos pocos días, han sido muy intensos, te lo aseguro. Síííí, no me enrollo, se llama Iván. ¿Casualidad? Quizás, pero eso se lo dejamos resolver a Iker Jiménez y a su mujer, ¿no te parece? Lo que me interesa contarte es que lo he conocido y me trae de cabeza. Al principio quería matarlo, tan chulito y friki, aunque luego, todo ha cambiado. Es un tintontín. (♥‿♥) *Vale, sé que lo estoy llamando con mi apodo especial para personas entrañables, como también soy consciente de que me ilusiono demasiado rápido, pero te aseguro que es diferente al padre de Sergio. Me prometí no cometer un error igual, y mira, gracias también a ello tengo a mi hijo, que es lo mejor que he hecho en mi vida. Él es mi única motivación para seguir.*

Creo que Iván no se irá. No puedo expresar todavía en palabras esto que siento.

De pronto, unos golpecitos en el cristal de la ventana interrumpen mi lectura, aunque no parece haber escrito más. Le doy la vuelta a la hoja y está vacía. Los golpes siguen, incansables, y me acerco a ver qué demonios es.

El pajarito, otra vez. Un escalofrío me recorre, me debilita al descubrirlo.

«¡Me cago en todo!».

Estoy muerto de miedo, pues no sé qué pensar de esto que acabo de descubrir. Encima tengo a este pajarito acosador picoteando… y yo solo pienso en Cuarto Milenio y su equipo paranormal. Un movimiento en la calle llama mi atención por detrás de este y veo que es Sergio corriendo hacia la casa, Candi lo sigue.

«Gracias después de todo, cabroncete».

Salgo por patas del dormitorio y me encierro en el baño. Me echo agua en la cara, necesito desliar mi cabeza de las emociones confusas que me asaltan o no seré capaz de disimular mi inquietud ante el extraño descubrimiento. Un montón de preguntas me avasallan: Isabel, ¿qué será de ella? ¿Será feliz? ¿Abrirá los regalos con sus hijos en Navidad?

—¿Iván? ¿Estás ahí?

La voz de Candi borra de un plumazo todas mis cavilaciones, regalándome una enorme sensación de alivio. La necesito para respirar. Salgo del baño y la encuentro delante de la puerta, mirándome con cara de preocupación.

—Hola, preciosa. He soñado contigo.

Ella me sonríe tan bonito que mi corazón comienza un concierto de percusión olímpica. Me echa los brazos al cuello y yo la aprieto contra mí. Tomo su boca como si mi vida dependiera de eso. La saboreo, me embriaga con su olor dulzón, me transporta a playas con palmeras paradisiacas y una hamaca *chill out* al fondo, muy mona. Abarco su culo respingón con mis manos y la estimulo contra mi polla, ya dispuesta a martillearla hasta altas horas de la madrugada. Gime, gimo...

—¡Mamáááá! ¡Iváááán!

«Mierda», reprimo la palabra, pues estoy ocupado chupando su cuello como si estuviera alimentándome de un néctar vital.

—¡Mierda! —me imita, pero con una fuerte exclamación—. Ya bajamos, cariño. Quédate ahí.

—Valeeee —responde su hijo desde la planta de abajo.

—Vamos, entra —me pide, empujándome dentro del baño—. Tenemos tiempo.

¡Coño! ¡Esto no me lo esperaba!

No le discuto. En menos de un segundo tengo la polla fuera y cargada. Ella se ha bajado también sus pantalones de trabajo y desabrochado la camisa enseñándome sus pechos tras un sujetador de fantasía rojo pasión.

Me empuja y caigo sentado sobre la tapa cerrada del váter. Enseguida, ella se sienta a horcajadas en mi regazo, sobre mi polla. Tengo su entrada empapada rozando mi glande. Tiemblo de contención.

—No hay tiempo para calentar, ¿estás preparado?

—Siempre lo estoy, nena. Vamos monta, te voy a dar el viaje de tu vida.

Y entro, anda que sí, entro en ese paraíso que ha sido asaltado por una amazona experimentada. Jadeo de placer con cada sacudida dentro de ella, lo estoy viendo todo de colores mientras me cabalga sin pausa.

—Oh, Dios. Estoy en el cielo, cariño.

—Dame, vamos.

Y la atraigo de las caderas con ímpetu. Se la meto tan fuerte que exhala, ronca. Luego sonríe y sigue su montura sin fin.

—Dame más, mucho más.

Definitivamente, me he convertido en su esclavo sexual. La levanto de las caderas y la coloco sobre el lavamanos, subiendo una

de sus piernas sobre mi hombro. Está tan abierta para mí que me relamo de gusto.

—Toma, cariño —le digo y la ensarto una y otra vez mientras le masajeo su botón de deseo.

Soy una bestia que ha perdido la cabeza. Ella se aferra al lavamanos con la cabeza hacia atrás, recibiéndome extasiada.

—Me voy —dice con desesperación susurrada—. No puedo más, Iván.

—Dámelo, nena —gruño entre jadeos.

La muerdo el cuello mientras se tensa y vibra entre fuertes temblores. Percibo su palpitación en mi polla, es la gloria bendita de las delicias. Su deleite me enorgullece tanto que me vacío, llenándola de mí. Desconecto. Gimo mientras arrojo mis últimos envites. Respiro. Vuelvo.

Ella me sonríe. Nos besamos. Sus labios son perfectos.

—Ahí van mínimo diez bebés —le digo con mi frente contra la suya y todavía dentro de ella.

—Me encantan tus bebés, los quiero todos —responde, jadeando.

Sonrío mientras sale de mí y la sujeto al percibir su debilidad, está tan exhausta como yo. Me limpio, y entonces, para mi nueva sorpresa, la veo desvestirse.

—¿Qué haces?

—Voy a ducharme, bajo en cinco minutos.

Me río, pues me hace gracia la seguridad extra que le aporta estar en su propia casa y cómo me deja solo ante el peligro… ¿Peligro? No, aquí nada es peligroso mientras esté cerca de ella.

CAPÍTULO 26

Candi

Jamás, repito, jamás de los jamases, he sentido este fuerte deseo por alguien. Me he vuelto loca al verlo, ¡lo he violado! Soy la reina de las salidas cuando estoy con él. Lo mejor es que mi yo astral me ha dejado tranquila, la muy cerda. Sigue todavía en el baño de arriba, despatarrada, e intentando recuperarse del polvazo que hemos echado en cinco minutos casi exactos.

Soy feliz de tenerlo aquí, en mi casa, junto a los míos. Me sonríe y yo… me mojo. Soy una fuente y nunca dejo de desearlo.

De pronto noto una mano en mi muslo y doy un respingo. Mi madre me mira inquisitiva, yo sonrío, inocente. ¿En serio creo que puedo engañarla? Esta sabe lo que hemos hecho arriba, y antes de que sucediera, lo presentía. El rojo amapola de mis mejillas me delata y aparto su mano de un tortazo.

Él me mira, extrañado.

—¿Qué sucede? ¿Te he molestado? —susurra en mi oído, mientras los demás conversan con Sergio.

—No puedes tocarme.

—¿Por?

—Me pones cachonda, joder.

Carraspea, nervioso. Se está riendo, valiente forma estúpida de disimularlo.

Se inclina hacia mí, su aliento tibio me roza la oreja.

—¿Y eso es malo? —pregunta sonriente.

Estúpido engreído. Yo solita tengo la culpa de eso, así que me toca apechugar.

—Aquí sí —respondo, apretando los labios para no dejar escapar la carcajada.

Mis ojos se desvían hacia mi madre, que sigue fingiendo interés en la conversación.

Él se aparta apenas, colocando su mano en la mesa. Sus dedos tamborilean, impacientes.

—¿Y si nos vamos? —murmura sin mirarme.

—¿A dónde?

—Donde no tengas que apartarme a tortazos.

Me muerdo el labio.

—Después del postre —le prometo.

Él asiente y me mira. Yo también lo miro. Nuestras miradas sellan ese pacto tan delirante del que los dos somos culpables.

—Está buenísimo, Adelaida —dice poniendo los ojos en blanco—. Tienes mano de artista. Hacía mucho que no saboreaba la comida casera.

Ella sonríe, complacida.

—Anda, échate un poco más de vino —le dice, ofreciéndole la botella que parece haber acaparado desde que está abierta—. ¿Y tus padres, no te mandan *tuppers*?

Él se carcajea mientras se llena la copa.

—Claro, voy a verlos una vez al mes y me traigo para llenar dos neveras. Con los temporales que estamos sufriendo llevo dos meses sin verlos. Pero este sábado lo haré al fin.

—¿Te vas a tu pueblo a celebrar la Nochebuena?

Él asiente mientras se mete otra cucharada en la boca y no se percata de la sombra que se ha cernido en la cara de mi madre.

¿Perdona? ¿Acaso quería invitarlo? La ha conquistado por todos los flancos. Siguen hablando mientras los observo. Definitivamente, este bobo es un rompecorazones y no solo yo voy a tener que sufrir su partida.

—Lo pasamos muy bien juntos. Somos unos veinticinco y liamos una… —De pronto se calla y se yergue en su silla—. Podríais celebrarlo con nosotros. Yo os llevaría, no hay problema, y por dormir allí, tampoco. Viven en un cortijo con muchas habitaciones vacías…

Y sigue hablando como una cotorra. Y, sin saberlo, se acaba de bautizar como el puto héroe de los yernos, ¡sí, señor!

—No, Iván —digo, cogiéndole la mano y apretándosela con cariño. La mira, sorprendido—. Te lo agradecemos mucho, pero no…

—¿Por qué no? Yo quiero ir. Nunca he estado en un *corjijo* y seguro que tienen árbol de Navidad. Nosotros todavía no lo hemos montado —me suelta Sergio, muy contrariado.

Estoy alucinando.

—Se dice cortijo y por el árbol, lo montaremos mañana, si te parece.

—Mañana tengo vóleibol. El martes tengo el cumple de Silvia, el miércoles otra vez vóley, el jueves hacemos el amigo invisible con merienda navideña en el cole.

Estoy saturada con tantos planes y tiene que notárseme, puesto que Iván me devuelve el apretón para tranquilizarme.

—¿Cuándo terminan las clases, Sergio? —pregunta este.

—El viernes ya no voy.

—Pues el viernes lo montamos juntos antes de irme —propone mi héroe nacional y el de todos los presentes.

—¿Lo prometes?

—Claro.

—¡Bien! —grita y se mete una gran cucharada de flan en la boca.

—Gracias —susurro en su oído y entrelazo sus dedos con los míos.

—¿Nos vamos? —responde con el mismo susurro, apenas audible.

—Sí —respondo, sin pensarlo.

Nos levantamos con excusas torpes: estamos cansados, Iván trabaja en pocas horas, fue un almuerzo estupendo, pero… Mi madre nos despide con una sonrisa que no nos engaña. Álvaro nos guiña desde su asiento. ¡Joooo! ¿Somos tan previsibles?

En la calle, el aire fresco me golpea en la cara recordándome que el mundo sigue girando, aunque yo solo piense en él y en su mano que me agarra como si no quisiera perderme.

—¿Vamos a mi piso?

Voy a responderle que lo llevo esperando toda la vida, cuando su móvil suena. Me guiña y responde.

—No puede ser. ¿Y no hay otro? No sé, me da igual lo que valga. —Se aparta a hablar lejos de mí, cosa que me extraña. Cuando se gira, su cara es todo un poema.

—Habla, me tienes en ascuas.

—Es el Madelman —susurra para que Sergio no lo escuche por si está cerca.

—¡No!

—No lo tendrá a tiempo.

—Mierda.

Acaba de resquebrajarse el suelo bajo mis pies.

—Que no cunda el pánico. Voy a conseguirlo, Candi. Moveré cielo y tierra si hace falta, te lo prometo.

—No. Ya hiciste mucho. Si no se puede, no se puede. Tendrá que aceptar que no se consigue todo.

—No se trata de eso, sino de la ilusión de la recompensa. Él lo ha hecho bien, Noel responde y tu niño no se volverá un golfo como yo.

Si no le llega su regalo… —Termina negando con la cabeza como si fuera a convertirse en un delincuente infantil.

Lo miro, incrédula. Es una tontería tremenda.

—¿Eres un golfo?

—Lo era, pero llevo unos años resarciéndome.

—¿Y a qué se debió? ¿A una mala experiencia navideña? —Me rio, es encantador.

Se rasca la cabeza y va a responderme, cuando se oyen unas campanillas. Nuestras miradas se cruzan, extrañadas.

—Esto es muy raro, ¿verdad?

Él asiente, pensativo.

—Será mejor que nos vayamos. Tengo que trabajar en unas horas y quiero hacerte muchas cosas antes, señorita curiosa y con la boca más talentosa que he conocido en mi vida.

—Uhh, eso suena bastante bien, señor león —contesto echando a andar delante de él y contoneando mis caderas tanto que estoy a punto de tropezar.

Él me agarra de la cintura y me pega a él.

—Lo siento, tendrás que cenar de pie esta noche.

Río a carcajadas y corro hasta su coche. Me apoyo a esperarlo mientras lo observo al detalle. Sus pectorales se marcan en su camiseta de los Goonies bajo el abrigo abierto y sus vaqueros anchos le dan un aire de malote que me calienta hasta el alma. ¡Está buenísimo ponga lo que se ponga! Es el programador informático más guapo que he conocido. ¿Antes estaba ciega? No, más bien, recelosa, herida, muerta en vida. Él ha puesto mi mundo patas arriba en solo unos pocos días y a mí también, claro, mientras me ensartaba como una brocheta en salsa. ¿Qué es esto? ¿Amor?

Aprovecha para darme un suave beso antes de abrirme la puerta como un caballero. Me gusta que sea tan detallista. Nadie lo había sido, y sí, ha debido ser un golfo, pues sabe cómo conquistarme y carbonizar mis bragas antes de tocarme.

—¿Y el Madelman?

—Mañana comenzaré la búsqueda. Ahora tenemos mejores cosas que hacer —responde con voz ronca, sentado al volante como si fuera el mismísimo James Bond.

Arranca el motor y me lleva a su guarida. Yo abro mis muslos.

CAPÍTULO 27

Iván

Ha pasado la semana como si fuera un día. Todas las mañanas he llevado a Sergio al cole, no me pesa y así alivio a mi *novia*. ¡Porque es mi NOVIA, señores!

Síií, ella es la única que ha considerado que conocerme más allá de mis músculos no es una pérdida de tiempo. Sé que no la merezco, pues me da que el padre de Sergio actuó, tal y como yo hacía con las chicas de mi pueblo. Pero, al parecer, la vida quiere darme una nueva oportunidad de ser feliz y creo que me ha tocado el Gordo de Navidad, que no es precisamente la lotería ni el barbudo de rojo. Es Candi, la mujer más increíble que existe en este planeta.

Mi misión de encontrar el regalo de Sergio está siendo imposible, no hay Maldelmans, se han extinguido de la faz de la Tierra o tal vez los alienígenas los han abducido para estudiarlos y mandarlos de vuelta cuando ya no los necesite. He recorrido tiendas físicas, online, foros exclusivos y solo me ha faltado ofrecerme como moneda de cambio en internet. Nada. Ni rastro.

Me duele y me va a doler más saber que se ha sentido desilusionado por no recibir lo que ha pedido. Y no me consuela nada eso de: no se puede tener todo en esta vida, Iván. Fue lo mismo que dijo Candi el otro día y también lo que escuché durante años el día de Navidad. Y, aunque tenga razón, el portazo a la ilusión será fuerte. Como si el deseo fuera una mera molestia y no una muestra de cariño.

Eso es lo que más me pesa. Que lo traten como un capricho tonto falto de madurez, pues sé que Sergio no es egoísta, y es su forma de decir «esto me haría feliz», de la misma forma que pidió montar el árbol navideño.

Y eso quiero hacer con él hoy, antes de conducir tres horas hasta casa de mis padres.

He subido al desván con Candi y Sergio en busca del árbol y los adornos. La estancia está un poco descuidada por el poco uso que se le da. Ella está revolviendo algunos bultos mientras Sergio y yo curioseamos a nuestro alrededor con fascinación.

—Vaya, no sabía que había tanta porquería aquí arriba —protesta Candi tirando de una bolsa grande.

—A mí no me parece porquería… ¡Mira, un parchís de edición limitada de Coca Cola!

Resopla, pero me mira divertida.

—Cógelo, voy a enseñarte quién es la crack del parchís en esta familia.

—Claro, hasta que he llegado yo. —Le guiño el ojo y ella se carcajea—. ¡Aquí está el árbol!

—¡Bien! —Sergio se acerca aplaudiendo.

—Déjame a mí, debe estar lleno de polvo —le digo, quitándole de las manos la bolsa grande que protege el arbolito.

—Polvo el que te voy a echar a ti cuando vengas de tu pueblo, guapetón —me susurra en el oído.

Gruño, frustrado por no poder hacer mis fantasías realidad en ese mismo momento y tener que pasar unos días sin verla.

—Eres mala.

—Muchísimo, no sabes cuánto. —Se ríe y suelto el bulto a un lado para hacerle cosquillas y de camino meterle mano.

Estoy desesperado, lo sé. Ella grita y ríe como campanillas. Yo me derrito.

—¡Oye! ¡Quiero ver el árbol! —grita Sergio.

Me vuelvo hacia él y le enseño mis dedos como garras de forma amenazadora. Él ríe y se esconde detrás de un cuadro al ver que me acerco.

—Uff, creo que el árbol tiene poco de eso —comenta Candi, mostrando un esqueleto destrozado—. Debió romperse con la mudanza.

—¡Oh, no! —grita Sergio con ojos brillantes.

—¡Eh! Buscaremos otro —propongo al ver su expresión triste.

—Está todo cerrado a esta hora, Iván, y tú tienes que irte de viaje.

Pienso, pienso, pienso…

—¡Ya está! Esperad abajo.

—¿A dónde vas?

—Vuelvo en media hora.

Salgo seguido de ellos hasta el porche. Se ríen y yo disfruto porque mi idea es genial y sé que no se la esperan. Llego a mi piso y en veinte minutos tengo mi árbol empacado y atado a la vaca de mi Peugeot.

—Hola, Iván.

Doy un respingo y me vuelvo.

—Hola, Laura. ¿Qué haces aquí?

—Salí a decirte que me he quejado a los vecinos por vuestros gritos. No hay derecho a no poder descansar en mi propia casa porque tú y esa…

—Ten cuidado con lo que dices, Laura. *Esa* es mi novia.

—¿Tu novia? —pregunta muy disgustada—. ¡Llevo detrás de ti dos años! ¿Por qué? ¡Ni siquiera me has mirado a la cara!

—Simplemente, me enamoré de quien no me miraba como tú. —Me encojo de hombros—. Es la verdad, Laura. Ella no me lo puso

fácil. Tal vez deberías mirar eso.

—¿Y qué tiene ella que no tengo yo? —pregunta con las manos en las caderas, sacando pecho y gestos de chula de barrio.

—Un álbum de estampitas de *Candy Candy* y una sonrisa de infarto.

Laura parpadea y no se mueve, parece un maniquí y me está dando miedo. ¿Debería llamar a urgencias?

—Pues tu corazón tiene mal gusto.

—Y tu oído poca tolerancia.

Ella resopla, da media vuelta y se marcha con la dignidad de quien ha perdido el Oscar a mejor actriz dramática.

Al llegar a casa de Candi, todos salen a recibirme con gritos de emoción. Hasta la vecina que tanto le gusta a Álvaro se ha sumado al grupo de locura espontánea.

—Tienes que irte ya —me dice Candi al oído mientras la acoplo a mi cuerpo cogiéndola de la cintura.

Contemplamos el árbol decorado que ocupa tres cuartos de salón. Todos siguen poniéndole adornos, tantos que creo que se derrumbará en cualquier momento.

—¿Ya me estás echando? Claro, me querías solo por mi árbol.

Ella ríe, me abraza y me hace ver el cielo.

—Por eso y porque follas muy bien, no lo olvides.

—Umm, creo que me iré mañana, pues eso último no lo hemos hecho hoy, y soy muy cumplido —digo, metiéndole mano por debajo del jersey y abarcando su pecho perfecto con mi palma.

—¿Te quedarás a dormir aquí?

Abro mucho los ojos y detengo mi incursión.

—¿Contigo? ¿En tu dormitorio? —Asiente y mis ojos recaen sobre Adelaida—. ¿Y ella?

—¿Te da miedo? —pregunta resoplando.

—Un poco, no voy a mentirte. Temo que entre en mitad de la noche con el cuchillo jamonero en la mano, nada más.

Ella se carcajea y atrae la atención de Adelaida, que nos mira con una sonrisa complacida.

—Podrías quedarte a dormir esta noche, Iván. Es tarde para viajar y tengo un vino guardado especialmente para compartir contigo.

—Eso suena muy bien, Adela.

—¿Adela? —pregunta Candi, asombrada por las confianzas que me traigo.

—Soy el puto amo de los yernos, deja que lo saboree, mujer.

Se carcajea otra vez y vuelve a abrazarme sin remilgos delante de toda su familia. Y yo estoy feliz como una perdiz y sin ganas de volver al pueblo.

CAPÍTULO 28

Iván

—Te esperábamos ayer, hijo —me reprocha mamá, dándome un fuerte abrazo, de esos que sanan y echas tanto en falta después de meses sin ellos—. ¿Qué tenías que hacer mejor que venir a vernos? Estás tan solito en Salamanca… —Levanta la cabeza y me mira con desconfianza—. ¿O quizás no tanto?

—Bueno… —No puedo soportar su mirada láser adivinadora de pensamientos indescifrables.

A mi madre ni le hace falta hacerte un tercer grado para saber cosas… Las sabe, y punto. A veces pienso que si Dan Brown la hubiera conocido antes de escribir *Ángeles y Demonios,* no tengo dudas: ella hubiese sido su protagonista.

—¿Cómo que bueno? ¿Quién es esa *pelagarta*? ¡Que yo me entere! —suelta nerviosa agarrándome la cara con las dos manos.

—Vaya, ¿tienes novia, o novias? —Oigo que pregunta con ironía mi hermana justo detrás de ella.

—No sé si me gustará, no estás bien vestido. ¿Pero tú te has visto? Entra ahora mismo que eso lo voy a arreglar ya.

¡NOOOOO!

Me agarra de la mano y me arrastra como cuando era un crío por toda la casa. De camino saludo con la otra mano a mi padre, a mis hermanos, sobrinos y tíos, todos con cara de: «te acompaño en el sentimiento, hermano». Me obliga a sentarme en la cama de su

dormitorio y mi hermana aparece con el jersey navideño a juego como el que lleva toda la familia.

—¡Mírame, eres un hombre!

Lo hago, pero no me siento un hombre, sino un niño al que no le gustan las lentejas y le hacen comérselas dobles.

Ella me quita lo que llevo puesto en pocos segundos. Yo veo el jersey navideño que tiene en la mano, ese que tiene un cuello tan estrecho que parece diseñado por alguien que odia la circulación sanguínea.

Lo extiende como si fuera la capa de Superman, yo solo veo una trampa mortal.

—¿Y si pruebo a ponérmelo yo? —negocio, intentando evitar lo que me parece igual que pasar por una colonoscopia.

—¡Ni hablar! Te conozco, y sé que te cuesta, Ivancito. —Lo sabe. Sabe que no me lo pondría—. Tengo ganas de conocer a tu novia y regalarle uno igual.

Sin más se acerca y ¡zas! Intento meter la cabeza, empuja fuerte, pero no entra. Soy un melón intentando entrar por el agujero de una botella. Ella me empuja desde atrás, yo colaboro desde delante. Finalmente, conseguimos que el jersey me engulla como una boa constrictor.

—¡Perfecto! —dice, triunfante—. Ahora, levanta.

—No, mamá —digo, chiquitito.

Ella no responde. Me levanta de un tirón y ya de pie agarra mis pantalones y comienza a tirar de ellos para arriba con fuerza.

—No entiendo de qué te sirve este cinturón. Llevas el pantalón por las rodillas, hijo.

—¡Ah! —Casi tengo los huevos de corbata y sigue subiendo mis pantalones—. ¡Se llevan así, mujer!

Cuando termina de sacar medio pantalón por encima del cinturón, lo aprieta hasta el alma y recoloca el jersey a su gusto. No contenta con esto, me sacude tan fuerte la ropa que estoy seguro de

que ha estado entrenando artes marciales con tutoriales de Bruce Lee.

—Ahora estás perfecto para la foto familiar. Bueno, todavía tengo que coserte esos rotos en las rodillas.

—No, mamá, eso sí que no.

Me mira con disgusto. No hace falta que lo repita, pues sé que lo hará antes de que regrese a Salamanca. Entonces, pienso en los pantalones de Candi, aún más rotos que los míos y gimo.

—¿Cómo es ella? —pregunta, sentándome y colocándose a mi lado.

¿Veis? Ha adivinado que estaba pensando en Candi… Su tono es ahora más suave, incluso cariñoso. Como el de la bruja de Blancanieves ofreciéndome la manzana.

Entonces, me embarga la emoción y suelto todo. Necesitaba sincerarme, expresar lo que llevo sintiendo estas últimas semanas: mis miedos, mis expectativas, mis emociones a flor de piel… Al fin termino y cojo aire. Creo que lo he soltado casi sin respirar, porque me falta el aliento.

Un gimoteo llama mi atención y al mirar al otro lado veo a todos allí plantados con cara de asombro, circunstancia, compasión, alegría…

—Creo que el niño ha madurado, Graciela —dice mi padre con el mismo jersey que yo. Todos lo llevan y hemos pasado por sus manos. Entrañable, ¿verdad?

«Cri, cri, cri», lo sé.

—Quiero conocerla. ¿Por qué no la has traído contigo? ¿No será una remilgada de esas? Enséñame una foto, a ver.

¡Ups! Trago lentamente, porque también sé que ni Wonderwoman será capaz de pararla hasta conocerla en persona.

Saco el móvil con esfuerzo de mi pantalón, pues el cinturón me aprieta los bolsillos tanto que ni un piojo podría asomar la patita por

ellos, y le enseño su foto. De repente, tengo a diez pares de ojos alrededor y, asombrosamente, todos con cara de aprobación.

—Es guapa, eehhh.

Se oyen silbidos por parte del bando masculino y alguno femenino.

—No está mal.

—La invité a venir, mamá. Pero no están en su mejor momento. Su padre…

—Anda, ven conmigo que me vas a contar todo con pelos y señales, y con un buen chocolate por delante. A mí sola —termina dirigiéndose a los demás.

Todos salen entre bufidos y gruñidos, risas y esos ruidos que tanto echaba en falta, pero que atesoro como únicos por lo que me hacen sentir. Me encanta mi familia, se nota, ¿eh?

—Para Sergio estaré, igual que para Candi. Si los Madelmans se han esfumado, yo seguiré aquí con ellos, para llevarlos al cole o a la pista de patinaje. Para recogerlos de vóleibol o llevarlos a cenar al McDonald's…

—Tendré que adelgazar para la boda.

—¡Mamá!

—Después de Reyes me pongo a dieta estricta, sí o sí. No vale casarse antes, te lo advierto. ¿Cuándo nos vamos?

No la contradigo, es la única persona capaz de secuestrar a un cura, a la novia y lograr que me case cuando ella disponga.

—Antes quiero comprobar algo, mamá. ¿Recuerdas las cartas que me enviaba Isabel?

—Claro, están en el trastero, te las he guardado todas, aunque no las leyeras. Es más, ayer mismo llegó la que tocaba este año. Espera, voy a buscarla.

Estoy muy nervioso, tanto que apenas puedo contener mis ganas de pegarme como una lapa a la espalda de mi madre. Espero,

respiro hondo, espero, respiro hondo.

—Aquí está.

Me siento en cualquier parte, no deseo salir del trastero, pues fuera es un puto caos de gritos, llantos de niños y un popurrí bien largo de villancicos populares al son del rasca de la botella de aguardiente. Necesito silencio para asimilar este momento tan importante que no es otro que buscar respuestas. No sé qué es, lo siento en el pecho, es un tirón suave, pero constante.

Delante de mí tengo una caja de zapatos, de unas Martens. Es irónico que estén guardadas bajo el símbolo de mi adolescencia, cuando me rebelé a leerlas, ¿verdad?

Mis manos, temblorosas, levantan la tapa y veo unos sobres, algunos amarillentos con su nombre, esta misma dirección y fechados cada Navidad.

Saco un de los más antiguo sin abrir y reconozco la letra de Isabel. Calculo y me doy cuenta de que corresponde al de dos años después de su partida.

Querido Iván,

Sé que no me escribes, pero yo lo sigo haciendo. Porque cada Navidad me acuerdo de ti. De cómo abríamos los regalos juntos, de cómo me hacías reír. No estoy en casa, aunque estoy contigo siempre. Siempre lo estaré hasta que ya no exista la Navidad para mí…

Tu amiga, Isabel.

Leo la siguiente y parpadeo, pues la emoción le ha ganado el pulso al hombre inquebrantable y me ha transformado en el niño de antaño.

Querido amigo,

La Navidad está cerca y sigo sin estar en casa. Pienso que este año será el último que pueda escribirte, no me quedan muchas

fuerzas, pero no quiero ponerte triste por no recibir mi abrazo. Si mañana no me levanto, me encargaré de que estas cartas sigan llegando para darte mi regalo, que no es otro que mi cariño.

Te quiero, Iván, siempre, hasta después de que parta con Papá Noel, lo seguiré haciendo.

Tu amiga, Isabel.

—No, ¡no puede ser! Ella no puede estar…

Miro los demás sobres muy nervioso, tanto que no atino con la fecha adecuada. Al fin encuentro el siguiente. Me sorprendo al comprobar que no es la misma letra que las anteriores, pero tiene el mismo remitente. Trago saliva y abro el sobre comenzando a encajar algunas coincidencias, las fotos en el cuarto de Candi, en su salón, esta letra me es familiar, la he visto antes… Purpurina, pegatinas navideñas y mi nombre escrito con rotulador dorado.

Jadeo y leo, impresionado.

Iván,

No sé si alguna vez leerás esto. Isabel era mi prima y tú fuiste su mejor amigo. Ella me pidió que siguiera escribiéndote cuando ya no podía. Al principio lo hice por ella, luego por ti. No entiendo cómo ha pasado, y me veo colándome en tu vida sin tu permiso, pero creo que puede ser bonito que nos conozcamos. Mi prima siempre tuvo buen gusto.

Voy a contarte algo de mí: Me llamo Cándida, pero llámame Candi, por favor, me gusta más. No soy rubia como Isabel, mi cabello es oscuro y mis ojos también, una chica del montón, pero tampoco fea. Al menos, eso dice mi padre. Sus palabras literales son: Serás un regalo para el que conquiste tu corazón.

Yo no entiendo mucho qué significa, sin embargo, se nota que me adora, ¿verdad?

Tengo un gato que me regaló Isabel, y lo llamé Tintontín. ¿Te gusta el nombre? Es mi palabra preferida del mundo mundial para

expresar todo mi cariño. También se lo pondré a uno de mis hijos cuando nazca…

Estoy al borde del colapso, pero no quiero que me dé un vahído sin antes terminar de leerlas todas, así que respiro hondo e intento relajarme. Después de unos minutos, mi corazón parece haber ralentizado su locura. Son muchas las emociones que siento y debo canalizarlas con calma.

Leo la siguiente y a partir de ese momento me cuenta, como en un diario, qué le ha deparado ese año. Incluso me cuenta sus devaneos con un tal Gabriel, quien de ángel no tiene nada, pues no es otro que el padre de Sergio y la ha dejado embarazada. Lo peor de todo es que no ha querido reconocerlo y se desentiende totalmente de su hijo. Muero de rabia. En la carta no expresa sus verdaderos sentimientos, deben de ser profundos, y los muestra como si relatara una noticia del periódico, pero yo intuyo la soledad por la que atraviesa.

Más adelante me cuenta sobre la muerte de su padre, esta es más profunda, más emotiva, y me acerca mucho más a ella. Conecto de alguna forma, lo siento así, por extraño que parezca.

Por fin llego a la última, la que ha llegado hace tan solo un día. Me tiembla todo y me enjugo las lágrimas, que ya no puedo contener por mucho que me empeñe.

«Debo ser valiente», me digo, pero estoy muerto de miedo. Estoy seguro de que hablará de mí en ella y no sé si quiero saber.

Iván,

Estoy feliz de escribirte esta última carta. Al fin podré hablarte con el corazón de mujer, a ti, al hombre que he conocido y sé que es real. Cuando nos vimos esa primera vez durante la búsqueda del regalo de Sergio, no sabía que eras tú, a quien llevaba años escribiendo en estas fechas. Entiendo que nunca has leído mis cartas, si no me hubieras reconocido. Álvaro te había contado algunas cosas de mí… Intenté ocultarlo, pues me sentí ridícula.

Nunca supe quién eras hasta que me contaste de dónde procedías, luego, fue fácil atar cabos al leer tu nombre completo en el paquete, no hay muchos que se llamen Iván S. Regio. Yo sabía toda la historia y tú no, se siente ¿verdad?

Esta vez solo vengo a contarte algo que me trae de cabeza: nunca imaginé que el niño de las cartas sería el hombre que me haría creer en la Navidad otra vez.

Si estás leyendo esto, es porque el destino, Papá Noel o lo que sea que zarandea nuestras vidas, ha decidido que ya era hora.

No quiero mentirte más.

Te he querido desde antes de saber quién eras.

Soy tu Candy Candy.

Tu amiga desde la infancia y tu mujer para toda la vida si quisieras.

Mi mundo se ha detenido, aunque oigo todavía algunos cantos que provienen de abajo. Pero lo que más me está asustando son los fuertes latidos de mi corazón. Algo se resbala entre mis dedos por detrás de la carta y cae al suelo. Una foto. Somos Isabel y yo, juntos, sin embargo, lo que más me sorprende es la niña pequeña que asoma detrás de mí. Su cabello negro, su nariz pequeña, su sonrisa, tan inconfundible. Es ella, mi Candi. Los tres en algún momento de nuestras vidas compartimos una tarde y a saber si un chocolate. No recuerdo ese momento, en cambio, el pellizco que siento en mi corazón es preocupante. Porque sé que no es normal. No puede ser normal sentir tanto por ella.

Sonrío. Lloro, Río. Todo a la vez.

A veces, los regalos más grandes no vienen envueltos. Vienen escritos. Vienen vividos.

CAPÍTULO 29

Iván

—Si no os calláis un poco me va a explotar la cabeza y no llegaremos a Salamanca. ¿Y sabéis por qué? Porque me empotraré con cualquier árbol de estos y mi coche arderá en llamas. Acabaréis congelados en mitad de la nada y no podréis cantar villancicos nunca más, joder.

Silencio.

He gritado mucho, lo sé, pero ellos entonan tan mal que más bien parece que llevo en mi coche a un montón de pingüinos locos. Sí, esos mismos he imaginado, los que salen en una de las escenas más divertidas de Mary Poopins.

—¿Desde cuándo eres tan siniestro, hijo? —pregunta mi padre.

—Debe ser por la comida de la ciudad. Si ya lo sabía yo, son raros. Lo mejor es vivir en el campo donde no existe tanta contaminación. Ya se lo decía yo a tu padre… —Por el retrovisor veo que lo señala y continúa—. Sí, a ti. Que nunca me apoyas cuando opino sobre algo.

Mi padre está morado, pero guarda silencio. Sabe que es lo mejor.

De pronto, oigo un claxon y compruebo que son mis tíos siguiéndome en un coche.

—Oh, por Dios, no puede ser cierto. Me va a dar un infarto.

—Qué corazón más chico tienes, hijo. Solo son el resto de la familia. ¿Creías que se quedarían allí? Llevo el asado en el maletero.

—Serás…

Sí, lo es. Mucho, mucho. Comienza otra ronda de villancicos populares, o sea, ni puto caso. Si llego con pelo a Salamanca es de milagro, pues noto cómo se me cae a mechones con cada panderetazo.

Por fin, entramos al barrio y me toco la cabeza. Uff, conservo el cabello, por lo menos parte, con una pelusilla me conformo para presentarme en casa de Candi y declararle cuánto la amo.

Justo al pasar por mi piso recuerdo el paquete misterioso y freno tan fuerte que la nariz de mi madre casi se incrusta en el reposacabezas del asiento delantero. Por raro que parezca, los coches del resto de mi familia que me persiguen se han dado cuenta a tiempo.

—¡Me cago en tu padre! —grita ella.

—¡No! ¡Si encima voy a tener yo la culpa!

—Te callas, Pepe. Que no estoy de humor.

—¿Alguna vez lo estás, mujer?

Salgo del coche y los dejo «conversando».

Cuando vuelvo, siguen igual. Resoplo, son imposibles. Dejo el paquete en el asiento del copiloto y sigo adelante.

Al fin veo la casa, y mi corazón se vuelve una metralleta.

—Creo que me estoy mareando.

—No me asustes, Iván.

—Sí, me estoy mareando mucho.

—¡Para, coño!

Consigo detener el coche justo en frente de la casa de Candi. ¿Y qué hace mi madre? Se levanta de su asiento y con su mano, aprieta el volante para que suene el claxon, una y otra vez, una y otra vez.

Cierro los ojos pues veo todo muy brillante. No oigo nada. De pronto, noto que alguien me agarra de la pechera y me levanta. ¿Estoy flotando? Abro los ojos y consigo distinguir algo… ¿Quién me

lleva a cuestas sobre su hombro? Cierro los ojos, debo estar soñando. Cuando los abro, reconozco mi árbol enfrente. ¿Estoy en mi piso? No, lo llevé a casa de…

Una mano aprieta la mía con suavidad. Es ella, mi *Candy Candy*. Lo sé porque conozco esa forma de acariciarme el dorso, ese dedo cariñoso que hace círculos traviesos.

—Iván, soy yo. ¿Estás bien? Casi te desmayaste.

La veo, es su rostro, su preciosa sonrisa, sus ojos oscuros como el ébano y esa naricita pecosa.

—Leí las cartas. —Ella me mira emocionada, y no sé si es de alegría o por miedo a mi rechazo—. Debí contestarlas.

Asiente con ojos brillantes.

—Estabas enfadado.

—Nos conocimos de niños —la sujeto, abrumado.

—Y me pareciste un príncipe de cuento.

Me mareo y me agobio porque temo desmayarme antes de decirle que lo necesito.

—Sí, quiero —consigo decir a duras penas.

—¿Me estás diciendo que quieres ser mi príncipe? —pregunta indecisa. Percibo su inseguridad, y un brillo de esperanza en sus ojos.

—Quiero que seas mi amiga y mi mujer para toda la vida.

Ella gimotea, luego sonríe y me abraza. Los dos reímos y lloramos.

A nuestro alrededor, todo estalla en carcajadas, vítores y villancicos. El rasca de la botella de aguardiente ha comenzado su serenata y Bicho ladra sin parar, acompañándolos. Es una casa de cinco donde se han colado veinte locos con ganas de jaleo, pero no me importa. Solo me importa ella, es lo único que siento y veo, a ella.

—Siempre fuiste tú —le digo y la aparto un poco para verla bien. Está sonrojada, pero sonríe y asiente—. Te quiero, Candi.

—Yo también te quiero, Tintontín.

Los dos nos fundimos en un beso largo, de esos que quitan el aliento, que te ponen boca abajo y luego te lanzan al espacio. Nos queremos y vamos a estar siempre juntos. Esto es magia y, si no, que venga Papá Noel y nos lo discuta.

—¡Mamá, mamá!

—Umm —consigue pronunciar Candi cuando termina mi tremendo beso, pero no lo mira, solo tiene ojos para mí en ese momento.

—¡Mira!

Cuando al fin le hacemos caso, lo vemos levantar un paquete en el aire con gran efusión. Es mi paquete, el que dejé en el asiento de mi coche.

—Pone que es para mí.

—Eso no es posible —susurro a Candi, que no entiende nada—. Me lo trajiste tú a casa, estaba a mi nombre…

Cuando nos lo enseña, las letras que componían el destinatario han cambiado, y en realidad donde ponía Iván S. Regio ahora solo se lee: Sergio.

—¡Pone que es de Papá Noel! —grita como loco, dando saltitos.

—¿Crees que es…?

—Un Madelman, Iván. Al final esto va a parecerse a una historia de Stephen King.

—Qué va, sea lo que sea, esto va a tener un final tradicional. Ya sabes, con besos, churumbeles y mucho amor.

—Te adoro, mi bobo friki.

—Y yo a ti, mi novia buenorra.

Va a darme un beso, pero se arrepiente.

—¿Has hablado con mi madre de churumbeles?

—No, con la mía. Ya tiene asignados los nombres de nuestros tres primeros hijos.

Me mira sin creerlo.

—¿En serio?

—Bienvenida a la familia más loca del universo.

—Que la fuerza me acompañe.



EPÍLOGO

Querido Papá Noel:

Este año no quiero juguetes, ni videojuegos, ni ropa chula. Solo tengo un deseo, y es que todas mis Navidades sean tan bonitas como esta.

No sé qué ha pasado, sin embargo, mi mamá está más feliz que nunca. Se ríe mucho, canta villancicos mientras cocina y hasta me ha dejado decorar el árbol como yo quería (aunque puse las bolas todas juntas en una rama y parecía que iba a caerse). Me encanta verla así, con los ojos brillantes como las luces del salón.

Además, tengo una hermanita nueva, Isabel. Es muy pequeñita, solo sabe llorar y hacer ruiditos raros, pero cuando la miro siento que tengo a alguien con quien jugar, cuidar y querer para siempre. A veces le cuento historias inventadas y ella me mira como si entendiera todo. Es como tener una amiga mágica que aún no sabe hablar.

Y mi papá… ¡me da un beso de buenas noches cada día! Entra, me arropa y me dice que me quiere. No sé si tú tienes hijos, pero eso se siente como si el corazón se hiciera más grande.

También está mi abuela, que hace el mejor bizcocho del mundo y me deja probar el turrón antes de tiempo. Y mi tito, que siempre me hace reír con sus bromas tontas, trajo a su novia Miriam, que es muy simpática y me enseñó a maquillar el maniquí como un vampiro. Quiero ser lo mismo que él de mayor.

Así que, Papá Noel, si puedes hacer magia de verdad, no me traigas nada más. Solo quiero que esta felicidad se quede conmigo cada Navidad. Que mi familia siga riendo, que Isabel crezca feliz,

que mi mamá siga cantando, y que mi papá nunca se olvide del beso de buenas noches.

Gracias por leerme. Te prometo dejarte galletas y leche, (y una zanahoria para los renos, que también trabajan mucho).

P.D. ¿Podrías hacer el cuello del jersey navideño un poco más grande?

P.D2. Sé que te dije que no quería nada más, pero si te sobra algún juego de Jumanji, estoy seguro de que sería el regalo perfecto para mi papá.

Con cariño,

Sergio (el hijo más afortunado).

Querido Papá Noel, viejo amigo:

No sé si te acuerdas de mí. Soy Iván, el que en 1993 pidió una Game Boy y recibió una bufanda con renos. Desde entonces, nuestra relación ha sido… digamos, tensa. Pero este año, algo ha cambiado. Y no, no es que me hayas traído por fin el Halcón Milenario tamaño real (aunque sigo esperando, cri, cri, cri).

Este año he recuperado la fe. No en los milagros, ni en los calcetines colgados en la chimenea, sino en ti. Porque si tú no estás detrás de esta magia, entonces ¿quién?

Tengo una esposa, Candi, que es como si la hubieras sacado de una peli navideña: es dulce, fuerte, y con una risa que podría derretir el Polo Norte. Un hijo, Sergio, que me llama papá con una naturalidad que me hace llorar en modo Jedi. Y una bebé, Isabel, que huele a leche y esperanza, y que me ha enseñado que los brazos nunca están demasiado llenos y que el corazón se estira mucho, mucho.

Y quiero más. Más momentos, más hijos si se puede ¡No te asustes, no estoy haciendo una lista de producción! Deseo más Navidades con risas, con luces mal puestas, con tito contando chistes malos y Miriam intentando que no se le queme el bizcocho. Con mi madre diciendo que el pavo está seco y yo defendiendo que es «gourmet». Con mi suegra tocando el rasca de su botella de vino y a mi padre y hermanos siguiéndola con la de aguardiente.

No te pido regalos. Bueno, sí: que Sergio siga creyendo en ti un poquito más cada año. Que Isabel crezca rodeada de abrazos. Que Candi nunca pierda esa chispa. Y que yo, friki de corazón, siga encontrando en mi familia la mejor saga jamás escrita.

Gracias por volver. O por no haberte ido nunca.

P.D. ¿Podrías hacer el cuello del jersey navideño un poco más grande?

Con cariño,

Iván (nivel Dios de amor desbloqueado).

Querido Papá Noel:

No sé si esta carta te llegará por correo mágico o por reno exprés, pero si la estás leyendo, gracias. Gracias por este año, por esta vida, por esta familia que parece sacada de una película navideña con final feliz (pero sin los créditos, porque quiero que dure mucho más).

Soy la mujer más feliz del mundo. No lo digo por decir, lo digo porque tengo a mi lado a Iván, mi Madelman particular. El hombre que me hace reír cuando me tropiezo, que pone espumillones en sitios insospechados (sí, también encima del microondas), y que me mira como si yo fuera el mejor regalo que le han traído en la vida. Y yo, que nunca pedí tanto, ahora solo quiero que nos des muchos años juntos. Que nos cuides y nos dejes seguir celebrando cada Navidad con más amor, más risas y más abrazos.

Tengo a Sergio, que cada día me enseña lo que es la ternura con zapatillas de dinosaurio, aunque pronto las cambie por unas de marca. A Isabel, nuestra bebé, que aún no habla, pero ya nos ha dicho todo con sus ojos. Y, a pesar de que tengo el corazón lleno, aún hay espacio para más momentos, más familia, más magia.

Y si puedes, Papá Noel, dale un abrazo enorme a mi otra mitad, mi prima Isabel. Estoy segura de que está contigo, ayudándote a repartir regalos y cartas de amor, como siempre hacía aquí, con esa sonrisa que iluminaba más que el árbol. Y si no es mucho pedir, dale otro abrazo a mi padre. Lo echo de menos cada día, pero lo siento cerca cuando Sergio se ríe igual que él, haciendo que se me alivie el dolor de no tenerlo a mi lado. No olvides decirle que esta Navidad también es suya.

Gracias por todo. Por devolverme la fe, por recordarme que la magia existe, y por hacerme sentir que el amor es el mejor regalo.

P.D. ¿Podrías hacer el cuello del jersey navideño un poco más grande?

Con cariño,

Candi (la mujer más feliz del mundo).

TIEMPO DESPUÉS...

PAPÁ NOEL.

Querida familia Regio-Cifuentes, mis Tintontines favoritos,

Os escribo desde donde la nieve es una alfombra y donde la ilusión se hornea como el bizcocho de limón de Adelaida. Sé que os sorprendió ver mi nombre en el paquete, y que os preguntaréis cómo empezó todo este lío. Permitidme revelaros el misterio.

Aquel pajarito curioso que picoteaba ventanas y guiñaba no era un intruso, sino un elfo del amor disfrazado. Su misión: asegurarse que ambos se encontraran. No podía permitir que Iván siguiera creyéndose un «Mierdanovio» rehabilitado ni que Candi mantuviera su corazón roto. Isabel, querida Candi, me pidió su deseo antes de partir. Así que le otorgué: seguir enviándote su cariño y amistad en forma de señal viva desde la distancia. Por eso, cuando vuelvas a verlo, no le tengas miedo, es su manera de decirte que sigue queriéndote.

También sé que las campanillas que escuchabais en Alexa o en la tienda Pide un deseo eran atípicas e inexplicables. Simplemente era la risa de Candi. Esa risa que derrite el Polo Norte y se vuelve aún más mágica cuando Iván la besa con pasión… incluso poniendo nerviosa a la vecina Laura.

Ahora me toca pedir unos deseos navideños, no todo va a ser trabajo para mí, chicos.

Sergio, mi campeón: Deseo que sigas siendo el hijo más afortunado, jugando con tu Madelman, soñando con ser como tu tito Álvaro, y regalando ese beso de buenas noches que agranda el corazón de tu papá.

Adelaida y Álvaro: Espero que sigáis siendo el alma de la mesa con vuestras risas compartidas. Adelaida, eres la jefa de la tribu, te quedan muchos años de servicio y, ahora, con una más en la familia a la que enseñar tu receta… y vendrán más, prepárate. ¡JO, JO, JO! Y Álvaro, que Iván se haya incorporado al equipo no resta que la sigas protegiendo. Persigue tus sueños y lograrás ser un gran artista.

Candi e Iván: Deseo que sigáis siendo vuestro refugio mutuo en medio del caos. Candi, la esperanza y la fuerza. Iván, el superhighlander sensible y feliz. Que vuestra familia crezca en amor y carcajadas… ¡y que lo churumbeles lleguen con magia!

P.D. Lamento deciros que no habrá cuello más grande del jersey. Ese forcejeo anual metiendo la cabeza de melón por el cuello de la botella, con Graciela ayudando y toda la familia mirando, es tradición sagrada. Es mi momento favorito navideño. Así que… ajo y agua, queridos míos.

Con todo mi amor y magia,

Papá Noel y su ayudante, el pajarito Pichí.

CARTA DE PAPÁ NOEL PARA TI, LECTOR

¡Hola, querido lector!

Me dirijo a ti porque tengo algo importante que decirte. Mi sistema de distribución de regalos está en modo caos absoluto esta temporada y no quiero que ocurra un desastre como el de Iván, que pidió una Game Boy y le tocó una bufanda con renos.

¡Tienes que escribirme pronto!

Sé que ya conoces tu deseo de corazón… No lo niegues, lo he oído en el sonido de las campanillas, me persiguen hasta cuando voy al baño…

Por eso, para que tu deseo se manifieste, te aviso que debes cumplir varios requisitos:

1. Debes haber cantado villancicos en la ducha al menos tres veces con coreografía incluida. (Bonus extra si incluyes *All I Want For Christmas Is You*). No hace falta que me mandes un vídeo. Te escucho… SIEMPRE.

*Si lo cantas en tu trabajo a pleno pulmón con una gran sonrisa, el deseo será rápidamente procesado.

2. Quiero que luzcas calcetines navideños con renos, elfos o arbolitos navideños en una reunión seria (como la reunión de vecinos mensual o una entrevista de trabajo). No hace falta que me los adjuntes… Te huelo… SIEMPRE.

*Si los llevas por encima del pantalón, tu deseo será rápidamente procesado.

3.

Antes de enviar tu deseo, debes haber horneado (o comprado) bizcocho y ofrecido al menos un trozo a alguien que te caiga mal (tu vecina de arriba, por ejemplo).

*Si son galletas con forma de corazón y entregadas con un «Feliz Navidad», el deseo será rápidamente procesado.

Fácil, ¿verdad? ¡Pues ya tardas en buscar papel y boli o rotulador dorado, purpurina y pegatinas navideñas! ¡Demuéstrame que todavía mantienes esa ilusión!

P.D. Te veo… SIEMPRE (menos cuando te duchas).

P.D.2 Advertencia: Si me escribes muy tarde, me veré obligado a enviarte el pack completo familiar de jersey de cuello estrecho. ¡Tengo sobreproducción!

¡No arriesgues tu Navidad… ni tu tráquea! ¡JO, JO, JO!

P.D.3 Si reseñas en Amazon o compartes tu opinión de esta historia en redes con palabras bonitas para que vuele alto y ayude a mantener la ilusión en el amor, prometo contarte la historia de Tomasito, el frutero.

P.D.4 Mary Fort sería muuuy feliz si le muestras una foto al empezarlo y, si eres de l@s más atrevid@s, un *selfie* del ebook o ejemplar físico… Es su deseo de corazón, ¿lo hacemos realidad? Estoy deseando verla con calcetines por encima de los pantalones, ¿tú no? Pídele que lo luzca en redes… Qué mejor reunión que con sus lectores para compartir su ilusión. ¡JO, JO, JO!

Aquí os dejo su Instagram: @maryfort_autora / Facebook: Maryfort Autora

Con cariño y desde la tienducha con olor a canela Pide un deseo,

El barbudo del Norte y M.Fort (Mary Fort, para los amigos).

OTROS LIBROS DE LA AUTORA

MARY FORT

LA FLOR DORADA (Highland Hearts)
MI QUERIDO DEMONIO (Highland Hearts II)
SOLO TÚ PUEDES SALVARME (Highland Hearts III)
MUCHO MÁS QUE AMOR (Highland Hearts IV)
BAILANDO EN TU SONRISA (Highlander Heart I)
EN LA BRUMA DE TU TORMENTA (Highlander Heart II)
LA RENDICIÓN DEL CANALLA (Highlander Heart III)
ERES MI ALIENTO (Highlander Heart IV)
PALABRA DE CAPITÁN
BLUE MOON. PARTE I: EL COMIENZO

DISPONIBLES EN AMAZON

M. FORT

NO QUIERO UN MADELMAN POR NAVIDAD

DISPONIBLES EN AMAZON